Libros del Asteroide

# Rachel Cusk

# Un trabajo para toda la vida

## Sobre la experiencia de ser madre

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

**Rachel Cusk**

# Un trabajo para toda la vida

## Sobre la experiencia de ser madre

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Libros del Asteroide

Índice

Portada
Un trabajo para toda la vida
Agradecimientos
Introducción a esta edición
Introducción
Cuarenta semanas
El bebé de Lily Bart
Cólicos y otras historias
Querer, abandonar
Madrehija
Extra fénix
La cocina del infierno
Socorro
No te olvides de gritar
Despedida al sueño
Respira
Ardor de estómago
Colofón
Nota Biográfica

Primera edición, 2023
Título original: *A Life's Work*
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Copyright © 2001, 2008, Rachel Cusk All rights reserved
© de la traducción, Catalina Martínez Muñoz, 2023
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Imagen de cubierta: © Maria Picassó i Piquer Fotografía de la autora: © Siemon Scamell-Katz
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-54-0
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró
La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Canada Council for the Arts

*Para Adrian*

**AGRADECIMIENTOS**

Gracias a Reagan Arthur y Georgia Carrett, por tanta información y tantas conversaciones profundamente sinceras sobre la maternidad. Mi hijastra, amiga y aliada inquebrantable Molly Clarke es una presencia tácita en estas páginas: espero que algún día las lea y le gusten. Puede que no se acuerde de la oscura noche de febrero en que me regaló su collar de la suerte, pero yo sí.

Si el niño es el equivalente de la imaginación, el lenguaje de la madre se despoja de imaginación y se vuelve imperativo y abstracto. Si el niño es crecimiento, la madre se vuelve estática y vacía, incapaz de reaccionar de forma novedosa y espontánea. Si el niño es atemporal, eterno, la madre es esclava del tiempo, de la agenda y de la prisa. Su moral se vuelve unilateralmente responsable y disciplinaria. Su percepción del futuro y la esperanza queda desplazada por el hijo real; así, la depresión posparto puede convertirse en una atonía crónica. Si el hijo carga con los sentimientos de vulnerabilidad de la madre, esta puede sobreprotegerlo hasta el punto de abandonarse a sí misma, con el consiguiente resentimiento. También sus procesos mentales quedan restringidos a las formas adultas de la razón, de tal suerte que las voces y los rostros espectrales, los animales, las escenas de la imaginación eidética se distancian y se perciben como ilusiones y alucinaciones patológicas. Y el lenguaje de la madre pierde su emoción y su poder hechizante: la madre pasa entonces a explicar y argumentar.

James Hillman, *The Bad Mother*

## Introducción a esta edición

Los valores de la literatura y los valores de la vida son para el novelista lo que el cincel y el bloque de piedra para el escultor. Lo primero busca imponer una forma a lo segundo. Verdad, justicia, belleza: estas son las cualidades a las que aspira una obra de ficción y que debe elaborar a partir de la experiencia humana. No es que los seres humanos no aspiren a los mismos ideales: su aspiración es la misma. Cuanto más se parece una persona a un bloque de piedra más nos compadecemos de ella. La batalla de la vida no es tan distinta de la batalla de la escritura. Y en nuestros sueños, mentiras e interpretaciones, en nuestra fidelidad a la realidad, nosotros, como seres humanos, también elaboramos. La diferencia, porque la hay, reside en la naturaleza de la invención.

La relación entre la literatura y la vida no se altera en lo esencial si eliminamos el término «ficción». Que llamemos a algo ficción o realidad no incide particularmente en el cincel o en el bloque de piedra, en la búsqueda de la verdad y la belleza, ni siquiera en la propia tarea de la elaboración. Dos personas que presencian un mismo incidente pueden contarlo de formas muy distintas: una hace aburrido y oscuro lo que la otra transforma en algo divertido y fascinante. El trabajo del escritor es por tanto el mismo, las ambiciones son las mismas. Crear algo seductor con los materiales disponibles. Es para el lector para quien la diferencia resulta más problemática. El incidente que presenciaron las dos personas ¿ocurrió en realidad o no? ¿Se lo inventaron? ¿Tiene esto alguna importancia? Por supuesto que sí. En la vida hay una gran diferencia entre un suceso real y una historia inventada para divertir o ilustrar a un auditorio. Escuchamos las historias inventadas con oído interpretativo, pasivo y reflexivo. El relato de acontecimientos reales nos sacude de una forma más física: activa nuestros miedos, nuestra capacidad para la valentía o nuestro terror, nuestra indignación, nuestros celos, nuestra simpatía. Nos afecta de maneras que pueden ser igualmente poderosas (hay personas totalmente prácticas; otras son más sensibles al arte que a la vida) aunque distintas en lo fundamental. Señalo esta diferencia tanto para mí misma como para los lectores de *Un trabajo para toda la vida*.

Cuando se publicó esta breve crónica de mi experiencia de la maternidad, en 2001, a muchas personas les pareció ofensiva. He leído cientos de libros que me han alterado o impresionado; libros extravagantes, libros deprimentes, libros que me han aburrido o divertido, que me han hablado de mil cosas que no sabía y que probablemente nunca habría descubierto por mí misma. Pero nunca he leído un libro que me haya ofendido. La ofensa reside en la mala calidad artística, y nunca he sentido la necesidad de tomarme la mala calidad artística como una ofensa personal. Tengo la esperanza —la convicción, me atrevo a decir — de que este no es un libro de mala calidad artística, y lo cierto es que a pesar de las corrosivas críticas que ha recibido a lo largo de los años esa acusación todavía no se ha formulado. Las críticas han sido burdas y groseras, no letales. De todos modos, me han hecho reflexionar sobre la causa de la ofensa, y si es algo de lo que debería arrepentirme o de lo que en realidad debería sentirme orgullosa.

Cuando escribí este libro se me pasó por la cabeza que el tema (no me refiero a la maternidad, sino a la autobiografía en general) no era interesante. También me pregunté si la inevitable afectación verbal que le imprimía por mi condición de novelista británica de clase media tal vez alejara a aquellos lectores que más podrían identificarse con su sinceridad y beneficiarse de ella. Ya es demasiado tarde para preocuparse por la primera reserva, pero la segunda me sigue inquietando. Entre las muchas respuestas, tanto públicas como privadas, que he recibido de los lectores, hombres y mujeres, de *Un trabajo para toda la vida*, no puedo por menos que valorar aquellas que destacan su capacidad de comunicación más allá de las barreras de la edad, el género o la clase social. El hombre o la mujer que reconoce en el hecho de ser padre o madre una experiencia primordial de desmembramiento —con toda su abundancia de tragedia, comedia y amor— entre uno mismo y los demás; la persona que además puede entender un libro como un eco, un consuelo, un espejo; la persona que valora el descubrimiento individual más que la representación institucional, las vicisitudes personales más que la falsedad colectiva, para esa persona, sea quien sea y esté donde esté, es para quien escribí

este libro.

A los demás, a los periodistas que me acusaron de ser una madre inepta y poco cariñosa, a los detractores que aún emplean mi nombre como sinónimo de odio a los niños, a los lectores para quienes la sinceridad es equiparable a la blasfemia porque su religión es la de la maternidad, únicamente puedo sugerirles que se lo tomen un poco menos en serio. A fin de cuentas, el sujeto que gobierna este libro es *yo*, no *tú*. La mayoría de quienes me criticaron eran mujeres, por eso aprovecho esta oportunidad para lanzar una sana advertencia a las personas de mi propio sexo. Señoras, esto no es un manual de cuidados infantiles. En estas páginas tienen ustedes que pensar por sí mismas. No les digo cómo deben vivir; tampoco estoy obligada a promocionar su visión del mundo. Tengan diez hijos o no tengan ninguno; quiéranlos con locura o enciérrenlos; entreguen su vida a cuidar de ellos o abandónenlos por un amante con la mitad de años que ustedes: a mí me trae sin cuidado. No escribí este libro porque necesitara su aprobación. Tampoco lo escribí por vanidad, pereza, orgullo o maldad. No lo escribí porque odiara ser madre, porque odiara a mi hija u odiara a cualquier niño. Lo escribí porque soy escritora, y la ambivalencia que caracteriza las primeras etapas de la crianza me pareció afín a la ambivalencia fundamental que siente el escritor ante la vida, una ambivalencia, oscurecida por la organización de los sistemas sociales ideados por la comunidad humana, que el escritor o artista siempre intenta recuperar y resolver. Para el individuo, el combustible de este deseo de recuperación y resolución son los recuerdos de la infancia, un estado del que el artista quizá nunca llega a salir por completo. En el momento de ser madre, me transformé temporalmente en niña y madre, en mí misma y en otro, y fue esta extraña y fugaz revelación de la psique lo que intenté plasmar en *Un trabajo para toda la vida*.

Pero volviendo al asunto de la realidad y la ficción: al escribir sobre la maternidad atraje inevitablemente a una comunidad lectora demasiado diversa como para poder satisfacerla con una única fuente. Hay más madres en el mundo que lectores tiene por lo general un autor. No he topado con

este problema como novelista, aunque ya me habría gustado. Hubo personas que eligieron *Un trabajo para toda la vida* no porque les interesara la lectura, sino porque les interesaba la maternidad; de todos modos, creo que siempre hay algo de esa ambivalencia a la que antes me refería, y de la consiguiente búsqueda de la verdad, incluso detrás de la adquisión del manual de cuidados infantiles más práctico. De ahí el deseo de verla reflejada, de dar explicación a todo ese amor, ese pánico y esa extrañeza, aunque ese impulso se vea inmediatamente reprimido por el deseo aún más profundo de autoridad y consenso, de restablecimiento de la «normalidad». Para mí, el manual de cuidados infantiles es el emblema de la soledad psíquica de la madre. Algunas de estas mujeres no comprendieron ni apreciaron mi libro, y no cabe duda de que a otras muchas les parecerá «sórdido», «deprimente» o «ingrato». A mí, al releerlo con motivo de esta nueva edición, me ha sorprendido su dimensión física. Ahora que mis hijas son mayores y mi cuerpo vuelve a ser mío, ha recuperado su fronda de intimidad y vergüenza. En otro tiempo me habría resultado impensable que mis pechos pudieran ser personajes principales de una obra mía: aquí tengo la prueba, aunque me sigue pareciendo igualmente inconcebible.

En todo caso, ha sido una satisfacción descubir que todas las acusaciones de que odio a los niños tienen tan poco fundamento en esta segunda edición como en la primera. Estuve tanto tiempo afectada por la insinuación —muchas veces impresa— de que no quería a mis hijas que llegué a lamentar sinceramente haber escrito este libro; no por temor a que ellas lo leyeran algún día, sino porque me parecía tristísimo que pudieran encontrarse con semejante acusación. Lamentar haber dado vida a algo es someterlo al más cruel abandono. Y tuve la sensación de que este era un libro abandonado cuando lo saqué, polvoriento y desencuadernado, como un violín viejo y olvidado en un armario. Qué placer, entonces, pasar el arco y descubrir que sus notas me seguían pareciendo ciertas, su música sincera, su núcleo de amor intacto. Ya no espero que esta música le llegue a todo el mundo, pero sí conservo la esperanza de que para quienes quieran oírla resulte al menos preferible al

silencio.

*Brighton, 2007*

## Introducción

Si en algún momento de mi vida hubiera sido capaz de descubrir lo que me deparaba el futuro, siempre me habría gustado saber si tendría hijos o no. Más que el amor, más que el trabajo, más que mis años de vida o la medida de mi felicidad, esta era la cuestión que para mí encerraba un misterio más fascinante. Esas otras cosas me las imaginaba: dar a luz era algo que no podía imaginarme. Quería saber si iba a ocurrirme, no porque este conocimiento convirtiera la maternidad en algo imaginable, sino porque me parecía que la cuestión no podía quedar envuelta en la incertidumbre sin convertirse en una distracción. Era esta distracción, tanto como la propia maternidad, lo que yo quería tener controlado. La veía como una amenaza, una forma de discapacidad que me señalaba como desigual. Pero las mujeres tienen que vivir, y viven, con la perspectiva de parir: unas lo temen y otras lo desean profundamente, y algunas lo llevan tan bien que son capaces de dar a las demás la impresión de que ni siquiera se han parado a pensarlo. Mi estrategia personal fue negarlo, y así llegué a la maternidad, asustada y sin preparación, ignorante de las consecuencias que tendría el nacimiento y con la infundada aunque clara impresión de que mi viaje había sido tan aleatorio y tan determinado por fuerzas más poderosas que yo que difícilmente podía decirse que hubiera tenido la más mínima posibilidad de elección.

Este libro es un intento de contar en parte esa llegada y el drama del que el nacimiento únicamente es la escena inicial. Es, necesariamente, la crónica personal de un periodo de transición. Mi deseo de hablar sobre la cuestión de la maternidad era desde el principio grande, pero pasó algún tiempo soterrado por la nueva configuración de mi vida. Unos meses después de que naciera mi hija Albertine, el deseo se esfumó por completo. Olvidé deliberadamente todo lo que muy poco antes y con tanta intensidad había sentido: lo cierto es que no soportaba sentirlo. Mi apetito del mundo era insaciable, omnívoro, una expresión de anhelo de algo perdido —mi ser prematernal— y de la libertad que ese ser había disfrutado o derrochado. La maternidad, para mí, fue una especie de urbanización cerrada y

aislada del mundo. Continuamente planeaba mi huida, y cuando volví a quedarme embarazada —Albertine tenía entonces seis meses—, acepté mi celda con la resignación del convicto interceptado en la fuga. Eso que, cautamente, empezaba a identificar con la libertad se convirtió en la exigua hamaca colgada entre los troncos de dos embarazos. Y fue entonces cuando la extraña realidad de la maternidad volvió a ser evidente para mí. Escribí este libro a lo largo del embarazo y los primeros meses de vida de mi segunda hija, Jessy, antes de que se me escapara una vez más.

Hago esta aclaración con la triste sospecha de que un libro sobre la maternidad en realidad no le interesa a nadie más que a otras madres, y ni siquiera a todas: solo a aquellas para quienes la experiencia, como en mi caso, ha sido tan crucial que la lectura de estos libros puede causarles un curioso efecto narcótico. Digo «otras madres» y «solo a aquellas» como si pidiera disculpas: la experiencia de la maternidad lo pierde casi todo en su traducción al mundo exterior. En la maternidad, una mujer intercambia su importancia pública por una serie de significados privados, y como ocurre con los sonidos que superan determinada frecuencia, para otras personas pueden ser muy difíciles de percibir. Si uno escuchara con otra parte de su ser quizá llegara a oírlos. «Toda la vida humana en el planeta nace de una mujer», escribió la poeta y feminista estadounidense Adrienne Rich. «La única experiencia integradora e incontrovertible compartida por todos los hombres y mujeres es la larga etapa de desarrollo dentro del cuerpo de una mujer (…) La mayoría de nosotros conocemos por primera vez el amor y la decepción, el poder y la ternura, a través de una mujer. Llevamos la marca de esta experiencia para toda la vida, hasta el momento de morir.»

Hay, naturalmente, importantes análisis, relatos, polémicas y estudios sociales acerca de la maternidad. Se ha examinado a fondo como cuestión de clase, geografía, política, raza o psicología. En 1977 Adrienne Rich escribió su trascendental *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. En su ejemplo me inspiro para ofrecer mi propio relato. Aunque en el momento de ser madre yo tenía la impresión de que no se

había escrito nada sobre el particular, algo que puede considerarse un buen ejemplo de esa incapacidad para percibir ciertos sonidos de la que hablaba antes y que afecta a quien no es madre cuando habla una madre, una carencia que desarrollamos de pequeños y que de adultos nos lleva a preguntarnos con asombro por qué nunca nos han dicho —nuestras amigas, ¡*nuestras madres*!— cómo era la maternidad. Estoy segura de que hace tres años mi reacción a este libro que he escrito habría sido de sorpresa por el hecho de que la autora, para empezar, quisiera tener hijos si tan horrible le parecía.

Esto no es un estudio ni una historia de la maternidad; tampoco, en el caso de que alguien haya leído hasta aquí y albergue todavía esa esperanza, un libro que explique cómo ser madre. Me he limitado únicamente a plasmar mis opiniones sobre la experiencia de tener un hijo, con el ánimo de que otras personas puedan verse identificadas. Como novelista, reconozco que esta forma de escribir tan sincera me resulta algo inquietante. Al margen de lo que tiene de exposición personal, requiere del autor o de la autora la disposición a inmiscuirse en la vida de la gente que tiene alrededor. Aquí me he inmiscuido por omisión. No he hablado mucho ni de mis circunstancias personales ni de las personas con las que vivo, y tampoco de quienes inevitablemente rodeaban la relación que describo con mi hija. En su lugar he empleado determinados aspectos de mi vida como un lienzo sobre el que plasmar convenientemente mi tema, que es el de la maternidad.

Pero la cuestión de los hijos y de quién cuida de ellos se ha vuelto, a mi modo de ver, profundamente política, y por tanto sería contradictorio escribir un libro sobre la maternidad sin explicar en cierta medida cómo encontré tiempo para escribirlo. Los seis primeros meses de la vida de Albertine me quedé en casa, cuidándola, mientras mi pareja seguía trabajando. Esta experiencia me reveló forzosamente algo en lo que nunca me había parado a pensar demasiado: el hecho de que a raíz del nacimiento de un hijo las vidas de su madre y de su padre divergen, de tal modo que, si antes vivían en un estado de relativa igualdad, a partir de entonces existe entre ellos una especie de relación feudal. Un día en casa, al cuidado de un

niño, no puede ser más distinto de un día de trabajo en una oficina. Con independencia de cuáles sean sus méritos respectivos, son días pasados en mitades opuestas del mundo. A partir de ese comienzo irreconciliable, me pareció inevitable cierto deslizamiento hacia el patriarcado más profundo, en el que el día a día del padre se blindaría poco a poco con la armadura del mundo exterior, del dinero, la autoridad y la importancia, al tiempo que la retirada de la madre se extendería hasta abarcar toda la esfera doméstica. Es bien sabido que en las parejas en las que tanto el padre como la madre trabajan a tiempo completo, la madre dedica mucho más tiempo al cuidado de la casa y los niños y es quien reduce su jornada laboral para hacer frente a las exigencias de la crianza. Esto es cuestión de política sexual, pero hasta en los hogares más generosos, como reconozco que fue el mío, la brecha entre quien trabaja y quien cuida del niño es profunda. Salvarla resulta dificilísimo. Una solución consiste en que el padre se quede en casa mientras la madre trabaja fuera: en nuestra cultura, el hombre y la mujer siguen tan divididos, tan arraigados en el conservadurismo, que un hombre quizá podría quedarse en casa al cuidado de los hijos sin tener la sensación de que es esclavo de su pareja. No obstante, pocos hombres están dispuestos a aceptar el daño que esto representa para su carrera; los que acceden están implícitamente más comprometidos con la igualdad que la mayoría y se arriesgan a la misma pérdida de la autoestima que tanto complica para las mujeres que son madres la perspectiva de desarrollar una carrera profesional. Cuando el padre y la madre trabajan, optan por contratar a una niñera o una cuidadora, o reducen los dos la jornada semanal para quedarse en casa algunos días. Esto es mucho más difícil si uno de ellos trabaja en casa, pese a la creencia, ampliamente extendida, de que una profesión como la mía es «ideal» si se tienen hijos. Sobre quien trabaja en casa recae ineludiblemente una proporción injusta de las tareas domésticas. Su papel empieza a parecerse al de un controlador del tráfico aéreo.

Remunerar el cuidado de los hijos a tiempo completo era lo que antes, con la alegría y la falta de sentimentalismo propias

de quien no tiene hijos, me parecía la solución al problema del trabajo y la maternidad. Por aquel entonces, la imparcialidad lo era todo para mí. No entendía el desafío que entraña la experiencia del embarazo y el parto para el concepto de la igualdad sexual. Dar a luz no es solo lo que separa a las mujeres de los hombres: también separa a las mujeres de sí mismas y transforma profundamente la idea que una mujer tiene de la existencia. Otra persona ha existido dentro de ella y, después de dar a luz, ambas viven bajo la jurisdicción de su conciencia. Cuando la madre está con esa otra persona no es ella misma; cuando está sin esa otra persona no es ella misma; por eso es tan difícil separarse de los hijos como quedarse con ellos. Este descubrimiento lleva aparejado la sensación de que la vida se ha empantanado sin remedio en el conflicto o ha caído en una trampa mítica de la que uno lucha eternamente por escapar en vano.

En mi caso se tomó la decisión de demoler completamente la cultura de la familia tradicional, para asombro, aprobación y horror de otras personas. La versión más inviable y punitiva de la vida familiar merece por lo visto, en general, menos preocupación y comentarios que el simple alejamiento de las convenciones. Mi pareja dejó su trabajo y nos fuimos de Londres. La gente empezó a preguntar por él como si estuviera muy enfermo o muerto. ¿Qué va a hacer?, me preguntaban con avidez, y al no encontrar respuesta le preguntaban a él. Cuidar de nuestras hijas mientras Rachel escribe su libro sobre el cuidado de los hijos, contestaba él. A nadie le parecía demasiado gracioso.

Cuidar niños es una ocupación de bajo estatus. Es exigente, agotadora y con frecuencia aburrida, y produce aislamiento. Erosiona la autoestima y te expulsa del mundo de los adultos. Cuanto más se separa del resto de la vida más difícil resulta; y traer a tus hijos a tu propia experiencia en lugar de acercarte tú a la suya también es complicado. Aun aceptando una versión de la vida que resulte asumible para todo el mundo, sigue habiendo anhelos que quedan sin satisfacer. Creo que, en esta empresa, la generosidad es incluso más importante que la igualdad, aunque sea únicamente por lo católica que es la demonología de la

crianza, siempre de la mano de adjetivos como «bueno» y «malo», que por lo general son ajenos a nuestra experiencia de la vida corriente. Como madre, una aprende lo que significa ser mártir y diablo al mismo tiempo. En la maternidad me he descubierto más virtuosa y más terrible, y también más comprometida con la virtud y el terror del mundo de lo que desde el anonimato de la persona sin hijos me habría parecido posible.

He intentado explorar en este libro algunas de estas cuestiones, con el objetivo de responder a la pregunta, más profunda, de lo que significa para una mujer convertirse en madre. Mis definiciones, de mujer y de madre, siguen siendo vagas, pero aun así el proceso ejerce verdadera fascinación sobre mí. Es, no me cabe duda, el mismo proceso de siempre, aunque el viaje, a mi modo de ver, es hoy para nosotras mucho más largo de lo que fue para nuestras madres. El parto y la maternidad son el yunque sobre el que se forjó la desigualdad sexual, y es legítimo que, en nuestra sociedad, las mujeres con responsabilidades, expectativas y experiencias similares a las de los hombres afronten la situación con inquietud. Las mujeres han cambiado, pero su condición biológica no ha sufrido alteraciones. En este sentido, la maternidad es una ventana excepcional para acercarse a la historia de nuestro sexo, aun cuando el cristal se rompa fácilmente. Me sigue maravillando que el camino que ha llevado a cada miembro de nuestra especie del nacimiento a la independencia sea tan arduo. Es este camino, confiscado a la vida de una mujer, el que aquí intento describir.

Este libro es un modesto acercamiento al tema de la maternidad, escrito al calor del momento. Abarca una etapa en la que el tiempo parecía transcurrir en círculos más que en un orden cronológico, y por eso he intentado plasmarla por su temática antes que por la olvidada secuencia de los días. El paso de los años traerá, qué duda cabe, intuiciones a las que me habría gustado esperar. En vez de eso, he tomado prestadas intuiciones ajenas e incluido algún pasaje de novelas leídas o recordadas mientras escribía, y que en mi opinión daban voz a este asunto. La selección es parcial y personal: la literatura no

ha parado desde entonces de descubrir y documentar este territorio del que yo creía ser su primer habitante, y hay un sinfín de poemas y novelas que podrían sustituir a los que yo he elegido. Si menciono aquí estos libros es por ilustrar la peculiar transformación de la sensibilidad que produce la maternidad y no por encontrar su expresión más perfecta: ser madre transformó profundamente mi experiencia de la lectura, de la cultura, en realidad, en el sentido de que el concepto de arte y expresión empezó a parecerme mucho más necesario y abarcador que antes, mucho más humano en su afán de crear y sacar a la luz.

De momento, esto es una carta dirigida a las mujeres que tengan a bien leerla, con la esperanza de que en mis experiencias encuentren algo de compañía.

## Cuarenta semanas

En los vestuarios de la piscina se ven los cuerpos de las mujeres. Desnudos tienen una cualidad narrativa comparable a las pinturas de las cavernas; una cualidad enmudecida por la ropa y el contexto, una cualidad que únicamente se observa aquí, en esta piscina municipal donde se nos agrupa anónimamente por género. Aunque yo también tengo un cuerpo de mujer, los cuerpos de las demás me siguen despertando al principio un temor infantil, una mezcla de repugnancia y asombro ante esos pechos, vientres y caderas, esa carne primitiva y sin idealizar que, olvidada aquí de su capacidad de seducción, parece tener una finalidad exclusivamente reproductiva. Los secadores cantan, hay un estruendo de taquillas que se abren y se cierran, y por el suelo de las duchas corren regueros de espuma y lociones. Hay un ir y venir de piernas musculadas y venosas; los brazos desnudos desenredan el pelo apelmazado y las toallas tiemblan con el esfuerzo. Pechos, vientres y caderas personalizados con lunares o cicatrices, con la piel fofa o tersa, grabados como runas o lisos como el mármol sin esculpir: declarativos y materiales, existen como objetos y se comunican únicamente por la forma. A veces hay niños en los vestuarios, y veo que miran como miraba yo antes —como en parte todavía tengo ganas de mirar—, con un asombro y un terror ilícitos, la sugerente forma de la fisionomía adulta, sus indisimuladas protuberancias, su piel y su pátina de años o de experiencia, que dan cuenta de secretos misterios de dolor y placer, de copulación, gestación y nacimiento. Como el tráiler de una película de terror, el cuerpo adulto insinúa ampliamente lo que incómodamente debería circunscribirse al terreno de la imaginación hasta obtener un acceso legítimo a su pleno despliegue.

El parto me preocupó desde pequeña, en cuanto tuve cierta idea de lo que conllevaba. Esa idea llegó sin notas al pie, sin cláusulas que estipularan que no era obligatorio tener un hijo, por no decir que quizá no pudieras tenerlo: como todos los fenómenos de la vida, adoptó una forma innegociable. Solo sabía, cuando miraba mi cuerpo estrecho y sin huecos, que algún día saldría de él otro cuerpo, incluso sin tener claro cómo

o por dónde. Tal como lo entendía, no se me dotaría de un mecanismo de extracción más adelante. Este mismo cuerpo encerraba la promesa de una violencia futura, como esas piñatas mexicanas con forma de muñecas llenas de caramelos. Algunas personas conservaban estas muñecas, incapaces de imponerles el trágico castigo al que estaban destinadas, ni siquiera al calor del deseo más intransigente y perentorio. La mayoría de la gente no hacía eso. En California, donde me crie, en las fiestas infantiles sacudíamos a las muñecas con un palo hasta que reventaban y entregaban sus gloriosos tesoros. No se requería un conocimiento excepcional para deducir que el parto sería doloroso en extremo. Mis primeras experiencias del dolor se pusieron rápidamente al servicio de esta percepción. Me parecía que la capacidad de tolerar el malestar físico era un complemento necesario para mi sexo, y cuando me cortaba o me hacía una herida o me caía o iba al dentista, sentía, además de dolor, pánico por lo que había sentido, por haber registrado un daño tan pequeño cuando en el futuro me esperaba, inamovible, ese otro inmenso y misterioso suplicio.

En el colegio nos pusieron un documental de una mujer dando a luz. Estaba desnuda. Tenía el pelo largo y enredado, y del inmenso y doliente montículo de la barriga salían las piernas y los brazos, delgados y fuertes. No estaba acostada en una cama, rodeada por un luminoso halo de médicos y enfermeras con batas blancas. De hecho, no parecía que estuviera en un hospital. Estaba de pie, sola, en una sala pequeña y vacía, con nada más que un taburete en el centro. Me inquietaba ese taburete. Parecía una defensa inútil frente al sacrificio que se avecinaba. La cámara mostraba una imagen tenue, nocturna, y el espectador se sentía como un mirón que observa una escena terrible y secreta a través de un agujero en la pared, una escena abocada a superar nuestra capacidad de comprensión y nuestro deseo de mirar. La mujer daba vueltas por la sala, entre gritos y gemidos, como un loco o un animal enjaulado. De vez en cuando se apoyaba un momento en la pared, con la cabeza entre las manos, antes de lanzarse gritando contra la pared de enfrente. Era como si luchara contra un enemigo invisible: su soledad, entre el ruido y la fuerza de sus reacciones, resultaba

extraña. Entonces vi que en realidad no estaba sola; sentada tranquilamente en una esquina había otra mujer, vestida. De vez en cuando murmuraba unas palabras casi inaudibles, inútilmente débiles, que, no obstante, infundían ánimo. Su presencia revestía de cierta autoridad al procedimiento, aunque parecía una crueldad inexplicable que estuviera allí y no ayudara ni mostrara un poco de compasión. La mujer desnuda aullaba y se tiraba del pelo enredado. De repente se tambaleó hasta el centro de la sala y se sentó en el taburete, con una pierna flexionada, la otra estirada con gracia hacia un lado y las manos unidas en el pecho, como si estuviera a punto de cantar. La mujer del rincón se levantó y se arrodilló delante de ella. La cámara, que no se movía, no nos ofreció un primer plano de este giro de los acontecimientos. De hecho, la imagen se volvió premonitoriamente más oscura y menos nítida. Las dos mujeres compusieron por unos momentos una estampa de comunión en la penumbra, y entonces, la que estaba vestida se inclinó hacia delante, con las manos extendidas, y recogió el cuerpo pequeño y aplastado de un bebé. El grito final de la mujer desnuda se elevó hacia lo alto convertido en un alarido de placer.

«Natasha se casó a principios de la primavera de 1813 —cuenta Tolstói de su joven heroína romántica al final de *Guerra y paz*—, y en 1820 ya tenía tres hijas, además de un hijo, muy deseado, al que en ese momento estaba amamantando. Había engordado y ensanchado tanto que costaba reconocer a la esbelta y vivaracha Natasha de antaño en esta robusta madre de familia. Tenía los rasgos más definidos y una expresión dulce y serena. No quedaba en sus facciones ni un rescoldo de la radiante animación que allí había ardido y que era la marca distintiva de su encanto. Ahora, en general, lo único que se veía de ella eran su cuerpo y su cara, mientras que su alma se había vuelto completamente invisible. Lo que llamaba la atención a simple vista era la imagen de una mujer fuerte, guapa y fértil.»

Durante el embarazo, la vida del cuerpo y la vida del espíritu abandonan el esfuerzo de establecer diferencias y quedan fatalmente entrelazadas para siempre. Como secuela de la juventud, la belleza o la independencia, la maternidad promete ser desde su primera página un volumen más largo y

complicado: la historia de cómo la Natasha de Tolstói — vibrante, siempre llena de lazos y que tantos corazones ha roto — se transforma en una matriarca inescrutable, de cómo las hijas se convierten en madres y las heroínas en implacables opositoras de la trama romántica. Tolstói no escribió este libro. Lo que escribió fue *Anna Karenina*, excavando a la mujer que vive dentro de la madre y demostrando su poder de destrucción, porque la maternidad es una carrera de aceptación y no hay subterfugio que pueda liberar el alma de esta carrera sin violencia; y el embarazo es su centro de entrenamiento militar.

Mi llegada a este centro es meditada pero no informada. Del embarazo sé únicamente lo que todo el mundo: es decir, lo que parece desde fuera. Me he cruzado con muchas mujeres embarazadas. Me he preguntado qué hay detrás de sus murallas. Sabiendo el dolor que cada reclusa tiene que soportar como condición para ser liberada, me he imaginado que allí se realiza un proceso de preparación especializado y secreto en el que la información confidencial se entrega en sobres lacrados que explican este dolor, que lo vuelven indoloro. Le cuento a mi médico que estoy embarazada y se pone a sumar fechas en un papel. Estamos en julio. Me da una fecha de marzo del año siguiente. Tardo un momento en entender que es el día previsto para el parto. Me dice que vaya a ver a la matrona. Cierre la puerta al salir, añade.

La matrona me facilita información, pero de un tipo especial. Me habla de las cosas que pueden pasarme, no de lo que ni ella ni nadie se propone hacer si me ocurrieran. Me dice que vuelva dentro de un par de meses. Yo esperaba que el embarazo tuviera al menos un lado profesional diseñado para mitigar el miedo. ¿Qué voy a hacer mientras tanto? Al ver mi cara de susto, me recomienda un par de libros sobre el tema. Voy a comprarlos y vuelvo a casa. El embarazo dura doscientos sesenta y seis días, o cuarenta semanas, o nueve meses o tres trimestres, según cómo se quiera hacer la cuenta. Los médicos calculan por semanas. La gente común, que ve pasar los embarazos de los demás como quien ve pasar la vida, cuenta los meses. No sé quién cuenta los trimestres: a lo mejor los profesores o las mujeres que van por su quinto embarazo. Solo

quienes sufren cuentan los días: la gente injustamente encarcelada, la gente a quien le han roto el corazón. Yo oscilo con angustia de un método a otro, pero la historia del embarazo se cuenta mejor por trimestres. El primer trimestre se caracteriza por las náuseas y el cansancio. El segundo trimestre se caracteriza por la tripa y la sensación de bienestar. En el tercer trimestre puede experimentarse hinchazón en la cara, las muñecas y los tobillos, además de varices, hemorroides, ardor de estómago crónico, estreñimiento, torpeza, despistes, fatiga, aprensión por el parto y ganas de que termine el embarazo.

Veo que en ninguno de estos libros se menciona como una característica del embarazo la adquisición de algún conocimiento sobre cómo, supuestamente, saldrá el niño. Se ofrecen abundantes ilustraciones de ese momento: en general adoptan la forma de una serie de cortes transversales; en la primera imagen se muestra al bebé dentro de la tripa de la madre y en la última al bebé saliendo de la tripa de la madre. Empiezo a sospechar que la experiencia se parece a la del pasajero de un jumbo elegido al azar para pilotar y aterrizar el avión. De vez en cuando hay fotos, imágenes de mujeres transfiguradas, como en el momento de la muerte: haciendo muecas, sudando, implorando, con los ojos cerrados y apretados o vueltos hacia el cielo, el cuerpo sepultado debajo de una maraña de sábanas y tubos de hospital o incorporado por el dolor en posturas cruciformes, con los brazos abiertos. Es como si en estas fotografías se desplegara una historia secreta de las mujeres, un relato de sufrimiento oculto por una conspiración. Pero ni siquiera la franqueza de las imágenes parece adentrarse en el misterio del parto. *A muchas mujeres el parto les resulta más fácil si adoptan una posición vertical*, señala el pie de foto; o *El bebé emerge en un ambiente de atemporalidad y paz*.

Mi madre siempre ha sido muy sincera en lo relacionado con sus experiencias del parto. Cuando llegue el momento, dice, acepta todos los fármacos que te ofrezcan. También he oído insinuaciones inquietantes de otras mujeres, de mujeres que ladran con risa hastiada si alguien pronuncia la palabra «dolor» o señalan misteriosamente que *nunca vuelves a ser la misma*. Este tipo de indirectas nunca se explican; de hecho, todo se vuelve

muy discreto de repente, como si alguien hubiera roto sin querer un voto de silencio. Yo, sin embargo, he decidido difundir mis experiencias siempre que se presente la oportunidad; sin embargo, el hecho de no haberme encontrado nunca con una discípula de la verdad, de no haber leído ni oído en la vida una narración sincera del acontecimiento más ubicuo en el mundo, me sugiere la presencia de un horror añadido en torno a este misterio: que en cierto modo, a lo largo de esas horas de tortura, a la mujer se le extirpa un elemento fundamental, y así, después, aunque una parezca más o menos idéntica a como era antes, en realidad es un simulacro, un ser sometido a un lavado de cerebro y programado para no dar testimonio de la verdad bajo ningún concepto. Recuerdo que en la película *La invasión de los ladrones de cuerpos* hay un momento de revelación similar, cuando uno de los dos únicos personajes que todavía no han sido secuestrados por los alienígenas confiesa que en realidad ya ha sido secuestrado por los alienígenas. La película termina con un primer plano de la cara de terror de su novia al darse cuenta de que es la única persona viva en un mundo de autómatas.

Para la mujer moderna y privilegiada, la realidad de su sexo puede ser indefinidamente una característica superficial si así lo decide. ¿Qué entiendo por «mujer»? Una cosa falsa; un almacén de cosmética, un mundo de boutiques perfumadas, de artículos envueltos en papel de seda y pestañas postizas, de lociones y maquillaje francés, un mundo en el que se pronuncian palabras como sufrimiento, autocontrol y aguante, normalmente, claro está, en relación con la pérdida de peso; un mundo impregnado de su particular y leve opresión voluntaria; un mundo en cuyos márgenes es posible encontrar intersecciones con lo real: determinados tipos de infelicidad, discriminación o miedo; o todo un ámbito de la existencia, tanto pasada como presente, que con el paso del tiempo se vuelve cada vez más individualista, indeterminado y desarticulado. Lo que en otro tiempo significó ser mujer, si es que es posible determinar ese significado, ya no lo significa; y sin embargo, en un sentido clave, en el sentido de la procreación, sigue significándolo. El destino biológico de las mujeres sigue siendo levantarse entre

las ruinas de su desigualdad, y a medida que me acerco a él tengo la sensación de haberme desviado del camino de mi vida, de estar viajando hacia delante, pero a una distancia inalcanzable, como si hubiera subido a un tren y viese desde la ventanilla el camino por el que antes iba siempre y el tren hubiese recorrido un trecho en paralelo a este camino antes de ganar velocidad y desviarse irremediablemente al este o el oeste, hacia una vista desconocida de las montañas, mientras todo se desvanece a su paso.

En vacaciones voy a hacer senderismo por los Pirineos. La única prueba de mi nuevo estado, por ahora, es que a lo largo de toda la semana me persigue un enjambre de insectos que me envuelve como un grupo de fans o de guardaespaldas. Hacia el final de la semana me alejo del camino para llegar a un lago helado, muy arriba. No puedo retomar la ruta sin bajar la montaña por donde he venido, y decido atravesar la nieve con la esperanza de encontrar el camino al otro lado del collado. Bordeo el lago, que es un remolino ártico y sobrenatural, rodeado de escarpadas paredes de tierra, como los bordes de un cuenco. Estas paredes cubiertas de nieve y hielo son extremadamente resbaladizas, y después de gatear un poco alrededor del lago es evidente que corro peligro de resbalar, caer en el hielo y hundirme hasta el fondo con el peso de la mochila. Retrocedo, centímetro a centímetro hacia la pared contraria, donde una senda mínima y recortada sube hacia el collado casi en vertical. En la cima, en la diminuta brecha del collado, encuentro un altar con una estatua de la Virgen María. Rezo, por superstición. A mis pies, a muchos metros de distancia, se extiende lo que parece ser toda Francia. La montaña cae a pico por un barranco estrecho y un nevero por el que supuestamente tengo que descender. La capa de nieve parece gruesa y esponjosa, como una nube, y el fondo del barranco, tan lejano como la tierra vista desde el cielo. Una especie de locura se apodera de mí. Como una niña que se cree capaz de volar, mi sensación de la realidad de mi cuerpo y sus limitaciones desaparece. El paisaje, de una belleza aterradora, parece de repente diminuto y mágico, como el mundo de una muñeca en el que estoy convencida de que puedo dar zancadas

de gigante. Llevo días avanzando a paso de tortuga por estas montañas y aferrándome a ellas, y ahora, como si hubiera alcanzado el cielo, me lanzo a la nieve de un salto con un grito de abandono. La nieve, claro, no es nieve. Es hielo. Me doy cuenta demasiado tarde, cuando veo pasar a mi lado el cielo y la montaña desdibujados por la velocidad. La ladera es muy abrupta, y caigo a plomo rápidamente, de espaldas, intentando con desesperación hundir los pies y los codos en la superficie irregular y dura como el cristal, pero la mochila se convierte en una especie de trineo y me hace ir más deprisa. Delante de mí, como una pista de esquí, la ladera se hunde a lo lejos y se nivela más abajo antes de terminar en una pared de roca. Me arde la piel al deslizarse por el hielo a tal velocidad. Empiezo a saltar y rebotar como una piedra y a dar vueltas por el aire. Me doy cuenta de que no estoy preparada en absoluto para hacer frente al dolor y sé que es muy probable que en cualquier momento me desnuque. No veo nada que pueda interrumpir la caída y, a pesar de que intento sacar algo de mí, un conocimiento, una habilidad a la que recurrir, una conciencia o un reconocimiento corporal de la perspectiva de la muerte, sigo siendo la misma de siempre. Y es este descubrimiento inesperado lo que me asusta más que nada. Choco contra una piedra y, al notar que mi cuerpo se eleva y la sobrepasa, me agarro desesperadamente a ella con la punta de los dedos. Se rasgan como si fueran de papel, pero consigo sujetarme a la piedra con las manos y atenazarla en un abrazo mortal. Me he parado de golpe. Cerca de la piedra hay como un charco de guijarros al que me acerco muy despacio. Mi diminuta isla rocosa se encuentra más o menos en la mitad de la ladera. Me siento y lloro mientras el atardecer empieza a teñir la inmensa montaña de un resplandor esmaltado. Si alguna vez me he jactado de mi valentía, mi sentido común o mi humanidad, ahora tengo la sensación de que todo eso se esfuma. He renunciado a cualquier pretensión de personalidad y a sus falsos ofrecimientos de cobijo, sus provisiones inexistentes. No puedo ayudar a nadie, no puedo proteger a nadie, solo puedo sentarme y llorar por ser tan deplorable, cosa de la que, me parece, he tomado conciencia únicamente al atisbar su posible destrucción.

La cuestión de cómo bajar el último tramo del barranco antes de que caiga la noche sigue sin encontrar respuesta. Y de repente una aparición, al principio como una hormiga y poco a poco más grande, se acerca desde abajo. Un hombre sube por el glaciar con cuerda, piolet y crampones. No ha venido a recogerme y a llevarme a casa, como haría una madre. Como otra clase de madre, intenta darme indicaciones para que baje yo sola por el hielo. Siempre de cara a la montaña, me dice. Haz agujeros para las manos y los pies. Llena de lástima por mí misma, me da rabia que no me acompañe. Me había imaginado una camilla, helicópteros quizá. Estoy herida, me asusta la ladera y, sobre todo, no estoy segura de ser capaz de moverme. Confío en que él se dé cuenta, pero no hay carga emocional en la situación. Solo la hay para mí. Después de darme las indicaciones, sigue subiendo a la luz del atardecer. Me quito la mochila y la lanzo montaña abajo para facilitar las cosas. Rebota, vuela y desaparece como un guijarro. Sé que no tengo otra alternativa que volver al hielo, y eso hago, muy despacio; la posibilidad real de caer es como una especie de aliento en la nuca. Lo que siento, al parecer, no es un obstáculo para lo que puedo hacer. Habiendo vivido siempre en un mundo de sentimientos, jamás en la vida había sentido un combate tan frontal entre ambas cosas. Sigo bajando y por momentos pienso que preferiría ser así, práctica y valiente. Pero esa noche, en la tienda de campaña, me invaden el miedo y la desesperación. Me pregunto si existe una reacción superior a lo que ha ocurrido. Me pregunto si mi supervivencia es más o menos importante que mi terror. Todavía no he pensado mucho en la maternidad, pero supongo que combina realidad y sentimientos de una manera exactamente igual de inquietante.

Cuando vuelvo a casa, me meto en la cama y no salgo en dos semanas. Al parecer sufro de vértigo. La fuerza de gravedad, las mareantes revoluciones de la tierra, mi miedo a lo vertical me obligan a estar tumbaba de espaldas. Noto en las tripas el cosquilleo premonitorio de las náuseas. Debajo de las sábanas, mi cuerpo crece cálido y blando: los pies callosos, la carne endurecida por la exposición y la escalada parecen ceder, fundirse y dilatarse con el paso de los días. Cuando por fin salgo

de la cama me he convertido en una crisálida.
Sube y baja la cadera, me ordena la ecógrafa, a ver si conseguimos que se mueva. En la pantalla del ordenador, junto a la camilla, un crustáceo pequeño y monocromo flota entre la ventisca de ultrasonidos. Obediente, de mala gana, muevo las caderas. Vamos, ordena con aspereza la ecógrafa al bebé: ¡A ver cómo te mueves! Presiona el transductor con más fuerza sobre mi barriga. El bichito mueve los brazos delgados como si se sobresaltara. Siento que debería protegerla de este tipo de torturas, pero no digo nada. Me piden que siga un rato moviendo las caderas y no sé si esto que estoy haciendo es una prueba médica, porque parece que la imagen del bichito en movimiento es exclusivamente para mi diversión. Me acuerdo de una película del oeste en la que un vaquero hace bailar a un indio disparándole a los pies. Me preguntan si quiero una copia y me entregan una tira de papel satinado con la imagen de la ventisca impresa.

La observo de camino a casa. Se ve al feto claramente de lado, reclinado entre las sombras, y la cabeza como una burbuja con cerebro unida al pálido teclado de la columna vertebral. Me han dado también varios folletos sobre dieta, acupuntura, yoga, clases de preparación al parto y clases de crianza, hipnotismo y parto acuático: en ninguno de ellos hay nada que yo no sepa porque el embarazo está sometido hoy a un régimen que impresiona por la homogeneidad de su propaganda, su lenguaje y sus marcas distintivas. Ningún equipo de animadoras coreanas se ha sometido nunca a una disciplina tan férrea como la que soportan las embarazadas en el mundo anglosajón. Quiero recibir alguna señal de subterfugio, alguna señal secreta de la resistencia. Mi sexo se ha convertido en una exigua trampa exquisitamente decorada, tendida hace mucho tiempo, en la que he caído sin darme cuenta y de la que ahora no puedo salir. Me han etiquetado, como electrónicamente, mediante el embarazo. Mis movimientos femeninos están siendo monitorizados.

Las reglas y las normas del embarazo se exponen con ingenio en un libro que lleva por título *Emma's Diary*. ¿Tienes tu ejemplar de *Emma*?, me preguntan en el hospital, y me queda claro que no es una referencia a Jane Austen. Llévate otro, por

si acaso. Me entero de que Emma es un personaje de ficción creado por el Servicio Nacional de Salud que ha escrito semana a semana un diario de su embarazo. Su marido se llama Peter. A Emma le encantan los signos de exclamación. Tiene el pelo castaño y los ojos azules, y lleva ropa de colores pastel, bien planchada. Tiene dos amigas y las dos están embarazadas como ella. La primera es una chica con la que salir a pasarlo bien; no está casada y tiene un novio indeciso. La segunda es mayor que ella, negra, y tiene un marido reaccionario y dos hijas. La amistad de Emma con estas mujeres, que Peter galantemente le permite cultivar, se convierte en un registro de las dificultades que encuentran las otras dos mujeres, con unas vidas mucho más complicadas, eso se nos da a entender, que la suya. Emma cuenta que su amiga soltera discute mucho con su novio. ¡Cuánto me alegro de que a Peter y a mí no nos pase eso! El marido de su otra amiga, en cambio, se escaquea del cuidado de las niñas. ¡Cuánto me alegro, dice Emma, de que Peter y yo hayamos acordado compartirlo todo a partes iguales! Emma nos informa de que se ha cortado su magnífica melena «por comodidad». Peter, con la raya de los pantalones bien planchada, está pasando el aspirador alrededor del sofá mientras Emma, tumbada, hojea una revista. Peter pasa el aspirador los fines de semana para que ella descanse. Entre los dos decoran el cuarto del bebé y compran la ropita. Los padres de Emma vienen a quedarse el fin de semana y hacen bricolaje. Su padre le dice que está «radiante». Emma es quisquillosa en todo lo relacionado con la salud y la seguridad. No prueba el alcohol ni el queso sin pasteurizar. Incluso un cigarrillo al día, reflexiona, sería nocivo para el bebé, y nos asombra que semejante idea se le haya pasado por la cabeza. Apoya y fomenta la existencia de empresas multinacionales que practican la explotación infantil y acepta sus productos perjudiciales para el medio ambiente: a cada embarazada se le promete un pack de muestras por cortesía de Emma después del parto. Es, y esto desconcierta, una apasionada defensora de la lactancia materna. Confía en soportar el parto sin ayuda de fármacos y espera que el bebé sea un niño. Paso inmediatamente al final del libro. El bebé es una niña. Se llama Jane. Emma ha conseguido soportar

el parto sin fármacos. Ha sido duro, dice, aunque no tanto como yo me esperaba. Emma ha escondido muy bien esta expectativa en su diario. ¿Qué forma adoptó en ella? Me gustaría saberlo. Personalmente, mi expectativa del parto no es más feliz o más racional que la expectativa de que me asesinen. Sin embargo, esto me hace pensar que el parto al final no es para tanto, porque no creo que Emma sea una persona con demasiada imaginación. Pienso en conocidas mías que han tenido hijos, y en que nunca he oído decir a ninguna que el parto no fue tan malo como esperaban. La mayoría, por lo visto, no es capaz de hablar del tema, menos una que me contó que en un momento dado le suplicó a la matrona que le pegase un tiro.

La preparación, me repiten constantemente en los folletos, es la defensa de la mujer embarazada contra el dolor. La gente tensa y desconectada de su cuerpo, la gente que se resiste al parto, sobre todo la gente con miedo al dolor, siente más dolor. Si semejante afirmación es una amenaza, su objetivo, según parece, es fomentar una curiosa comunidad. Apuntarse a grupos, asistir a cursos y clases, pedir ayuda a tu pareja o a una amiga que trabaje en el sector de la preparación al parto son opciones que se recomiendan para curarse de los defectos de la soberbia, el terror y la independencia de espíritu cuando llega la hora de dar a luz. La literatura tiene la discreción de atenuar cualquier referencia a la naturaleza en última instancia solitaria del parto, así como al hecho de que asistir a clases preparatorias es como asistir a clases para morir: ciertamente, todo el esfuerzo se dirige a despojar el proceso de cualquier significado personal, y después de haber leído varios de estos folletos ya no estoy segura de si quien va a parir soy yo o la mujer del chándal naranja que hace la demostración con un pomelo. Aunque no se expresa con estas palabras, tal como yo lo entiendo, convirtiéndote en otra persona —que respira hondo, que hace los ejercicios, que tiene una pareja dispuesta a darle un masaje con aceite a cualquier hora del día y de la noche— te das la oportunidad, si no de atenuar los rigores del embarazo y el dolor del parto, sí al menos de creer que le está pasando a otra persona.

Los libros sobre el embarazo se ocupan con siniestro detalle

de este proceso de transformación o sublimación. Te ofrecen una lista de alimentos que comer, recetas para combinarlos y alguna foto del resultado final con títulos como *Ensalada* o *Cuenco de muesli*. Te cuentan, con ayuda de ilustraciones, cómo meterte en la cama, cómo acostarte y cómo levantarte. Te cuentan, también con ilustraciones, cómo hacer el amor. Te detallan posibles conversaciones que puedes tener con tu pareja sobre el inminente nacimiento y la crianza. Si te apetece puedes charlar mientras tomas un cóctel, ¡sin alcohol, por supuesto! En la página setenta y tres encontrarás recetas de cócteles sin alcohol. En la sección de preparativos para el parto se recomienda que lleves al hospital un libro o una revista, incluso una labor de punto, por si tuvieras que esperar. Cuando vayas a hacerte una ecografía, ve con tiempo suficiente para encontrar el pabellón correspondiente. Cuando lo hayas encontrado y te llamen por tu nombre, entra en la sala de ecografías. Quítate la ropa y túmbate en la camilla mientras te hacen la prueba. Ve a comprar la ropita del bebé antes de que hayas engordado demasiado. Decora el cuarto preferiblemente con colores primarios y pintura sin plomo. De noche, cuando no puedas dormir y tu cabeza no pare de dar vueltas, sofoca drásticamente esta insurrección de tu identidad y dedica ese tiempo a entrar en contacto con tu bebé. Como tengo insomnio, he seguido este último consejo, pero mis conversaciones con el bebé siempre terminan de una manera indigna, suplicándole que no me haga daño. A medida que me crece la tripa comprendo que entrar en contacto con mi bebé es más o menos tan útil como que un campo entre en contacto con la autopista en construcción que lo atraviesa.

Como un mal progenitor, la literatura del embarazo está plagada de amenazas y promesas de represalias, de macabras insinuaciones sobre las consecuencias de actuar irreflexivamente. Si comes paté pones en peligro el hígado de tu bebé. Si comes queso azul tu bebé contraerá la listeria, una enfermedad silenciosa y asintomática que no obstante produce deformaciones espantosas. Si acaricias al gato tu bebé contraerá la toxoplasmosis, una enfermedad silenciosa y asintomática que no obstante produce deformaciones espantosas. Una

temperatura superior a cuarenta grados a lo largo de varios días seguidos puede afectar al bebé en las primeras semanas de gestación, así que nada de saunas ni baños calientes, y, ya que hablamos de esto, no te pongas un jersey en ningún momento del embarazo si quieres evitar que tu hijo nazca con deformaciones espantosas. No bebas ni fumes, ¡asesina! No tomes aspirinas. Ponte el cinturón de seguridad cuando vayas en coche; puedes aflojar la cinta inferior si te oprime el abdomen. Quien crea que el embarazo es el único momento en la vida en que se te permite estar gorda, que lo piense dos veces. No comas bollos, galletas, harina refinada, chocolate, dulces, bebidas con gas o patatas fritas. *Cuando te lleves el tenedor a la boca*, dice un libro sobre el tema*, míralo y piensa: ¿Es esto lo mejor que le puedo ofrecer a mi bebé? Si la respuesta es no, suelta el tenedor*.

El bebé desempeña un curioso papel en la cultura del embarazo. Es a la vez víctima y autócrata. Es un ser destinado a vivir únicamente en el momento de perfección de su nacimiento, para a continuación degenerar e iniciar su decadencia, volverse humano y pecaminoso, llorar y regresar al reino de lo real. Pero en el embarazo, el bebé es una maravilla, un milagro, una expiación. La literatura del parto se detiene en el proceso de formación semana a semana: el crecimiento de los deditos de las manos y los pies, las uñitas perfectas, los ojos inocentes, grandes y sin párpados. Se busca activamente el intercambio con este ser. La mayoría de los libros aseguran que puedes sentir sus movimientos en la décimocuarta semana de embarazo, como el aleteo de una mariposa. (Un volumen más gordo, y por ende pasado de moda, me informa de que esto solo son gases: los movimientos de verdad no se sienten hasta un mes más tarde. No te preocupes si tropiezas, añade alegremente el libro, incluso si te caes por las escaleras o tienes un accidente en coche. Lo único capaz de hacer daño al bebé es un golpe muy fuerte y directo en el abdomen con un objeto pesado.) En la décimoséptima semana el bebé desarrolla el oído. Puede oír tu voz: ¡la voz de su madre! Tiene mucho tiempo, pienso, para aceptar este acontecimiento, incluso para hartarse. Se me indica que me acaricie la tripa con las manos cuando note que el bebé está activo y le hable o le cante. Así se tranquilizará. Ya has

aprendido a calmar a tu bebé.

Veo que esta falsa maternidad, solitaria, perfecta y extraña, no se le recomienda a las mujeres que ya han tenido un hijo, y no solo porque son menos crédulas. En un libro encuentro un apartado dedicado a estas pobres infelices: «Otra vez embarazada». Es muy corto. Habla de las posibles reacciones de la gente al informarles de tu segundo o tercer embarazo. ¿Otra vez?, puede que digan; o ¿No has tenido suficiente? Te sentirás, se añade, emocionalmente agotada. Tu cuerpo, consumido por el embarazo anterior, se hinchará y se volverá flácido. Y como no pararás de ordenar, lavar y cocinar para los niños que tiran al suelo los platos que tanto te has esmerado en preparar, que vacían las cajas de juguetes en cuanto has terminado de recogerlos y además se despiertan gritando varias veces a lo largo de la noche, es probable que no tengas ni un momento para pensar en este embarazo. También puedes sentir que a lo mejor no eres capaz de encontrar más cariño para ofrecérselo al nuevo bebé. Es posible que estés subsistiendo a base de hamburguesas y patatas fritas. Quizá te preocupe la relación con tu pareja, el dinero o la necesidad de una casa más grande. Al menos el parto no será tan duro esta vez, te dicen, porque no habrás recuperado el tono muscular después del primero.

Llamo por teléfono al hospital para inscribirme en el curso de preparación al parto. Llegas tarde, me contestan, ya no quedan plazas. Tenías que haberte inscrito antes. Es que antes no estaba embarazada, explico. Veo que he entrado en un mundo de planificación obsesiva, en el que las mujeres en mi fase del embarazo ya solicitan plaza en los colegios más demandados para unos hijos que aún no han nacido. Se apodera de mí el pánico a quedarme atrás, sin preparación y expuesta por tanto a sufrir como quien se ve abandonado y sin armas en una selva llena de animales salvajes. Hago varias llamadas de teléfono y por fin encuentro una clase de yoga para embarazadas en un centro social de las afueras. Me presento y me siento en un círculo, en el suelo, con otras seis o siete mujeres. La profesora está en el centro, con las piernas cruzadas. Es la primera vez que participo en una reunión de estas características con seres de mi especie. Parece que estuviéramos

encerradas detrás de la tripa, como presas tras unos barrotes, como necesitadas de ayuda. Encuentro cierto alivio en el grupo, cierto sosiego. No entiendo por qué lo he ridiculizado y me he resistido. La profesora nos habla de sus experiencias con el parto. Son yóguicas y positivas. Nos habla de su momento de iluminación, cuando se dio cuenta de que las mujeres embarazadas solo necesitan que los demás sean amables con ellas, y dado lo infrecuente de ello, la solución para las embarazadas es ser amables las unas con las otras. Así que estamos ahí, nos dice, ¡para ser amables las unas con las otras! La profesora lanza los brazos al aire y se ríe con una risa efervescente. Nos pide que respiremos hondo. Practicamos diversas posturas. Se habla vagamente del parto en varias ocasiones. Nos ponemos de pie contra una pared y hacemos cosas con las piernas. Una chica es capaz de hacer el espagat. Después nos piden que nos pongamos por parejas. La petición calcina mi entusiasmo. No quiero emparejarme con nadie. En realidad quiero irme a casa cuanto antes. A pesar de todo, selecciono, o me seleccionan, en silencio. Parece que vamos a darnos un masaje mutuamente. Esto es lo que se entiende por ser amable. Nos piden que nos dividamos en masajista y masajeada. Yo soy la masajeada. Mi compañera, una chica con el pelo blanco y rizado, muy bronceada y con un pendiente en la nariz —no me acuerdo de cómo se llama—, empieza a darme el masaje. Cierro los ojos. Estoy rígida como un palo. La profesora va dando indicaciones con voz suave, como si hubiera alguien dormido en la habitación de al lado. Me salgo de mi cuerpo y me empeño en irme a otra parte mientras la tensión sube dentro de mí como la marea. El masaje termina al cabo de un buen rato. Miro con incomodidad a los ojos de mi compañera y me río. Me embarco en mi turno de masajista con fervor profesional. No estoy dispuesta a que me pongan peros. La piel de la chica me resulta ajena e íntima, y aunque me impongo amabilidad, no puedo quitarme de encima la sensación de estar invadiéndola. Después nos ofrecen un té con galletas de chocolate. Pongo una excusa y me voy. Ya en la puerta me vuelvo a mirar y veo a las mujeres sentadas en círculo, con sus tazas; veo sus siluetas vulnerables y fértiles. Nadie habla mucho.

Me siento como un hombre pillado en un vergonzoso acto de abandono.

Avanza el invierno. Empiezo a estar casi continuamente desesperada por mi situación. Por las mañanas, cuando me despierto, observo la montaña de mi tripa, cada vez más alta, y me cuesta sobreponerme a las oleadas de claustrofobia profunda. Con muchas semanas de embarazo por delante, estoy varada más lejos que nunca de mí misma. No es solo la abstinencia, el verme privada de la placentera posibilidad de caer en la tentación, lo que me fastidia; ni siquiera la radicalidad de mi transformación física y los extraños dolores que la acompañan; ni el zozobrante ser que se retuerce como un pez vivo en mi vientre; ni la impotencia y la vulnerabilidad que me despiertan las opiniones y las miradas de los demás. (No te preocupes: no será como yo, dice amargamente un joven sin brazos que pasa a mi lado cuando estoy en la parada del autobús. Me entran ganas de salir corriendo detrás de él y reivindicar que la mirada que él cree que le he dedicado es de mi legítima propiedad. No me preocupa que sea como tú, quiero decirle. Yo no soy así. Solo quiero que esto termine.) Lo que no aguanto es la invasión de mi intimidad, como si mi puerta estuviera abierta de par en par y la casa se llenara de extraños que entran a fisgonear. Me siento aislada y examinada, como si me hubieran detenido o me exigieran dar explicaciones, como si me citara un inspector de hacienda. No vivo libremente, sino como obligada a pagar un extraño diezmo. Me he entregado a mi soledad y me he convertido, para los próximos nueve meses, en un puente, un eslabón, un vehículo. Leo reportajes de prensa sobre mujeres procesadas en Estados Unidos por hacer daño a sus fetos y no entiendo cómo es posible que ocurra eso; que el cuerpo pueda convertirse en un espacio público, como una cabina de teléfono, que puede maltratarse a sí mismo impunemente. Es mi miedo a la autoridad, a la conformidad, lo que despierta este tipo de historias. Siempre he temido el descubrimiento y el anuncio de mis defectos. Ahora es como si llevara dentro una espía incrustada, y su veredicto es que soy culpable y estoy acomplejada. Tengo la convicción de que no es el bebé quien ejerce esta agobiante vigilancia: es lo que el bebé

significa para los demás, es el mundo que reivindica su derecho a la propiedad.

Pero yo no soy solo el chófer de este valioso cargamento; soy también su contenedor, su embalaje, y mientras que mi seguridad está sometida a regulaciones y supervisión, la manera en que me romperán para abrirme cuando llegue a nuestro destino continúa envuelta en el misterio. Para algunas mujeres el parto es la experiencia más placentera del mundo, leo. Tan prodigiosa afirmación viene de las partidarias del parto natural o «activo». Es una idea atractiva; lo mejor que puede ofrecer la medicina, en cambio, es que no te harán demasiado daño si consientes que te inyecten fármacos muy potentes. Educada en lo extraordinario que es que a las mujeres se les ofrezca por fin la anestesia después de tantos siglos de sufrimiento y muerte en el parto, me cuesta un poco entender la idea del parto natural. Es una filosofía basada principalmente en la experiencia de las mujeres en las sociedades primitivas. No se entra a analizar en ningún momento quiénes son estas mujeres y dónde viven: lo importante es que cuando llega el momento de parir no llaman al 112 y ofrecen el flanco a la jeringuilla. Lo afrontan con naturalidad, porque es lo que han hecho siempre, porque el sistema sanitario no se entromete en sus instintos naturales, porque sus tradiciones siguen intactas; y lo importante es que *no duele*. Es decir, que el dolor es fruto de las expectativas y también del hecho de que los hombres obligan a las mujeres a tumbarse boca arriba y estar quietas durante el parto, cuando cualquier mujer primitiva te dirá que te quedes con tus hermanas, de pie, y no permitas a los hombres que se acerquen. Se muestran dibujos, los mismos con que se ilustra la salida del bebé del vientre de la madre, solo que al revés, para mostrar la fuerza de gravedad. Pregunto si en el hospital te permiten quedarte de pie. Es cosa tuya, me contestan; siempre y cuando tengas en cuenta que el hospital es un sitio en el que hay hombres, y por tanto en cuanto pongas un pie allí las posibilidades de ruptura artificial de las membranas, la inducción química del parto, la monitorización electrónica del feto, la interrupción del parto, la epidural, la parálisis, el fórceps, la cesárea y la necesidad de administrar al bebé

ventilación asistida se incrementan notablemente. ¿Por qué no parir en casa, entre amigas, en un entorno amable? ¿O en una piscina de agua templada? Se muestran fotos de este tipo de parto. La piscina, una especie de ring de boxeo inflable y rodeado de plantas, parece abarrotada. Dentro hay una mujer desnuda, con trenzas, un hombre barbudo con un bañador muy escueto y varios niños.

El sentimiento de indignación política que suscita la medicalización patriarcal del parto no es, por desgracia, motivo suficiente para enfrentarse a él sola. En este terreno, la preparación yóguica es más importante que nunca. El parto natural se basa en que la parturienta siga sus instintos. Yo estos instintos los he traspapelado, si es que alguna vez los tuve. Sin embargo, tengo muy vivo el instinto de evitar el hospital. Sé, a raíz de una larga enfermedad en la infancia, que el hospital es un mundo de acero, un mundo en el que pasan cosas, en el que los acontecimientos son ineludibles. En secreto imagino que si nunca voy al hospital no tendré que parir. Leo más libros sobre el parto natural. Con cada exhortación a que me conecte un poco más a mi estado físico me retiro a una soledad engañosa. Mi voluntad, mi fuerza para evadirme del dolor se vuelven fascinantes, pero no en el sentido habitual: por fin he encontrado una forma de narrar el parto tan irreal como mi visión del mismo. Ahora que estoy más cerca, otras mujeres empiezan a lanzarme indirectas más claras. Oigo hablar de episiotomías, de cesáreas en las que no hizo efecto la anestesia, de puntos mal dados, de dolorosas exploraciones internas, de confinamientos de cincuenta horas. Se dicen palabras como «mutilación» y «desgarro». Ya no sé si tengo más miedo al dolor del parto o a las intervenciones a las que invita. Digo en el hospital que he decidido parir en casa. La matrona se presenta en mi casa con un siniestro estuche de instrumentos y me falta poco para agredirla físicamente. Veo escalpelos, tijeras y agujas. ¿Para qué necesitamos eso?, pregunto, algo histérica. Insiste en dejar el estuche en mi dormitorio, para tenerlo a mano en el caso de que el parto se adelantara. Sé que el momento que siempre he temido se encuentra cada vez más cerca, se aproxima: no el momento del parto, ni siquiera del dolor, sino

del reconocimiento, de la llegada de una terrible aparición cuya sombra tantas veces he creído ver en mi vida. De noche abro los ojos y miro el estuche de la matrona en la oscuridad. En su negrura concentrada y densa, como una bomba, percibo un largo momento de horror anticipado, de incredulidad, de bloqueada pero acuciante, inminente y explosiva realidad.

Y entonces, de repente, todo cambia. Estamos en febrero y los días son pálidos y breves, las noches profundas y oscuras como lagos. Las bisagras del año chirrían: no tardarán en abrirse para que entre la luz de la primavera. Llevo tiempo esperando esta luz como la señal de que estoy preparada, pero no llega nunca. Me queda un mes de embarazo y empiezo a sangrar. Aviso a la matrona y, a pesar de mis protestas, me ordena ir al hospital. Allí me llevan a la sala de ecografías. Un montón de gente se reúne alrededor de mi cuerpo en estado prono. Las imágenes de la ventisca vuelven a aparecer en la pantalla. La ecógrafa se inclina hacia delante, pulsa el teclado y examina atentamente la imagen. Es increíble, anuncia sin rodeos. La especialista también se inclina. Toquetean la pantalla con dedos incrédulos. Está todo al revés, dice la ecógrafa. La placenta está bloqueando por completo el cuello del útero. El bebé no puede salir. ¿Lo ve? Esta vez se dirige a mí. Atenta, obediente, miro la pantalla y veo algo negro que gira y se parece al espacio sideral. Hay un murmullo de indignación. Tendrían que haberlo detectado antes. La situación es peligrosa. De haber seguido adelante con el plan de tener al bebé en casa, me dicen, las dos habríamos muerto. Miro la pantalla mientras deliberan. El transductor se ha deslizado ligeramente en la mano distraída de la ecógrafa y, de repente, en la oscuridad emerge la cara de mi hija dormida. Ocupa toda la pantalla, tranquila y pálida como una luna, etérea como un fantasma. Lo que veo es la cara de una persona no supuesta sino real, que se acerca, que entra, que quiere existir. Nadie más se fija. La ecógrafa gesticula con el transductor en la mano y la imagen desaparece.

Me dicen que tengo que quedarme en el hospital. Con rebeldía y desesperación me voy a casa bajo mi responsabilidad. Al día siguiente vuelvo y me rindo. Es domingo por la noche. El hospital está oscuro y desierto, como si los pacientes respetaran

los días de culto. Una médica en prácticas y militante, con ganas de practicar el arte de insertar agujas en las venas, se abalanza sobre mí con voracidad. Se ofrece a hacerme los análisis de sangre y cogerme una vía. Me niego. Enfadada pero sin rechistar, desaparece y vuelve con refuerzos. Me explican que tengo que someterme a estos procedimientos. Discuto y finalmente consiento solamente los análisis de sangre. La médica en prácticas me clava la aguja en el brazo como si estuviera en un campeonato de dardos. Después me la clava en el otro brazo. La sangre se acumula por debajo de la piel hasta formar dos manchas rojas, como marcas de nacimiento. Me mandan castigada a una cama en una habitación. Me paso allí los tres días siguientes y recibo la visita de varias cuadrillas de médicos en prácticas que se han enterado del incidente de la vía y quieren vengarse. Me defiendo de ellos. Al final, una chica alta y amable viene a verme una noche, tarde. Vamos a ponerla, ¿vale?, me dice. Le ofrezco la mano, introduce la válvula en una vena y se va. Viene a verme el especialista. Tiene un aire alegre, tirolés. Si hubiera nacido usted hace ciento cincuenta años, señala, ya estaría muerta. Le contesto que como todo el mundo, y se ríe, sin entenderlo. Van a hacerme una cesárea. ¿Qué día le parece bien?, pregunta con una sonrisa. Me decido por el miércoles. Le pregunto si la niña está lista para salir y me asegura que sí. Ha sacado niños como gatitos, como plumas, como pensamientos, bebés que apenas existían. Me da la sensación de que preferiría no tener que sacarlos, sino cultivarlos personalmente en un semillero. La mía ha tenido ocho meses para crecer, y eso por lo visto es un exceso para este hospital.

A las otras mujeres de la planta también les van a hacer una cesárea. Nadie gime ni se tira del pelo. Todas las mañanas, una o dos mujeres salen de la planta por su propio pie y vuelven alrededor de una hora después en una silla de ruedas, con sus bebés en brazos. Las llevan a otras habitaciones. Ahora que me han dado día y hora y el lapso de angustia está delimitado, la aceptación me vuelve muda y lánguida. Me resigno a este mundo clínico y cronometrado como si se tratara de mi destino. Me río de haber coqueteado con el parto natural, como si

hubiera sido un sueño o una ilusión. Viene a verme el anestesista. ¿General o local? General, respondo sin dudarlo. Me convence para que acepte la local doble. La gente te trata mal en el quirófano si te pones la general, explica. Se alegrará después, añade cuando ya se retira. Paso tres días sin comer nada, sin leer nada, sin pensar en nada. Fuera, el aire es diáfano y hace un tiempo precioso. Por las ventanas, el mundo parece apacible y sereno. Me siento como si estuviera al final de mi vida, flotando en un limbo ligero y silencioso. Cuando llega el miércoles hago varias llamadas de madrugada en un arrebato de pánico. Vuelvo a la cama y viene una enfermera. No está de ronda: ha venido a buscarme. Ha llegado el momento. Me toquetea el cuerpo y me prepara como para enterrarme. ¿Cómo se encuentra?, pregunta mientras hace su trabajo. Después me deja sola. Entonces viene una matrona. La están esperando, dice. Subimos a un ascensor y bajamos dos plantas. Recorremos varios pasillos girando a izquierda y derecha. Por fin empujamos una puerta doble y entramos en el quirófano, una sala que me recuerda asombrosamente a las fotos que he visto de las cámaras de ejecución. En el centro, como un altar, se encuentra la mesa de operaciones. La sala está llena de gente con mascarilla. Nada más verme, se abalanzan, me cogen de los brazos, me empujan por la espalda, me transportan como una corriente poderosa hacia la mesa. Me siento en ella y al momento me asaltan por todas partes. Alguien me está inyectando algo en la mano. Un grupo, detrás de mí, me inyecta algo en la espalda. Bajo la vista y veo que me están poniendo una válvula gigantesca de tres vías en una vena. No sé qué frente defender, dónde concentrar mi capacidad de resistencia, así que me rindo y agacho la cabeza. Me doy cuenta de que estoy tumbaba en la mesa. Los ayudantes me levantan el cuerpo por los dos lados. Me cubren el pecho con una tela. Alguien me rocía la piel con un chorro de algo frío. ¿Lo nota?, me pregunta a gritos. Sí, contesto también a gritos. ¿Y esto? ¡Sí! El procedimiento parece preocupantemente primitivo. Confío en que me haya oído. Una mujer me está sujetando la cabeza con una mano encima de cada oreja. Retira una mano para decirme que ya han hecho la incisión. Noto tirones, empujones y

retorcimientos a través del grueso manto de anestesia. Todo el mundo habla. Hay una radio encendida y un hombre canta al compás de la música. La mujer que me sujetaba la cabeza se va. Me veo la cara reflejada en la amplia lámpara del techo. Miro el reloj y veo que han pasado solo diez minutos desde que salí de mi habitación. ¿Qué pasa?, pregunto. Mi voz suena sobrenatural al salir de mi cuerpo muerto. De repente tengo miedo de que se hayan olvidado de mí, de que me dejen desmantelada, como un busto parlante encima de una mesa. Temo que abran la puerta de mi alma y la dejen salir volando. Nadie responde a mi pregunta. Se ha producido un cambio y lo importante está ahora en otra parte: lo noto, noto moverse el aire, noto que el tiempo fluye ahora por otro afluente. El mundo se está ajustando. Los médicos levantan a la niña por encima de la tela para que la vea. Está amoratada y tiene un rictus de sorpresa y miedo. Reconozco al momento la cara que he visto en el escáner. Solo yo conocía el secreto de su tranquilidad, el mundo flotante de su gestación. Se la llevan al otro lado de la sala, lejos de mí, y como si fuera una luz, siento que me hundo poco a poco en la sombra conforme ella se aleja. Las matronas se agolpan a su alrededor. La pierdo de vista, pero su llanto me llega como un mensaje. Al cabo de un rato aparece vestida y envuelta en una manta. Su padre la coge en brazos. Sus ofrecimientos de amistad tienen que ser suficientes para ella, compensar su atípica manera de llegar al mundo; el reloj de la experiencia ya está en marcha y no me esperará. La vida de mi hija ha empezado.

## El bebé de Lily Bart

La novela de Edith Wharton titulada *La casa de la alegría* (1905) plantea la cuestión de qué es una mujer sino esposa, madre e hija. La propia Wharton no fue ninguna de estas cosas. Se casó por conveniencia con un hombre de su clase, pero vivió separada y alejada de su marido, a la larga en otro continente. Sus padres habían muerto. No tuvo hijos. Su derecho a existir derivaba de su riqueza, de lo que heredó primero y lo que ganó después con sus novelas. En los últimos años de su vida tenía una colección de perritos falderos por los que sentía una devoción obsesiva y también descubrió la filantropía: viviendo en Francia, en los años de la primera guerra mundial, fundó centros de acogida y colegios para niños huérfanos.

Lily Bart, la heroína de *La casa de la alegría*, es huérfana. La historia de su vida es justo lo contrario de la de Wharton, como el negativo de una fotografía. Los padres de Lily la dejan sin un céntimo al morir. No tiene ni educación ni talento ni oficio. Es muy guapa: una belleza cultivada para ganar un concurso por una madre que murió antes de poder supervisar la transacción. Lily queda abandonada a su vanidad como la flor de invernadero que evoca su nombre sometida al frío y a la lluvia. Lo único que sabe hacer es existir, hermosamente; es un activo para un salón, un brazo o un ojal. Subsiste día a día en el agua prestada de la riqueza ajena, de casa de campo en casa de campo, siempre al borde de la penuria extrema y profundamente expuesta al peligro de pasar de moda. Los maridos de otras mujeres la persiguen: hace las maletas y se va a otra fiesta. Cuando las esposas y rivales tienen celos de ella, Lily busca nuevas amistades: cualquiera que le brinde hospitalidad para garantizarse su manutención. Trabaja más que una criada el arte de la diplomacia, los elogios y la seducción, pero los problemas la persiguen. Los pretendientes ricos siempre se le escapan por una razón u otra. No puede librarse de los rumores. El tiempo la acecha, acariciando con los dedos su bonita cara. Conoce a un hombre, Lawrence Seldon, un abogado culto y pobre por el que siente una fuerte atracción, pero sus respectivos prejuicios los separan. Ella está programada para encontrar su significado material; él, en lo que es otra

modalidad de vanidad, para despreciar la vanidad y la codicia; pero Lily se obsesiona con Seldon cuando finalmente cae en la pobreza y la ignominia, se obsesiona con la sospecha de que había algo más, de que tuvo delante la puerta de una existencia totalmente distinta y no la abrió. Una noche, volviendo a la sórdida casa de huéspedes de Nueva York en la que finalmente ha terminado, se encuentra con una criada a la que, en tiempos mejores, Lily trató una vez con caridad. Impresionada por su aspecto demacrado, la muchacha la invita a su casa para que entre en calor. En la cocina la chimenea está encendida y a Lily le ponen un bebé en los brazos. Esa noche, exhausta, enferma, hambrienta y completamente sola, Lily toma por accidente una sobredosis de láudano. Y cuando está muriendo, el bebé vuelve a ella como una extraña alucinación.

> Nunca se le había presentado a Lily semejante imagen de la solidaridad de la vida. Sí había tenido una premonición en los ciegos movimientos de su instinto de apareamiento, refrenados por la influencia de-sintegradora de su entorno. Todos los hombres y las mujeres a quienes conocía eran como átomos que se alejaban los unos de los otros en una desenfrenada danza centrífuga: su primera intuición de la continuidad de la vida le llegó esa noche, en la cocina de Nettie Struther.
>
> La pobre chica trabajadora que sacó fuerza para recoger los pedazos de su vida y construir con ellos un refugio había encontrado, al parecer de Lily, la verdad esencial de la existencia. La suya era una vida más que exigua, en el desolador umbral de la pobreza, con un escaso margen de maniobra ante la enfermedad o cualquier contratiempo, y al mismo tiempo tenía la audaz y frágil permanencia del nido de un pájaro construido en el borde de un acantilado: un simple montoncillo de hojas y paja tan bien armado que las vidas que a él se confiaban podían colgar a salvo sobre el abismo…
>
> Esa noche el efecto de la droga parecía más lento de lo habitual: necesitaba aquietar, uno a uno, esos latidos cargados de pasión, y pasó un buen rato hasta que los sintió quedar en suspenso, como centinelas dormidos en su puesto

de guardia. La sensación de sumisión total la invadió poco a poco… Mañana no sería tan difícil: estaba segura de que tendría fuerzas para afrontarlo. No recordaba bien qué era eso que tanto había temido afrontar, pero la incertidumbre ya no era una preocupación para ella. Había sufrido y ahora era feliz: se había sentido sola y ahora la sensación de soledad se había esfumado.

Se movió una vez y se puso de lado, y entonces comprendió por qué no se sentía sola. Era extraño, pero tenía en un brazo al hijo de Nettie Struther: notaba la presión de la cabecita en su hombro. Aunque no sabía cómo había llegado el niño ahí, tampoco le causó demasiada sorpresa, más allá de una suave y penetrante oleada de tibieza y placer. Buscó una postura más cómoda, ahuecando el brazo para ofrecer una almohada a la cabeza redonda y suave, a la vez que aguantaba la respiración por miedo a que el ruido molestase al niño dormido.

Estando allí acostada pensó que tenía que decirle algo a Seldon: había encontrado una palabra que debería aligerar su vida. Intentó repetir la palabra, que se había refugiado, vaga y luminosa, en un rincón de su pensamiento: temía no recordarla cuando se despertara, pero si conseguía recordarla y decírsela a Seldon todo saldría bien.

La palabra se fue borrando de sus pensamientos a medida que el sueño la envolvía. Lily se resistió sin fuerzas, con la impresión de que tenía que seguir despierta por el bebé, pero también esta impresión se diluyó gradualmente en una confusa sensación de somnolencia y paz, desgarrada de pronto por una oscura oleada de soledad y terror.

Se incorporó, temblando de frío y de miedo: por un momento creyó que había perdido al niño. Pero no —se equivocaba—, seguía notando la suave presión del cuerpo del pequeño contra el suyo: la calidez la recorrió de nuevo y se entregó a ella, se sumergió en ella y se durmió.

El bebé no es solo el símbolo de la exclusión de Lily del ciclo de la vida humana, o de la vulnerabilidad, de la indefensión que caracteriza su vida y el final de esta: es también la visión de su feminidad desperdiciada, la imagen espectral de

la madre y el hijo, con los cuerpos entrelazados, saliendo del caparazón quebradizo y roto de la belleza inútil. A través de esta imagen Lily encuentra por fin la calidez física, la cercanía y el compromiso que no había encontrado en sus relaciones con los hombres. En estas relaciones había palabras, cháchara, deseo reprimido, cotilleos, cálculo y adorno: todo era brillo y artificio. Aquí en cambio hay amor y responsabilidad, determinación, planificación, paz y la bendición del sueño y la oscuridad que velan por un momento la perspectiva de la muerte. No es a la imagen de Lawrence Seldon a lo que su cuerpo frustrado se aferra en su hora final: no es sexo —no es comercio—, sino posesión lo que llegado el fin anhela; la posesión de algo vivo. De las docenas de casas por las que ha pasado, de los magníficos y crueles mercados de ganado de hombres y mujeres que ha conocido, exquisitamente decorados con traición, aburrimiento, codicia y deseo, es en este último y humilde rincón donde encuentra algo que por un momento puede poseer.

A la niña y a mí nos llevan a casa por las calles de Londres en un taxi. Como el cortejo de una boda real entre los vítores de las multitudes, este es tradicionalmente un gran momento, apuntalado por la sospecha de la profunda extrañeza y animado por el resplandor de lo absolutamente inexorable. Somos, no me cabe la menor duda, una pareja, un par. No he descartado las numerosas asociaciones carnales que la niña tiene con otras personas, pero aún están por volverse realidad. Lo único claro en este instante es que me he reproducido como una muñeca rusa. Salí de casa siendo una y vuelvo siendo dos.

Hasta que cruzo la puerta de casa no me doy cuenta de que las cosas han cambiado. Es como si entrara en casa de alguien que acaba de morir, de alguien a quien quería, de alguien que me parece increíble que se haya ido. Las habitaciones, los muebles, los cuadros, los enseres, todo tiene una insoportable pátina familiar: parada en la puerta, me siento golpeada por la tragedia, como varada en un pasado irrecuperable. Momentos después, las mismas habitaciones y los mismos enseres despiertan en mí un pánico brutal: el pánico del confinamiento. Verlos me produce una rabia violenta; me alejo de su cercanía como si me repugnara. Me pesan los secretos; un deseo adúltero

me separa de mí misma y me llena a la vez de añoranza y repulsión por lo que he traicionado. No puedo explicar estas sensaciones. En vez de eso, me siento a llorar en el sofá.

La niña es muy pequeña, me repiten a todas horas. Tiene la piel azulada. Aún no ha abierto los ojos. Yo, mientras, estoy impedida por la cicatriz y apenas puedo moverme. Seguimos tan cerca de nuestro desgarro que ninguna de las dos parece completa: el doloroso muñón de nuestra unidad, amoratado y fresco, sigue aquí. No llego a entender bien lo que ha pasado y, por tanto, decido actuar como si no hubiera pasado nada. Hago té y llamo por teléfono. Invito a gente a casa. Se sorprenden cuando les abro la puerta, vestida, normal: les sorprende que haya vuelto, como una carta que no se ha podido entregar. ¿Dónde está?, preguntan, señalando mi tripa. El embarazo ahora es una alucinación. El misterio del bebé que llevaba dentro queda sin resolver.

Que mi hija sea de mi propiedad me resulta preocupante, incierto y peligroso. En el hospital sentí una especie de adaptación inmediata y animal a su presencia; en casa vivo el impacto de la transición, como si hubiera salido a comprar algo carísimo, algo que en la tienda me despertó un deseo irresistible, muy íntimo, y ahora lo contemplara en mi cuarto de estar con el ánimo marchito. Se lo enseño a otras personas con miedo de su valoración. Les dejo que lo toquen, incluso que lo cojan, disimulando la angustia que me causa que puedan hacerle daño, desesperada por recuperarlo. Lo quiero y lo temo al mismo tiempo, pero no puedo consumar ni mi deseo ni mi temor, no puedo utilizar esta valiosa adquisición ni renunciar a ella, porque mis sentimientos se bloquean mutuamente y me atrapan en una especie de callejón sin salida. Mi hija duerme, pálida y callada. Empieza a parecerme que la burda analogía de una compra no casa en absoluto con ella, que es un ser autónomo y dueño de sí mismo. Me pregunto si, de hecho, ya sabe lo que hay que hacer y va a informarnos en cualquier momento; si dedica sus horas de reflexión a crear una especie de manifiesto en el que explique cómo tenemos que hacer las cosas exactamente. Parece muy *buena*, le digo a la matrona sin poder evitarlo cuando viene a casa. La matrona se ríe. Normalmente

explotan alrededor del tercer día, dice. Describe la explosión con las dos manos.

Una tarde, la niña abre los ojos. Le hacemos fotos, como si se tratara de un fenómeno natural extraño. Mira sin pestañear el cruel flash. Nos mira. Su mirada es como un cielo claro, sin nubes de reconocimiento, juicio o emoción. Temo por ella. Podríamos ser personas que no la quisieran. Al fin y al cabo, podríamos ser cualquiera. Cierra los ojos. La acostamos en nuestra cama, entre los dos. Esa noche me despierto y veo que me está mirando en la oscuridad. No parpadea. Su expresión ya ha cambiado, ha cobrado una capa de profundidad. Intento volver a dormirme, pero la sensación de que estoy atravesada por esa mirada desconcertante me impide tener los ojos cerrados. Me siento culpable porque me produce inquietud, como si la niña absorbiera información de mí a toda velocidad mientras duermo; como si la hubieran enviado no exactamente a sustituirme a mí, sino a utilizarme como una especie de base de operaciones o de cuartel general en el que recibirá instrucciones y aguardará el momento de emprender su misión secreta. Llora un poco y le doy el pecho. Le cambio el pañal con frecuencia. De vez en cuando, con optimismo, le quito o le pongo una manta. Cierra y abre los ojos. Esperamos, como si aguardásemos a que ella explique qué la trae por aquí o a que la gente de su planeta venga a recogerla.

En esta breve etapa, mientras la niña sigue enclaustrada en su individualidad —o mientras recibe, como ahora entiendo, el lento golpe de esa individualidad; mientras se le administra la poderosa carga de su humanidad, que inicialmente paraliza—, siento un profundo asombro. Es como si fuera incapaz de encontrar ninguna relación entre mi participación física en el hecho de su existencia y el mundo emocional que había pensado que la acompañaría automáticamente, un mundo en el que se me incluiría también automáticamente. El embarazo empieza a parecerme cada vez más una mentira, un espacio poblado de evangelistas, moralistas y controladores obsesivos; un espacio habitado por locos con delirios de maternidad. O a lo mejor es la naturaleza clínica del parto en el medio hospitalario lo que me ha hecho perder el hilo de las cosas, porque lo cierto es que

mi experiencia del parto se ha parecido más a la experiencia de que me quitaran el apéndice que a lo que mayoritariamente se entiende por «parto». Sin esas horas de relación entre una cosa y otra, sin el pegamento del dolor y la literalidad de su travesía, temo no estar a la altura de la maternidad, seguir varada, como quien meramente se ha sometido a una operación, y dejar a la niña sin conocimiento de cómo ha llegado aquí, como si una cigüeña la hubiera traído hasta la puerta de casa.

Mi posesión física de una hija es, sin embargo, atractiva; o, mejor dicho, el hecho físico de su existencia sigue encarnando de una manera sorprendente mis sentimientos de vacío. Estas sensaciones no proceden de mi cuerpo vaciado y suturado. Las he sentido antes, a lo largo de toda la vida: son un anhelo de correspondencia con algo que está fuera de mí, un anhelo de tener, de experimentar la otredad a través de la propiedad. De momento ni estos anhelos ni su satisfacción a través del objeto del bebé se diferencian de los deseos materiales. El bebé, al fin y al cabo, es una muñeca a la que visto, alimento y llevo de un lado a otro como una niña orgullosa. Estas ofrendas son modestas, pero el precio del objeto es elevado. Otras posesiones han perdido interés para mí, o han sido víctimas de mi irresponsabilidad o de los cambios de moda de mi deseo. Ahora estoy atrapada en una especie de parálisis de expectativas y compromiso sin definir, a la espera de descubrir la complejidad de lo que tengo. La certeza de que esta complejidad se manifestará por sí sola, y de que cuando llegue ese momento es probable que yo no esté a la altura, desaparece a veces y se olvida mientras la niña duerme, mama y observa en silencio. Es pálida y guapa y diminuta. A algunos les sorprende que sea tan buena. Yo, al parecer, soy su madre.

Cuando explota, mucho más tarde, pero no con menos virulencia de lo que predijo la matrona, me pilla lánguida y en parte desprevenida, al plácido sol de mi falso amanecer. La he llevado a dar un paseo por el parque con una amiga. Estoy teniendo, creo, mucha suerte: puedo pasear y charlar mientras la niña duerme en una mochila, pegada a mi pecho. Desde que nació, hace unas dos semanas, tengo la impresión de haber soldado mi pasado y mi presente, de ser yo y de ser madre.

Estoy en contacto físico con mi hija. Hablo con mi amiga. Decido poner en peligro esta visión y propongo que vayamos a una cafetería al otro lado del parque, donde tengo que sacar a la niña de la mochila y sentarla en mi regazo delante de la mesa mientras tomo un café. La alteración que me produce contemplar primero y ejecutar después esta proeza es, como mi visión, propia de un sueño: es la sensación que presiona y luego atraviesa el sueño, dejando que entre primero un mínimo reguero de conciencia y luego la violenta riada de lo real. Lo cierto es que no sé ni lo que significa ser yo ni lo que significa ser madre. No conozco ni a mi hija ni a mi amiga. Ni siquiera sé qué tiempo hace. Nos sentamos en la terraza. Un banco de nubes cárdenas se concentra encima de nosotras. Empieza a llover, mucho. Intento meter a la niña en la mochila, con torpeza y sin confianza, y de pronto rompe a llorar y a gritar con una angustia desmesurada y primitiva. Me aturullo, tiro las tazas, no acierto con el cambio, intento hablar, tranquilizar, explicar, coger a la niña así o asá para protegerla del chaparrón y al final cruzo el parque corriendo, con la mochila vacía golpeándome en el pecho, la niña en brazos, aullando como si estuviera en llamas, y mi amiga trotando detrás de mí, desconcertada, hasta que llegamos a la calle y, como loca, desesperada, paro un taxi y le impongo nuestro caos. Te llamo pronto, dice mi amiga de un modo extraño. La veo por la ventanilla, delgada y bien vestida, sólida, exigente en grado sumo y profundamente implacable, saludando educadamente desde la acera. Una sensación de ansiedad social, un íntimo y aterrador malestar se apodera de mí en el taxi que me lleva a casa, dando bandazos, mientras intento apaciguar la pena de mi hija, cerrar ese géiser sobrecogedor que parece venir de un lugar muy profundo, oscuro y sin límites. Estas dos secuencias de pensamientos no interfieren la una con la otra. Me sorprende la facilidad con la que me he dividido en dos. Me preocupa. Me consuela. Como un arroyo que se bifurca, la persona y la madre no se prestan atención, a pesar de que momentos antes eran indistinguibles: avanzan a trompicones, cada cual con su vida individual, impulsadas por una misma fuerza, pero sin pretender ya coincidir.

La visión de mí misma que he tenido por un momento en el parque —plena, capaz, en contacto con «la solidaridad de la vida»— es la que voy a perseguir a lo largo de los próximos meses. Resulta ser escurridiza. Sus elementos, decididamente hostiles, son también ingobernables. Para ser madre tengo que olvidarme del teléfono, del trabajo y de hacer planes. Para ser yo tengo que dejar que la niña llore, tengo que desatenderla cuando tiene hambre y separarme de ella para salir por la noche, tengo que olvidarme de ella para pensar en otras cosas. El éxito de la una es el fracaso de la otra. El corte entre la madre y yo es menos limpio de lo que me imaginé en el taxi, y sin embargo aquello también fue una premonición, porque desde entonces, incluso en mis mejores momentos, nunca creo haber superado esta división. Simplemente he aprendido a legislar para dos países y a proteger la frontera que los separa. Al principio, no obstante, me veo impulsada a emplear la más nueva de estas dos destrezas, que es la maternidad, y observo con horror, como cuando la bolsa se desploma, la caída en picado de mi importancia. Así, me entierro un poco más todavía en los pequeños éxitos de la crianza. Al cabo de tres o cuatro semanas he llegado a un punto lejano, a un puesto remoto desde el que desarrollo un conocimiento académico de la ingesta calórica de la niña, las horas de sueño, su desarrollo motriz y sus pautas de llanto, mientras que el resto de mi vida parece un pueblo desierto, un edificio abandonado en el que de vez en cuando una viga podrida se parte y se estrella contra el suelo, espantando a los ratones. Me invitan a una fiesta y, aunque decido ir y me doy un baño y estoy vestida a la hora señalada, termino llorando en la cocina, mientras en otra parte los minutos transcurren con frivolidad y se esfuman.

La niña tiene cólicos y la bola de Navidad de la maternidad vuelve a romperse tan fácilmente como una cáscara de huevo. La cuestión de qué es una mujer si no es madre ha quedado sustituida para mí por la de qué es una mujer si es madre; y qué es una madre, en realidad.

## Cólicos y otras historias

Mi hija tiene cólicos. Cólicos, creía yo, es lo que tienen los caballos. Parece una denominación insensible para describir lo que le pasa, el sufrimiento sin palabras de los recién nacidos y las bestias. Seguro que en alemán tiene un nombre distinto, una palabra compuesta como *dolor de vida* —que podría traducirse como *manifestación de tristeza por la condición humana*—, porque no me creo del todo que se trate de un malestar digestivo. Los médicos, sospecho, tampoco: encuentro diversas referencias al cólico de los tres meses, «cólico» y «lo que muchos entienden por "cólico"». De vez en cuando, un médico bruto lo llama «ventosidad», insinuando una idea desagradable y pestilente de la emoción infantil. Todos, sin embargo, coinciden en que se manifiesta con ataques de llanto, sin causa aparente y a unas determinadas horas del día, para los que no hay remedio ni consuelo.

Los síntomas de mi hija se corresponden exactamente con esta pauta, salvo por cierto desorden en las horas a las que se presenta el cólico, que no parecen concretas sino generales, aleatorias y frecuentes. Consulto varios libros y todos insisten en que el cólico llega y sale con la puntualidad de un tren suizo. Mi experiencia de la regularidad de las horas, los días y las estaciones ha experimentado una alteración radical en las últimas semanas, y el tiempo se ha convertido en una especie de amasijo indistinguible, ordenado únicamente por las exigencias del sueño y la vigilia de la niña, su llanto y su alegría igual de desconcertante. La idea de que manifieste una determinada conducta «por las tardes», como sugiere el libro, o «entre las cuatro y las seis» es descabellada. Los libros aconsejan pasear con la niña, acunarla rítmicamente, ponerla en una mochila o un fular, cantar y bailar. He leído hace poco que el gobierno está facilitando a adolescentes desfavorecidas muñecas que se hacen pis en el pañal y lloran continuamente para que puedan familiarizarse con la realidad de la maternidad. Me imagino una lluvia de muñecas lanzadas desde las azoteas de los edificios una hora después de su entrega, lo que quizá permita a las chicas hacer carrera en el mundo de las altas finanzas. En mis libros también se hacen sanas advertencias sobre la cuestión del

llanto. El llanto de un recién nacido, me dicen, puede causar depresión y psicosis y empujarte a hacer daño a tu bebé. Si sientes que podrías hacer daño a tu hijo, déjalo en un lugar seguro y sal diez minutos de la habitación. El tono de la orden es escueto, en comparación con las melifluas páginas anteriores sobre asuntos como la lactancia materna, el apego y cómo divertirte sexualmente con tu pareja hasta que puedas retomar lo que se denomina una «relación sexual plena». El libro termina con una lista de números de teléfono de organizaciones con nombres como CRY-SIS.*

Ahora que al parecer he llegado a una especie de Fin del Mundo de la maternidad cartografiada, no tardo en comprender que tengo que estudiar y resolver el problema por mis propios medios. *Las madres enseguida reconocen el significado de los distintos tipos de llanto del bebé*, leo. He deducido, sí, que cuando el llanto se detiene al dar el pecho puedo interpretar que su significado era el hambre; al menos uno de sus significados. Los berridos son tan ensordecedores, tan insistentes, recuerdan tanto a una emergencia, que mi primer impulso al oírlos siempre es llevar a la niña corriendo al hospital o salir del edificio, como si hubiera saltado la alarma de incendios. Deduzco que el llanto, que es el único medio de comunicación de la niña, tiene diversas causas posibles, y se me ocurre que es su principal compañero y vínculo con el mundo. Se me sugiere además que esta interpretación se emplea como la información de que, minuto a minuto, la niña está construyendo la estructura de su personalidad. Es decir, que mi respuesta a estos primeros llantos es formativa. No puedo hacer nada si no tengo la intención de seguir haciéndolo; no puedo hacer movimientos en falso si no quiero convivir los meses y los años siguientes con la desastrosa encarnación de mi debilidad, con un ser creado a partir de retazos de mis defectos, unidos por el pegamento de su voluntad, que por lo visto es monstruosa, desnaturalizada y sin límites.

No tengo dificultad para comprender lo que leo sobre la relación temprana entre madre e hijo. El anhelo del niño de volver a ser poseído por el cuerpo de la madre, su descubrimiento del deseo y la satisfacción, su exploración de los

propios límites, de otra persona y de la voluntad individual de esa otra persona; el impulso de la madre tanto de proteger como de exponer, de entregarse y separarse, su responsabilidad tanto de amar como de encarrilarlo todo por buen camino: lo veo todo. El problema es que esta imagen no parece corresponderse demasiado con mi situación. Las objeciones de la niña parecen tanto generales como asombrosamente personales, y mis reacciones, aleatorias, fuera de tono y profundamente desprovistas de magia. No solo me cuesta creer que yo pueda ser el objeto de deseo de la niña, un objeto que continuamente intenta esclavizar a su antojo; también es muy posible que yo no le guste nada. Tengo imaginación suficiente para hacerme una idea de la confusión de su mundo, de la niebla de la personalidad que impide toda diferenciación, de las necesidades imperiosas de su cuerpo y, al mismo tiempo, su parálisis; no creo que mi hija esté haciendo necesariamente una lista de objeciones a mi conducta, solo que cuando me acerco a través de esta niebla no tengo la sensación de mejorar las cosas.

Me despierto y la veo en la cama, a mi lado, rígida y colorada. La habitación vibra de ruido. Son las nueve y media de la mañana. Me he despertado muchas veces a lo largo de la noche para darle el pecho y es evidente que en algún momento por fin nos hemos quedado dormidas como troncos. La gente se ha ido al trabajo o a clase mientras nosotras dormíamos: el mundo está sentado a su escritorio. Nosotras estamos en el lodazal doméstico, donde para todo es demasiado pronto y demasiado tarde a la vez, instaladas en la locura y con la televisión encendida desde por la mañana. El día se extiende por delante vacío de acontecimientos, como una pradera, como una llanura inabarcable. La niña está berreando. Hace un ruido que no permite pausa alguna entre el sueño profundo y la actividad plena. En cuestión de segundos me levanto de un salto, la cojo en brazos y me pongo a pasear con ella por la temblorosa habitación. Recuerdo vagamente haberle dado el pecho unas dos horas antes, pero decido dárselo de nuevo mientras pienso qué más puedo hacer. Con la falta de sueño mis pensamientos se han vuelto como los de una rata, además de rudimentarios y especulativos. Dar el pecho es algo que hago con cierta

confianza porque ya lo he hecho varias veces, no porque entienda especialmente cuándo y cómo hay que hacerlo. Esta mañana mi hija no quiere comer. De repente es como si intentara alimentar a un utensilio de cocina o un zapato, algo raro y que no sirve. Está tensa como una vara, con la boca abierta como un horno de ruido, amoratada y roja de ira. Le corren hilillos de leche por las mejillas ofendidas. Decido cambiar de entorno. Vamos al cuarto de baño y allí intento cambiarle el pañal. Esta estrategia también ha funcionado en otras ocasiones, aunque no sé por qué. La tumbo en el cambiador. Inmediatamente deja de llorar. Encantada por haberla desarmado tan deprisa, me siento en el suelo del cuarto de baño, apoyada contra la pared. Canturreo para ella mientras me mira. Después le cambio el pañal. La cojo en brazos. Automáticamente se pone a berrear. Vuelvo a acostarla. Se calla. Me lavo los dientes, me meto en la bañera, salgo. Me visto. Vuelvo a cogerla en brazos, con la esperanza de que algo haya cambiado, pero no. Berrea. Cuando la dejo se calla. Me pregunto si podemos pasar el día entero en el baño. Suena el teléfono en la habitación de al lado y voy a cogerlo. La niña se pone a berrear en el baño. Doy media vuelta y entro. La cojo. Se calla.

Preparo el desayuno en la cocina y me lo tomo con una mano mientras la sujeto con el otro brazo. Parece contenta mientras bailamos el vals del armario a la mesa. Leo el periódico. Recojo, de nuevo con una mano. Ha empezado a dolerme el brazo con el que la sujeto, pero las consecuencias de cambiarla podrían ser devastadoras. Veo que es hora de darle el pecho. Ahora que he abandonado la estrategia de calmarla así, tengo reparos en reintroducirla. A pesar de todo, sé que en algún momento tendrá hambre y llorará, y en todo caso el recuerdo del berrinche anterior se ha vuelto borroso. Me puede la idea de tomar algún tipo de iniciativa, de actuar como una madre y no como una unidad de emergencia. Esta vez acepta la leche que le ofrezco. Estamos en la cocina, en silencio, y mi hija me mira mientras mama con unos ojos insondables y brillantes como el cristal mientras yo la observo a mi vez como un objeto exótico, como un animal desenjaulado, sin saber qué va a hacer

a continuación. Rezo para que la quietud se prolongue, para que no suene el teléfono ni el timbre de la puerta, para que la ciudad continúe con sus actividades sin molestarme. En momentos así, una reluciente gota de confianza brota de la niña y se derrama despacio en el recipiente abierto de mi ser.

Se le empiezan a caer los párpados. Verlos me recuerda la posibilidad de que se duerma y se quede así dos o tres horas. Ya lo ha hecho en otras ocasiones. La perspectiva es emocionante, porque mientras la niña duerme es cuando yo me relaciono, como con un amante, con mi antigua vida. Estas aventuras, aunque apasionantes, suelen ser frenéticas. Corro de un lado a otro por la casa sin decidir qué hacer: leer, trabajar o llamar a mis amigos. A veces estos placeres me esquivan y termino limpiando la casa patéticamente, o delante del espejo, intentando reconocerme. A veces echo de menos a la niña y me acuesto al lado de su cuna mientras duerme. A veces consigo leer, trabajar o hablar, y cuando estoy disfrutando de ello de repente se despierta y llora; y el dolor de pasar de una vida a la otra es entonces agudo. De todos modos, al ver que se le caen los párpados, siento en las venas un cosquilleo de emoción ante la perspectiva de libertad. Empiezo, obsesivamente, a hacer listas y a considerar actividades posibles, descartando unas ideas y acariciando otras. Vuelve a cerrar los párpados y esta vez no los abre enseguida. En reposo tiene una cara tranquila y delicada como una caracola. Mientras la observo, un color alarmante empieza a cubrir rápidamente sus facciones. La piel se oscurece, prometiendo tormentas. Abre los ojos de golpe, se retuerce, abre la boquita como un abismo que bosteza dolor y pena. Ruge. Berrea. Llora con rabia, con angustia, con indignación, con pánico. Tengo la sensación de que me han sorprendido cometiendo una infidelidad atroz. Mis pensamientos de libertad se nublan y dispersan, y me lleno de rabia y de vergüenza.

¿La he envenenado? La idea de que pueda *haber algo en la leche* siempre se me ocurre en estos casos. He visto la frase en muchos de los libros y folletos que he hojeado a propósito de los cólicos, en listas compuestas con puntos o en letra negrita. La frase es horrorosa. Te llena el corazón de pesadumbre y

desesperanza, como las noticias de corrupción en las altas esferas. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo extirpar el mal de raíz? A las madres que dan el biberón se les suele recomendar que cambien sin tardanza la leche de fórmula si se plantean semejante sospecha. Las que dan el pecho, como yo, tienen que pasar por un proceso de expiación mucho más ascético. *Piensa qué has comido y bebido en las últimas veinticuatro horas*, me aconsejan. Aunque las sospechas son legión, la prueba de su culpabilidad es remota. Los «culpables», como se los llama, son el alcohol, el café y el chocolate; el repollo, las cebollas y el ajo; los cítricos y las comidas especiadas. Las alubias. El té. Cualquier cosa cruda. *Algunas madres comprueban que la situación mejora ligeramente si suprimen por completo los lácteos de su dieta*. Me han hablado de una mujer que utilizaba un sacaleches para vaciarse los pechos después de comer *algo*. La niña se está ahogando y acercando las rodillas al pecho convulsivamente. Me imagino mis residuos contaminantes circulando por sus conductos, por sus cavidades y sus venas. Quiero apartar mi aguijón de su cuerpo inocente. Pienso por enésima vez lo poco que me gusta darle el pecho. Quiero parar. Pero el recuerdo de que fue prematura, de que no tuvo un parto natural, siempre me convence de prolongarle un poco más el alquiler de mi cuerpo. Soy incapaz de decidir si el valor simbólico de esta ofrenda pesa más que el efecto aparente de que le estoy administrando cianuro cada tres horas.

Viene a visitarnos la auxiliar sanitaria. Olisquea el aire en el recibidor. Creo que intenta detectar indicios de humo de tabaco en la casa. El episodio de los cólicos ha terminado: al cabo de dos horas de subir y bajar las escaleras —un recorrido que permite a la niña verse de reojo en el espejo de la entrada— la victoria es inequívoca. Cuando llega la auxiliar llevamos unos cuarenta minutos delante del espejo. Acaricia con unas garras rojas la cabeza plumosa de la niña y esta se sobresalta. Qué delicada es, señala. ¿Es buena?, añade. Sí, respondo escuetamente. Y acto seguido reconozco que llora mucho. Me da rabia reconocerlo, pero estoy tan desesperada buscando un remedio para los cólicos que no puedo pasar por alto la posibilidad de que la auxiliar lo tenga. Me mira fijamente, como un pájaro. ¿Le está dando leche?, pregunta. Veo que se refiere a

darle el pecho. Su renuncia a mencionar la palabra «pecho» es evidente. Le digo que sí. En ese caso es que hay algo en la leche, afirma. Ah, contesto. Sí, es muy *delicada*, repite, acariciando la cabeza de la niña hasta que empieza a preocuparme que se la desgaste. Muy delicada y pequeñita, ¿no? ¿Cuánto pesa? Me pide la tabla de peso y talla. La examina en silencio. La niña no progresa, me informa entonces. Pasa una uña roja por encima de la breve línea de puntos de la vida de mi hija. No es exactamente vertical, lo reconozco, pero tampoco es que esté girando en U para volver al útero. Tiene cólicos, le digo, con los ojos llenos de lágrimas. Le cuesta comer. Tiene que darle leche de fórmula, ordena la auxiliar. Ofrézcale un biberón después de cada toma y dentro de dos semanas la niña habrá hecho el cambio definitivo. Me deja atónita la recomendación, con lo mucho que me he esforzado para aceptar que la lactancia materna —y por supuesto sus condicionamientos— era la religión del sistema sanitario. ¿No recomiendan normalmente aumentar la producción de leche cuando el bebé no gana suficiente peso?, pregunto. Otra cosa, no, pero por lo menos bien informada sí estoy. Su hija no está creciendo lo suficiente, repite la auxiliar. Puede afectarle al cerebro. ¿Quiere tener una hija con daño cerebral? Me parece superfluo responder a esta pregunta.

La visita de la auxiliar sanitaria es muy larga. La niña y yo estamos tensas, unidas y calladas delante de ella. Cuando por fin se marcha, lloro. La niña me mira con asombro. Pido cita inmediatamente con la pediatra. Mi hija no se está desarrollando bien, le digo cuando irrumpo en la consulta. Me contesta que la niña está perfectamente. De hecho, es preciosa, añade. Miro a la niña, acostada en la camilla de la consulta, pataleando y sonriendo de una manera cautivadora. ¿Puedo enseñarle algo?, pregunto. Cojo a la niña. Se pone a berrear inmediatamente. La dejo en la camilla. Se calla. Qué raro, observa la pediatra.

Conozco a una mujer que me explica amablemente que un buen día, cuando la niña tenga unos tres meses, dejará de llorar. De la noche a la mañana, sí. A estas alturas el llanto de la niña —aunque no su horario— se ha vuelto predecible, pero sus causas

siguen siendo desconocidas. Ha llorado en la mochila, paseando, en el carrito, cuando intento hacer la compra con ella, en el autobús, en el metro, en casa de amigos y familiares, en mis brazos y en los de otras personas. Ha llorado sin parar muchas tardes oscuras, de principio a fin, cuando estábamos las dos solas en casa sin nada que hacer, o cuando llovía, o cuando yo estaba tan cansada que solo podía sentarme con ella en una silla mientras lloraba. Haciendo gala de normalidad adulta y de eficacia he renunciado a tratar de impedirle el llanto. He salido corriendo de casa con la niña llorando desconsoladamente en brazos y tirando del carrito vacío como una loca mientras todo el mundo nos miraba. Me he bajado de autobuses en medio de la nada. He salido corriendo de cafeterías. He cortado conversaciones telefónicas sin dar explicaciones. He llorado. He gritado y he visto cómo su cuerpecito daba un respingo. Me he pasado muchas horas sentada, a última hora de la tarde, mientras su padre paseaba con ella por la cocina, dándome consejos: «estaba mejor cuando la acunabas»; o: «prueba eso que hiciste la otra noche, cuando te la apoyaste en el brazo boca abajo y le pusiste la otra mano en la espalda». La he dejado en un lugar seguro y he intentado salir de la habitación, pero antes de llegar a la puerta su llanto me ha hecho retroceder. La hemos llevado a Italia y se ha pasado tres días llorando en las orillas del lago de Garda mientras los barcos se deslizaban en silencio por el agua pálida, a los pies de las montañas, y los pájaros y los niños llenaban con su parloteo el aire.

Un día, mientras cae la tarde en el jardín, me doy cuenta de que han pasado tres meses y ha llegado el verano. Mi hija está tumbada en una manta, observando las hojas de los árboles. Se retuerce, patalea y se ríe de cosas que yo no veo. Es pelirroja y tiene los ojos claros. Sé que de una manera inexpresable he vuelto a presenciar su nacimiento a lo largo de las últimas semanas; que el sonido de su angustia, su desesperación, era el sonido de un íntimo y terrible proceso de creación. Veo que se ha convertido en alguien. Y también me doy cuenta de que ha dejado de llorar, de que ha sobrevivido al primer dolor de la existencia y se ha forjado con él. Y también me ha forjado a mí, porque a pesar de que no la he ayudado ni comprendido, he

estado siempre con ella, y esto —de repente estoy segura— es la maternidad; esta mera presencia es suficiente. Con cada llantina me ha enseñado una lección que es sencilla y dura: que mi cariño, mis tontas distracciones, mis horas de mimos, esa parte especial de mí que he intentado sacar mientras cuidaba de ella era tan superflua como mi furia y mi desesperación. Lo único que hace falta es que esté ahí; y ese «lo único» lo es todo, porque estar ahí significa no estar en otra parte, estar dispuesta a dejarlo todo. Ser quien soy no compensa lo que me pierdo por no estar ahí. Y así, el llanto de mi hija ha barrido toda la superficie habitada y la ocupación de mi vida. Interpreto que deje de llorar como un indicador de que, a su juicio, mi formación ha concluido con éxito y he conseguido el título de madre; como una señal de que podemos, cautamente, continuar con la tarea de vivir juntas.

**Querer, abandonar**

Pobre Mary Lennox, la heroína infantil de *El jardín secreto*, de Frances Hodgson Burnett. Fue una hija no deseada por sus padres —*ausentes* y entregados a la vida social en la India en los tiempos del Raj— que vive aislada, con los criados, amargada y sin conocer la dulzura del amor. De no haberle ocurrido una tragedia que la arranca de su entorno y la trasplanta en un suelo más amable podría haber seguido así para siempre.

> El cólera había estallado en su forma más letal y la gente moría como moscas… Mary se escondió en el cuarto de juegos y todo el mundo se olvidó de ella. Nadie pensaba en Mary, nadie la quería, y estaban ocurriendo cosas extrañas que la niña no entendía. Se pasaba las horas llorando y durmiendo. Solo sabía que la gente estaba enferma, y oía unos ruidos misteriosos y aterradores. Una vez, a escondidas, fue al comedor y lo encontró vacío, aunque sobre la mesa aún se veían los platos de una comida sin terminar, y las sillas estaban retiradas, como si los comensales las hubieran empujado al levantarse de repente por alguna razón. Mary comió unas galletas y un poco de fruta, y, como tenía sed, se bebió una copa de vino que estaba casi llena. El vino tenía un sabor dulce, y Mary no sabía lo fuerte que era. Enseguida le entró un sopor profundo y volvió a encerrarse en el cuarto de los niños, asustada por los gritos que llegaban de las chozas y por el ruido de pasos apresurados. El vino le había dado tanto sueño que casi se le cerraban los ojos, así que se acostó en la cama y no volvió a enterarse de nada hasta un buen rato después.
>
> Cuando se despertó, se quedó mirando la pared. La casa estaba en completo silencio. Mary nunca la había visto así. No oía voces ni pasos, y se preguntó si todo el mundo se habría librado del cólera, si ya habría pasado la preocupación. También pensó quién cuidaría de ella ahora que su aya había muerto. Tendría un aya nueva que a lo mejor se sabía cuentos nuevos (…) Se había asustado mucho con tanto ruido, alboroto y llanto por el cólera, y se había enfadado porque nadie diera muestras de acordarse

de que ella estaba viva. Era tanto su miedo que no podían pensar en una niña a la que nadie quería. Cuando la gente tenía el cólera, por lo visto solo pensaba en sí misma. Aunque si todo el mundo se había curado, seguro que alguien se acordaría de ella y vendría a buscarla.

Pero no venía nadie, y Mary seguía en la cama, esperando, con la sensación de que el silencio de la casa era cada vez mayor (…) Fue de esta manera tan extraña como supo que ya no tenía padre ni madre, que habían muerto y se los habían llevado por la noche, y que los pocos criados indígenas que habían sobrevivido también habían abandonado la casa en cuanto habían podido, sin que ninguno se acordara de la señorita.

De vez en cuando me sorprende la preocupación obsesiva por la seguridad física de los niños que impregna las conversaciones sobre el embarazo, el parto y los primeros años de vida. Desde el momento de la concepción, mi hija se convirtió en un imán para todo tipo de recetas, se vio inmersa en el debate sobre la cantidad de alcohol, sobre zonas libres de humo, sobre pecho versus biberón, sobre el futuro consumo de lácteos y la alergia al gluten, sobre la temperatura de la habitación, la posición para dormir, el calendario de vacunación y las vitaminas. De hecho ocurrió incluso antes de la concepción, cuando me conminaban a purificarme y depurarme por su futuro bienestar, a transformar en un templo el agujero infernal que supuestamente era mi cuerpo. Me desagrada tanto puritanismo, como si se prohibieran los pensamientos oscuros. Me dicen que esterilice todo lo que entre en contacto con el bebé. Esto es fácil de hacer: basta con hervirlo en agua un mínimo de diez minutos o sumergirlo media hora en una solución esterilizante y aclararlo bien a continuación con agua hervida. Las consecuencias medioambientales de este tipo de procedimientos no se tienen en cuenta. La esterilización de mi hija, mi casa y la mía propia es esencial. Los gérmenes y el mal están por todas partes. Oigo sin querer una conversación sobre lo difícil que es proteger la esterilidad de las tetinas de goma en el peligroso trayecto del recipiente de agua hirviendo a la boca. Aunque no los veamos, parece que los gérmenes, o los alemanes,

como los llamaba E. Nesbit, desembarcan por miles en cuestión de segundos. Veo potitos en el supermercado y me parecen tarros de amor desnaturalizado y procesado. Es el amor lo que se esteriliza y se envasa al vacío. Se facilitan bolsas herméticas impregnadas con una fragancia fuerte para ser desechadas después de su uso. Es el amor el que no puede establecer ninguna relación con otros amores, con el mundo que todo lo contamina.

Mary Lennox, al parecer, se ha quedado estéril por *falta* de amor. Su amigo Dickon le dice que tome un poco de aire puro, que salga y vea crecer las plantas, que se ensucie. Leo en el periódico lo que se presenta como un contraataque a la higiene, un artículo que sugiere que los niños que no se exponen a los gérmenes en realidad se vuelven más vulnerables a ellos. El artículo no es para nada un contraataque. Simplemente eleva el tono de la discusión. Propone espacios de higiene dentro de la suciedad, no que se evite la suciedad, sino que se cerque, que se transforme en esterilidad. La suciedad mala, la suciedad sucia, se da en los márgenes del amor. El artículo habla de abandono, fracaso y descuido. La precaución obsesiva frente a la suciedad mala puede insinuar, parece ser, cierta proximidad con estos márgenes. Ser dueños de una suciedad limpia es proclamar la superioridad del amor y los cuidados que profesas, su flexibilidad y su falta de miedo, la pureza de su pensamiento y su valor, su distancia respecto al odio.

D. W. Winnicott, el excéntrico aunque venerado pediatra y psicoanalista de la década de 1940, proclamó que todas las madres odian a sus hijos «desde el primer momento». No quería decir que no los quisieran, sino que también los odiaban. La «buena» madre es en parte la proyección de este odio, la que esteriliza su ambivalencia y sus sentimientos de violencia y desplazamiento, la que guarda sus impulsos de abandono en frasquitos herméticamente cerrados. Aún más, afirma Winnicott, «la madre odia a su hijo antes de que este pueda saber que su madre lo odia». Es una situación en la que late la posibilidad de crueldad y arrepentimiento. Winnicott también pensaba que el bebé no existe. El bebé existe solo como parte de la madre. Mientras el bebé no tenga personalidad ni existencia

independiente, ¿qué puede amar u odiar sino a sí misma? Freud, en un marco más convencional, sostenía que «en el niño que paren [las madres], una parte de su propio cuerpo se enfrenta a ellas como un objeto extraño al que, por narcisismo, pueden ofrecer un amor objetual completo»; de hecho, en toda la cultura de la maternidad se observa la difícil precedencia de la emoción maternal, su unilateralidad, la fantasía solitaria de su moisés con volantes, su ropita blanca como la nieve, sus cunas angelicales, sus estrellas y sus ositos de peluche. Como un adolescente que sueña con las estrellas del pop en su dormitorio empapelado de carteles, el amor de la nueva madre existe en la mente y en la parafernalia de su devoción material. Veo en la evolución de esta parafernalia la promesa de que cambien las tornas en el futuro: en el siguiente pasillo del supermercado, cosas con cascos, armas y pechos de formas cónicas han sustituido a los ángeles y los ositos de peluche; paquetes ilegibles de productos con aditivos y llenos de cosas que parecen pequeños accidentes de tráfico o explosiones han sustituido a los frasquitos perfectos. El objeto extraño se desquita.

No deberían sorprenderme los violentos contrastes que caracterizan mis sentimientos por mi hija, pero así es. Como a la mayoría de la gente, el amor me ha creado problemas toda la vida. Mis amores han respetado las convenciones, primero de la narrativa familiar y luego de la romántica. Nunca he intentado reescribir estas convenciones. He aceptado sus cadencias, su trama. Pero, al parecer, de este amor nuevo estoy al cargo. Cuando pienso en mi hija se apodera de mí el deseo de hacer buena toda mi impotencia anterior, de amar como quisiera que me amasen: con compasión, sin ambigüedad, plenamente. La experiencia que ella tiene de ese amor es por ahora bastante vaga e imprecisa. Quiero escribirlo y guardarlo para ella en un cajón, como el título de propiedad de algo, para que tenga alguna prueba, alguna herencia en caso de que me ocurriera algo antes de que se me presente la oportunidad de explicárselo. La necesidad de esta explicación se confirma casi desde el principio, no porque la niña sea demasiado pequeña para comprender que la quieren, sino porque el propio amor, o al menos mi manera de administrarlo, presenta algunas

dificultades iniciales de las que, por responsabilidad, me parece necesario dar alguna explicación.

Una mañana, cuando mi hija tiene seis semanas, estoy sola en casa intentando que se duerma. Estoy agotada. La noche ha sido un espectáculo de fuegos artificiales, aventuras surrealistas y hazañas de resistencia olímpicas, y el amanecer ha llegado como una resaca. Hemos pasado las dos muchas horas despiertas. Puede que esta sea la vigésima vez en diez horas que le doy el pecho y la acuesto en la cuna. No pido mucho tiempo: necesito solo unos minutos para volver a pegarme trozos de la cara, hablar en voz alta delante del espejo y ver si de verdad me he vuelto loca. Ahora mismo no es que *quiera* que mi hija se duerma. Es que si no se duerme no sé qué podría pasar. Mi posición es a un tiempo razonable y extremadamente desesperada: no admite negociación. La pongo en la cuna sin contemplaciones. Voy al cuarto de baño y cierro la puerta. Hay un largo silencio que es a la vez una bendición y una amenaza. Está cargado de autoridad, mía, pero también de la posibilidad de que sus necesidades no se plieguen a las mías, de que siga existiendo más allá del límite de mi paciencia, mi amor y mi capacidad de poseerla. Entonces la oigo llorar en la habitación de al lado. Grito. No sé muy bien qué grito, algo así como que no es justo, que es lo más razonable del mundo pedir cinco minutos para mí. ¡duérmete! Grito, al lado de la cuna ahora. No grito porque crea que pueda obedecerme, sino porque soy consciente de las ganas de tirarla por la ventana. Me mira con un terror profundo. Es la primera mirada emocional que me ha dirigido hasta ahora. Sinceramente, no es lo que esperaba.

Por fin se queda dormida, en silencio, sumisa, rechazando mi ayuda. Me llena de vergüenza ver cómo se aleja de mí; el sueño, tan deseado, me resulta insoportable. Quiero despertarla y darle amor. Ahora que está tranquila y en silencio mi amor vuelve a ser perfecto, pero ella ni siquiera está despierta para verlo. Me arrastro hasta el teléfono y lloro. *Le he gritado*, confieso. Al final se lo confieso a mucha gente y nadie me concede la absolución que busco. Ay, ay, se lamentan. Pobrecita. No se refieren a mí. No te preocupes, dicen, supongo que se le olvidará. Comprendo que estoy sola con mi estallido,

que también yo he salido del refugio del amor. Como madre no existo en el contexto del perdón de otra persona. Me doy cuenta de que esto es lo que significa *hacerse cargo*.

Con el paso del tiempo me atormenta cada vez más la idea de los niños que no reciben amor. Se me encoge el corazón cuando oigo historias de maltrato y abandono. Lloro cuando veo en los informativos imágenes de huérfanos, refugiados y niños de la guerra. Un programa de televisión semanal dedicado a niños que deben someterse a operaciones quirúrgicas me hace arañar el sofá frenéticamente. Mi compasión, mi piedad humana generalizada, se ha concentrado en una única herida, en una llaga oscura de conocimiento y en la capacidad de hacer daño. Veo que en el amor siempre me he considerado víctima en lugar de agresora, que he cultivado la convicción de mi inocencia en lo que sin embargo he definido como un conflicto, una batalla irreconciliable. Como un subsidio social, el amor siempre me ha parecido un derecho inalienable de la gente, aunque esta creencia es una mera máscara del terror que me inspira la posibilidad de que no me quieran. En la calle veo a una mujer bien vestida regañando a una refugiada que lleva en brazos a un bebé envuelto en un montón de trapos. ¡Ya recibes dinero del gobierno!, protesta la mujer, despacio y con crueldad. Habla, con una voz chillona que delata su indignación y su acento de persona educada. Quiere asegurarse de que la entienden bien. La odio, y doy dinero a la otra mujer delante de sus narices solo por fastidiarla. Creo que está cargada de esa seguridad en sí misma de quienes no son capaces de amar, con su misteriosa habilidad de retener, de dirigir contra los demás el arma de su propia indefensión. Luego, cuando vuelvo a casa, la refugiada me asalta de nuevo y paso de largo, confundida. Al parecer no es al amor sino a la falta de amor a lo que he despertado de pronto. Lo cierto es que no me he vuelto más amorosa, más generosa o más capaz. Simplemente ahora me dan más miedo los límites del amor y estoy más segura de que existen.

Mientras la niña duerme, leo intermitentemente *La gran fortuna*, de Olivia Manning, una novela que me produce la desconcertante sensación de que me habla a mí. Harriet y Guy Pringle llegan recién casados a una Rumanía en guerra, donde

Guy es profesor de universidad. Los Pringle se conocen poco, pero no tardan en descubrirse. Guy es disperso, filántropo, poco materialista, social y políticamente comprometido. Harriet es reservada, peculiar, culta y autoprotectora. Su respectiva comprensión de la idea del matrimonio está polarizada. Guy quiere querer a todo el mundo. Harriet quiere que la quiera a ella. Guy quiere que el amor sea inclusivo, extrovertido y general. Harriet quiere que sea específico, devoto y protector. Guy pasa mucho tiempo intentando encontrar, sin éxito, un piso decente, charlando con sus alumnos en los cafés y corriendo de un lado a otro a cualquier hora de la noche para ayudar a jóvenes angustiadas. Harriet pasa mucho tiempo siendo infeliz y desarrollando estrechos vínculos con los gatos. Al final conoce a otro hombre con el que entabla una amistad profunda. Un día, sorprendidos por un ataque aéreo, se refugian en un sótano, donde Harriet ve una escena que la afecta mucho:

> Había otras dos personas en la escalera del sótano: una mujer y un niño pequeño. La mujer estaba sentada con el niño en las rodillas, la mejilla del niño apretada contra su pecho y la suya apoyada en la cabeza del niño. Tenía los ojos cerrados, y no los abrió cuando llegaron Harriet y Charles. Atenta únicamente al niño, lo abrazaba con ferviente ternura, como si intentara protegerlo con todo su cuerpo.
>
> Harriet, que no quería inmiscuirse en su intimidad, apartó la cabeza, pero algo atraía su mirada hacia el niño y la mujer. Transportada por la imagen de estos seres envueltos en amor, aguantó la respiración y se le llenaron los ojos de lágrimas.
>
> Se había olvidado de Charles. Cuando él le preguntó: «¿Qué pasa?», a Harriet le molestó el tono ligeramente inquisidor. «Nada», contestó. Charles le puso la mano en el codo y ella se apartó de él, pero ya sonaba el aviso de fuera de peligro y pudieron salir.
>
> En la calle, Charles volvió a preguntar:
>
> —¿Qué pasa? —Y en un torpe intento de compasión añadió—: ¿No eres feliz?
>
> —No lo sé. No he pensado en eso. ¿Es que hay que ser

feliz?

Resulta que Harriet fue una hija no querida. A sus padres no les caía demasiado bien y, cuando murieron, se fue a vivir con una tía, a la que tampoco caía demasiado bien. Su matrimonio con un hombre tan poco expresivo como Guy, al que quizá se vio empujada por el malentendido de su falta de expectativas sentimentales, es la garantía de no sentirse querida para el resto de su vida. Es esta sensación, la sensación de no ser deseada, la que la atrae y la que al mismo tiempo le cuesta aceptar: al contrario, dedica la mayor parte del tiempo a que Guy le dé una prueba de amor, y al final coquetea con Charles, un hombre más sentimental, que la quiere y, lo que es más importante, lo reconoce. Este reconocimiento permite a Harriet completar el círculo. Cuando lo consigue, se aleja de Charles, de palabra y de obra, y se muestra tan reacia, distraída y despegada con él como su marido con ella. Está claro que no puede evitarlo. La escena de la mujer y el niño en la escalera es, de largo, el momento más emotivo de *La gran fortuna*, trágicamente breve, reprimido y sin resolver. Sin embargo, es evidente que *ese* es el amor que busca Harriet. La maternidad parece para ella una salida del laberinto de las emociones adultas. Charles le resulta de repente molesto como un mosquito, con su deseo, su otredad, sus absurdas y torpes preguntas masculinas sobre la felicidad. Quiere dos cabezas apoyadas la una en la otra, su contacto físico y su silencio. Quiere que algo alivie definitivamente su soledad, que la repare. Solo puede apartarse, para «no inmiscuirse en su intimidad».

Si el amor parental es la base de todos los amores, también es una reconstrucción, una revisión y una indagación en el amor propio. Cuando me preocupo por mi hija regreso a mi propia vulnerabilidad, a mi indefensión primordial. Presencio lo que no puedo recordar personalmente, mi existencia temprana en este estado blanco, este mundo de leche y sombras y nada. Mi supervivencia da fe de que también a mí me cuidaron, y, sin embargo, veo continuamente imágenes de abandono, de falta de amor, incapaz de no recrearme en malsanos relatos de lo que pasaría si la abandonara, si la dejara sola todo el día, si no la cogiera en brazos cuando llora o si me negara a alimentarla.

Después de haber vivido tanto tiempo en las alturas del amor romántico, donde reinan las peleas, es como si de pronto me expulsaran al sótano, a sus cimientos. El amor es más respetable, más práctico, requiere mucho más trabajo del que yo había sospechado nunca, pero está muy cerca del poder de destrucción. Hasta ahora, nunca, ni remotamente, había tenido la sensación de que ese poder estaba en mi mano, y me seduce como un arma guardada en un cajón. Mis cuidados infinitos, la incesante atención que dedico al margen de mis capacidades, el estado de ánimo o la hora, se desarrollan a la sombra misma de su negligencia.

Unos días después de que nazca mi hija voy a un concierto. Las entradas las había comprado varias semanas antes, porque no esperaba que naciera tan pronto. Me cuesta estar sentada, por la cicatriz, y de momento no entiendo demasiado los principios de la lactancia, pero decido ir al concierto a pesar de todo. A lo largo del embarazo he tenido mucho tiempo para tomar decisiones drásticas sobre la necesidad de preservar mis intereses y mi independencia una vez llegado el momento de la maternidad, y me he imaginado fervientemente en fiestas y galas, esquiando en Austria, tumbada ante una puesta de sol en el Mediterráneo, sentada a mi escritorio, con la niña todo el rato encima de la cabeza como en una especie de bocadillo de tebeo. Este estado de ánimo se ha extendido brevemente a la vida de mi hija como la cornisa de una roca sobre un acantilado. Mi suegra está cerca para ayudarme con la transición y parece nerviosa. Como voy a llevarme conmigo la única fuente de consuelo y alimento de la niña, los recursos de su abuela, en caso de que las cosas vayan mal, son limitados. Reduzco mis planes y prometo volver en el intermedio. En la cabina de teléfono, a medio camino, recibo informes dubitativos aunque favorables. En la estación del metro también parece que todo sigue en orden y subo al tren. A medida que van pasando las estaciones me voy poniendo nerviosa y crece en mí la sensación de estar obrando mal, como si hubiera robado algo, y cuando por fin salgo y subo las escaleras renqueando, me lanzo a la primera cabina de teléfono que encuentro, como si fuera una máscara de oxígeno. Marco, y el llanto metálico y lastimero de

mi hija inunda el vestíbulo de la estación. La voz de mi suegra me llega muy débil entre el llanto y el ruido estático, tensa pero firme, como si me diera un parte oficial de guerra. La niña ha empezado a llorar hace diez minutos, me informa, aunque parece que se tranquiliza si le dejo que me chupe el dedo. En la calle todo son bocinazos y rugidos del tráfico. La gente se arremolina a mi alrededor, al encuentro de la noche londinense. Además de ignorantes de esa región desgarrada por la batalla en la que ahora vivo, están tan lejos de ella como si se encontrara en la otra punta del mundo. ¿Debería volver a casa?, grito al micrófono. Como quieras, me llega la respuesta después de un silencio, me imagino que se acabará durmiendo. Prometo volver a llamar en cinco minutos desde el auditorio. Llamo y las noticias son malas. Vuelvo a casa en taxi, con una prisa delirante, después de mi extraña excursión vespertina por las cabinas de teléfono del West End. La suerte de mi suegra no ha sido mejor. Ha venido a Londres desde lejos para quedarse con mi hija llorona y hambrienta mientras yo la llamaba sin parar.

No es el amor lo que me preocupa cuando dejo a la niña, como una cuerda y un arnés que arrastro a mi paso allá donde vaya. Es más bien que, cuando la dejo, el mundo lleva la mancha de mi deserción, y a la suma de lo que quiera hacer tengo ahora que restarle el abandono. Una escapada al cine ya no es lo que era: es menos, una cosa manchada, un placer degradado. De la noche a la mañana parece que mi presencia ha cobrado un valor material, como si me hubieran instalado un taxímetro que marca inexorablemente el precio de la experiencia. Cuando estoy fuera me distrae su tic-tac. Mis amigos, aunque se alegran de verme, no necesariamente pueden permitirse el importe. Nos encontramos en la infranqueable frontera que separa el mundo libre del régimen de clausura de la maternidad. Aunque de momento me he olvidado de ellas, estas divisiones existían, naturalmente, en la vida que yo conocía. Recuerdo muchas veladas con gente obsesionada por el trabajo pendiente, las relaciones infelices, la falta de dinero, la angustia o la pena. He sentido su inquietud, su fiebre, y he visto lo que acechaba detrás de sus ojos. La diferencia reside en la cuestión de la valentía, porque si bien es fácil animar a una

amiga a tener el valor de librarse de las ataduras de la ansiedad, olvidarse de sus preocupaciones y confiar en que vendrán tiempos mejores, nadie va a animar a una madre que se siente responsable de su hija. La niña está en casa como una diosa incomprensible, luminosa, palpitante, extraña, como un icono de noble exigencia. Como sacerdotisa suya, no puedo sino dar la impresión de haber sufrido una especie de conversión mística que me aleja de mis seres queridos. Tengo que volver con ella como se vuelve a algo que los demás no entienden; con respeto, con preocupación, permiten que me vaya.

En *Madame Bovary*, Emma Bovary manda a vivir a su hija con una nodriza, fuera de la ciudad, sus primeros meses de vida. El amor de Emma es caprichoso, inquieto. Se resiste al confinamiento que le impone su hija, su casa. Su juventud y su belleza solo han conocido la jaula de la vida doméstica, el tedio del aislamiento en la Francia rural y el amor rudimentario y complaciente de su padre y su marido. Querer a su hija sería para ella proclamar el límite de su ser. Con su imperiosa necesidad de experimentar, de ser protagonista, de ser el centro, exprime los significados que la vida tiene para otras personas. Simplemente no puede estarse quieta. Como mujer casada es un espectro; como madre, una ausencia. ¿Quién, se pregunta, puede reprochárselo? Su madre ha muerto; no tiene ninguna deuda que pagar. Pasa la vida cavando túneles en el subsuelo de su matrimonio, una ocupación para la que su hija constituye una amenaza de sabotaje. Como un doble, un bebé puede habitar en el amor de su madre, captar afectos que no desea, alterar otros, hablar en su nombre a sus espaldas. La maternidad es para Emma Bovary un alias, una identidad que adopta ocasionalmente en su carrera de adúltera. Emma es la esencia de la mala madre: la mujer que se empeña en ser el centro de atención. En un momento dado intenta insuflar algo de sinceridad a su papel de madre, quizá con la idea de que eso pueda salvarla de sí misma, y con ello precipita su caída:

> Trajo a Berthe de la casa de la nodriza. Félicité la bajaría cuando hubiera visitas, y Madame Bovary la desnudaría para exhibir sus piernas. Adoraba a los niños, decía: eran su consuelo, su placer, su obsesión. Abrazaba a su hija con

acompañamiento de emociones líricas (…) Emma estaba cada vez más delgada: sus mejillas perdieron el color y se le alargó la cara. Era como si pasara por la vida sin apenas contacto terrenal, como si llevara en la frente la marca de un destino sagrado (…) Pero su corazón estaba lleno de codicia, de odio y de rabia.

Cuando estalla la violencia que bulle por detrás de esta máscara de santidad, es contra su hija contra quien se dirige.

El fuego estaba apagado y se oía el tictac del reloj. Le causaba un vago asombro que las cosas pudieran ser tan serenas cuando todo su ser era un torbellino. Entre la ventana y la mesa, Berthe, tambaleándose con sus patucos de punto, intentaba alcanzar a su madre y agarrarse a las cintas de su delantal.

—¡Déjame en paz! —gritó Emma, empujando a la niña.

Pero al momento la pequeña había vuelto y esta vez se apretaba contra sus rodillas, mirándola desde abajo con sus grandes ojos azules y un hilillo de saliva clara resbalando de la barbilla al babero de seda.

—¡Déjame en paz! —repitió la joven en un arranque de irritabilidad.

Su expresión asustó a la niña, que empezó a llorar.

—¡Ay, vete de aquí! —gritó su madre, apartándola de un codazo.

Berthe tropezó con la pata de la cómoda, cayó y se hizo un corte en la mejilla con uno de los adornos de latón. Empezó a sangrar.

Berthe, la de los lindos patucos y las piernas bonitas, crece sin amor, nos cuenta Flaubert. Cuando mueren sus padres tiene que ganarse la vida en una fábrica de algodón. Es el producto aciago de su madre, su proyecto abandonado. No lleva la marca de agua, el sello de autoridad del amor maternal. Se desdibuja en la oscuridad.

Mucho después me doy cuenta de que mi hija se ha embarcado en su propia carrera amorosa, ha empezado la que probablemente sea la mayor de las historias de su vida. ¿Cuándo empezó? ¿Dónde aprendió? ¿Cuándo pasó el amor por ella, dejando su impronta como la emanación espectral de la

escarcha, enviando su secreta invitación al baile? La emoción vivía dentro de ella, sin nombre, sin domar, desde el primer momento: he oído sus gritos y alaridos, sus ronroneos de satisfacción. Pero, a medida que su ser se esfuerza por acercarse a la civilización, su emoción comienza a cobrar formas. Cuando tiene nueve meses, su padre y yo nos vamos fuera una semana sin ella, y cuando volvemos no manifiesta alegría ni sorpresa, ni siquiera enfado, sino que va pasando de los brazos de su padre a los míos, una y otra vez, como se trasvasa el agua de una vasija a otra, y comprendo que al irnos le hemos hecho perder su forma, que al no estar ninguno de los dos ha perdido su recipiente. Cuando cumple un año ha aprendido a querer y está aprendiendo a hablar y a actuar, de un modo primitivo pero reconocible. Su forma de amar es la de una mariposa o un colibrí que se prodiga tan pronto aquí como allá, revoloteando por su mundo complaciente con la lógica irrefutable del puro impulso. Ha aprendido a andar y por tanto a seleccionar, a halagar, a correr hacia su ser querido y a lanzar los bracitos alrededor del objeto deseado, a colocar los labios quietos sobre algún objeto en imitación de un beso. Quienes a lo largo de todos estos meses la hemos querido sin obtener reconocimiento estamos encantados. También ha aprendido a rechazar y a preferir. «¡Pa!», solloza histriónicamente si la cojo cuando no le apetece. «Ma», afirma con coquetería cuando nota que mi interés se apaga un poco.

Hay algo profundamente reconfortante en este despliegue de sus preferencias y estados de ánimo, en la lenta emergencia de su carácter, como si de un nuevo parto se tratara. Su personalidad, un misterio que tanto tiempo llevamos intentando descifrar, un espacio que hemos llenado de suposiciones, se nos quita de las manos como una obligación preocupante. Ahora es capaz de afirmarse, de alejarse de nosotros, y esta distancia marca el final de un tipo de amor y el comienzo de otro. La pasión unilateral de su primera infancia, ese fermento de terror y responsabilidad, la marea oscura de la emoción indiferenciada se ha retirado. Ese amor se dirigía a un objeto, era un amor de la razón, que es todo y nada a la vez. Ya no me siento arrastrada por las olas de la pena o la compasión humana genérica que

antes batían las llanuras indefensas de mi corazón. Este nuevo amor tiene su cauce y sus diques. Es un amor con muros y habitaciones. Es comunicativo, correspondido, detallado y civilizado. Se parece más de lo que me esperaba al amor romántico, al amor de los adultos. Tengo que dejar de hablar de mi hija, de contar sus hazañas y de narrar su relación conmigo. Ahora tengo que hacer menos cosas por ella y, al reducirse su indefensión, un velo cubre la turbia historia de cómo la he cuidado. Me imagino, avergonzada, que mi hija me cuida cuando soy vieja, que me pone las cuñas y me lleva bolsas de agua caliente; y pienso cuántos puntos habré conseguido, qué cantidad secreta de lealtad y amor me he ganado a lo largo de estos meses tan duros. En realidad no sabía que fuesen una prueba. Me había olvidado de que un día mi hija florecería, de que un día aprendería a andar y a hablar y me diría lo que piensa de mí. Me pregunto si la habré ofendido con mi ira y mi reticencia. Si la habré atormentado. Espero haber sido buena, como Cenicienta, cuando no era fácil serlo. No como las hermanas feas de los pies grandes y con callos a quienes la venganza implacable no pierde de vista, que aprenden a querer pero demasiado tarde.

**Madrehija**

Un día veo que mi hija tiene una línea suave, como una junta, de la coronilla hasta el centro del cuerpo. Parece el punto en el que se pegaron sus dos mitades y le da el aspecto inquietante de estar hecha a mano. Durante el embarazo a mí también me salió una línea similar, como una costura que dividía en dos el globo de la barriga con el fin de prepararme para que un cuchillo cósmico me cortara por la mitad con la máxima precisión. Esta línea, la *linea nigra*, es una característica común del embarazo: tiene una explicación médica, ensombrecida por su aura de simbolismo, por su carga profética. La línea de mi hija es un siniestro complemento de la mía, como si me hubieran dividido y recompuesto en dos personas.

He leído en alguna parte que no debemos referirnos a la madre y el recién nacido como dos seres independientes: son uno, un ser compuesto al que es mejor referirse como madre-hijo o quizá madrehijo. Esta afirmación me desconcierta, incluso me parece amenazante, aun cuando describe perfectamente el profundo cambio de las coordenadas de mi ser que experimento en los días y
las semanas posteriores al nacimiento de mi hija. Me siento como una casa a la que se le ha añadido una extensión: donde antes había un tabique, ahora hay una habitación nueva. Siento que la luz y el calor se escapan hacia allí a una velocidad vertiginosa.

Madrehija es una unidad enteramente diseñada para ser sostenible. La niña nace dotada de la capacidad de succión. A la madre, por su parte, se le ha advertido durante el embarazo de un Cambio de Uso. Los pechos se requisan y desprograman: las glándulas y los tejidos se encargan de esta tarea. Cuando por fin nace el bebé, los pechos son como dos ojivas nucleares en alerta roja. La niña mama; la maquinaria entra en funcionamiento; la producción de la leche es mágica. Esta leche es más que suficiente para alimentar a la niña los seis primeros meses de vida, hasta que sea capaz de sentarse y comer otros alimentos. La leche materna contiene todos los nutrientes que el bebé puede necesitar. Es estéril y sale a la temperatura perfecta. Se puede ofrecer en cualquier parte y a cualquier hora. El bebé

crece y la madre encoge. Las reservas de grasa que ha acumulado en el embarazo estimulan el funcionamiento de los pechos. El útero se contrae; las hormonas circulan y se liberan. El cuerpo está escribiendo el último capítulo de la historia del parto. Tiene la belleza y la simetría de una danza. Finalmente, madrehija está lista para la vida como madre e hija. La pintura se ha secado; las uniones ya no se notan. Ingenioso, ¿verdad?

¿Quieres intentar darle el pecho?, pregunta la matrona cuando me sacan del paritorio en una camilla. La miro como si me hubiera pedido que le preparase una taza de té o que ordenase un poco la habitación. Sigo habitando en ese otro mundo en el que, después de una operación, a la gente se la compadece, se la cuida y se le deja que se recupere. Me entregan el cuerpecito de mi hija, envuelto en mantas, y al cogerla en brazos vivo un instante de profunda claridad, casi visionario. En este momento comprendo que ahora existe una persona que soy yo pero que no está únicamente encerrada en mi cuerpo. Esa persona parece una especie de colonia. Lo que necesita y quiere competirá en el futuro próximo con lo que yo necesito y quiero, y con frecuencia será prioritario. Me la pongo al pecho. La palabra «natural» aparece en mi cabeza, como en un bocadillo de dibujos animados. Lo cierto es que no me siento del todo natural. Me siento como si alguien me estuviera lamiendo en público.

La matrona elogia lo bien que succiona mi hija. Está en su territorio y actúa con confianza. Sabe mamar mejor de lo que yo sé darle el pecho. Se me ocurre la extraña idea de que esto obedece a alguna conspiración prenatal en la que se ha designado a mi cuerpo como punto de recogida. *La leche estará en el pecho. La matrona dará la señal. Tienes que sacar leche cada tres horas, de lo contrario la producción se agotará. Nuestros agentes se pondrán en contacto enseguida. Se presentarán en casa de la mujer bajo el nombre de «auxiliares sanitarios»*. Cuando la niña lleva alrededor de un cuarto de hora mamando, un vestigio de mi asertividad aflora a la superficie como un objeto de un naufragio. Necesito una taza de té, lavarme y descansar. Comprendo que mientras la niña esté mamando no puedo hacer ninguna de estas cosas. No sé cuándo va a terminar. Al cabo de

un rato me quedo adormilada y cuando me despierto veo que mi hija se ha separado. Está en mis brazos, con la boca abierta y los ojos cerrados, sin expresar nada. En la toma siguiente veo que he desarrollado cierta conciencia de cuándo hay que parar. Me quedo sentada un tiempo que considero razonable y espero. Observo la presión de los labios rosas y el movimiento de la mandíbula, tratando de detectar algún indicio de finalidad. Cambio de postura adrede. Echo un vistazo alrededor, con la esperanza de que cuando vuelva a mirar mi hija haya terminado de uno u otro modo. Pasan otros quince minutos, media hora. Al final, sin ningún motivo aparente, suelta el pezón con un chasquido sereno. El chasquido parece que viene a señalar una decisión en la que yo no tengo parte. Métele el meñique en la boca y ábrele las encías, dice alegremente la matrona al día siguiente, cuando le cuento que he estado una hora dándole el pecho y que se me han paralizado las piernas. Me encanta el consejo, y lo recibo como un mandato para mi propia continuidad. Se me permite vivir, por lo visto. Mi hija tiene los ojos cerrados. Le pongo el dedo en la comisura de los labios y se los separo sigilosamente, como un prisionero que intenta fugarse.

Al volver a casa, la lenta mole de madrehija deambula por las habitaciones frágiles como un dinosaurio torpe y descerebrado. Me salen gotas de leche de los pechos sin que nadie lo pida y me empapan la ropa. Noto como si me pincharan con puñales pequeños. Convivo incómodamente conmigo misma, con la persona que era antes. Observo la ropa de esta persona, sus cosas. Repaso sus recuerdos como una impostora lasciva y ligeramente escandalizada. Me alarman su ensimismamiento y su vulnerabilidad emocional. Habito en sus amores, sus preocupaciones, con el desapego del descendiente que reúne los fragmentos de la historia familiar, en este caso con la salvedad de que estas preocupaciones siguen vivas. Son importantes y exigen mi intervención. Amor, expectativas, ira y resentimientos fluyen hacia mí por sus canales de costumbre y, aunque me llenan de una extraña aversión, lucho por contenerlos, por evitar el desastre. Soy como una espía que hace lo imposible por conservar una apariencia mientras mi

existencia gira encubiertamente alrededor del secreto de mi hija. Quiero hablar con otros espías, desahogarme con ellos. Cuando coincido con mujeres que tienen hijos la verdad se escapa indiscretamente de mis labios. No me preocupo por mí, digo. No tengo subjetividad. Podrían hacerme cualquier cosa y no me importaría.

Me deshilvano, como si me estuviera descosiendo, para entretejerme con la debilidad del mundo. Veo gente mayor, gente en silla de ruedas, gente que pide dinero o que llora en la calle, y me tiran de los hilos que cuelgan de mí: me siento en la obligación de mantenerlos, de reunirlos y darles el pecho. *Las madres lactantes tienen que acordarse de cuidarse bien*, me informa el folleto de un hospital*, y beber un litro más de líquido al día, una parte del cual debería ser leche*. No puedo beber. La historia de mi necesidad ha terminado. Me considero inmune, con la inmunidad de las cosas muertas, a todo aquello que antes sentí tan profundamente. Me he convertido en una unidad de respuesta inmediata, en un transmisor. Leo que mi hija recibe mis anticuerpos, mi resistencia, a través de la leche, y a veces me imagino que noto cómo salen de mí y fluyen como un río de luz. Me los imagino revistiendo las cavidades del cuerpo de mi hija, fortaleciendo sus paredes. Me imagino cómo se le transfiere mi solidez, que abandona mi cuerpo y me convierte en mera fuerza, en un vapor de nutrición que envuelve a mi hija como un halo.

La lactancia dura horas. Antiguamente, se me informa, las mujeres daban el pecho a sus bebés estrictamente veinte minutos cada cuatro horas. No se les «permitía», explican, hacer otra cosa. Quienes se adherían a la norma, supongo, estarían felices con esta prohibición imaginaria. Tiene una especie de encanto marxista y por eso se ha ido desacreditando con el tiempo. El régimen moderno se rige totalmente por la oferta y la demanda. Recomienda alimentar al bebé cuando tenga hambre, porque de esa manera los pechos producirán la cantidad de leche necesaria. Les sorprendería el hambre de mi hija; se verían dándole el pecho veinte o treinta veces cada veinticuatro horas, pero ¡no se preocupen! Es imposible sobrealimentar a un bebé con leche materna. Esta última afirmación me hace pensar que

la alimentación es completamente absurda. Hojeo libros sobre el tema en busca de alguna mención a mí, de algún indicio de preocupación por la madre, mientras estoy atornillada en la butaca, unas veinte o treinta veces al día, pero no hay nada. Empiezo a sentirme como un espacio natural desprotegido, asaltado por el estruendo chirriante de las motosierras y el taladro de los pozos petrolíferos. Hasta ese destello de esperanza que se me ofreció en el hospital me lo han arrebatado. A pesar de las garantías de la matrona, compruebo que la práctica de cronometrar o limitar la lactancia no es vista con buenos ojos. Si eres tú quien da por terminada la lactancia, ¿cómo sabes si la niña ha comido lo suficiente? Parece que el cliente siempre tiene la razón. Hay algo en los fundamentos científicos de todo este asunto que no me cuadra. Con cuánta frecuencia tengo que darle el pecho, le pregunto a otra matrona cuando viene a casa. Cuando tenga hambre, contesta. ¿Cómo sé cuándo tiene hambre? Pronto aprenderá a distinguirlo, me asegura, con un destello de complicidad en la mirada. Y mientras tanto, insisto, ¿cómo lo sé? La matrona parece preocupada. Está claro que tengo un problema. Me anota los datos de la clínica de lactancia del hospital. Tiene una letra redonda y alegre, como la de una niña.

La clínica está en una sala grande de la última planta del hospital. Cuando abro la puerta me golpea una ola de ruido. La sala está abarrotada. Hay mujeres sentadas en el suelo, en mesas; dos en una silla. Por encima del fermento de su conversación se eleva el llanto de los bebés como un coro de sirenas desafinado. Una mujer con una carpeta se abre camino entre la multitud para tomarme los datos. No le des el pecho hasta que hables con alguna matrona, me indica. Alarmada, le pregunto cuánto falta para eso. Se ríe, con cariño, y contesta que, como puedo ver, hoy tienen mucho trabajo. No parece preocuparle que las exigencias de su clínica desestabilicen el volátil gobierno de madrehija. Encuentro un hueco en el suelo y me siento con la niña en el regazo.

Las demás se ríen y hablan en voz alta. Están coloradas, por el calor que hace en la sala. Manejan a sus hijos con aire distraído, los cambian de posición y les meten el dedo o el

chupete en la boca. Los pequeños protestan y lloriquean, con las caritas rojas como viejos enfadados. Gorritos, patucos y manoplas unidas por una cinta aletean en las extremidades inquietas. Los bebés bullen como una hilera de hervidores furiosos. Cuando lloran, las madres suben la voz. Una mujer habla a grito pelado por el móvil. De vez en cuando se abre una puerta al fondo de la sala y se dice un nombre. Mi hija lo mira todo con ojos de asombro. Parece desarmada por esta reunión de miembros de su especie. Me pregunto qué hacemos ahí todas, y entonces me acuerdo de que tenemos problemas con la lactancia. Me cuesta creerlo: el ambiente alegre de la sala, como el de un aeropuerto, ha quitado a la lactancia su significado. Los bebés lloran y se quejan, mientras que las mujeres se han ensamblado las unas a las otras para formar una balsa de camaradería, y navegan contentas por unas aguas en las que, de no estar juntas, se ahogarían. Empiezo a ver que mis problemas son de aislamiento, que estoy separada del mundo. Cuando dicen mi nombre ya no soy capaz de ver mis problemas con suficiente claridad para describirlos.

La consulta es una sala pequeña y tranquila. Hay cinco o seis mujeres sentadas en una fila ordenada, con los pies apoyados en una pila de guías de teléfono, dando el pecho a sus hijos. Los bebes están majestuosamente tumbados en almohadas blancas en el regazo de las madres. Dos mujeres con bata blanca recorren continuamente la fila, ajustando almohadas y añadiendo o suprimiendo guías de teléfono. De vez en cuando hablan en voz baja con alguna madre y las demás levantan la vista, con caras inocentes y desconcertadas como lunas. Me preguntan en voz baja si me apetece un café. Una de las mujeres con bata blanca viene a sentarse a mi lado. Tiene el pelo largo y canoso, y lleva gafas redondas. Por debajo de la bata blanca, veo un vestido llamativo, de muchos colores. De repente me lleno de esperanza, creo que hay una cura para mi situación al ver que existe esta expresión concreta de algo que hasta ese momento me parecía inexpresable. Estoy enferma, y esta mujer va a curarme. Me pide que le cuente qué es lo que no funciona. *Todo*, quiero decirle, pero no lo digo. Descubro que no soy capaz de señalar nada específico. Después añado que parece que la

niña pasa demasiado tiempo mamando. La mujer asiente vagamente. Noto que no me está escuchando. Me da la almohada y las guías de teléfono y me dice que empiece a darle el pecho. Entonces se va a supervisar su fila de madreshijos. Cuando vuelve, recoloca la cabeza de mi hija y me dice que le levante un poco la mitad superior del cuerpo, para inclinarla hacia atrás. Su compañera observa la maniobra. Eso es nuevo, exclama, y se ríe, encantada. ¿Por qué no?, contesta alegremente la que me atiende, gesticulando exageradamente con las manos. Cuando se cruzan en su ir y venir por la sala, giran como dos niñas. Empiezo a comprender que no van a curarme, a menos que se diera la remota posibilidad de que estas mujeres sean brujas y las almohadas y las guías de teléfono sus instrumentos de brujería. Mi hija se ha quedado dormida. Cuando nadie me mira le abro la boca con el meñique. Vuelve cuando quieras, me invitan cuando nos despedimos, moviendo las manos y los labios como azafatas. Cruzo rápidamente la abarrotada sala de espera y los escalofriantes pasillos del hospital, tan llenos de recuerdos, y bajo varios tramos de escaleras resonantes, los voy dejando atrás como capas que me ahogan, desesperada por salir al aire libre.

Los días pasan despacio. Han perdido su estructura habitual, la arquitectura del pasado. La lactancia los delimita como las estacas clavadas en una tierra virgen. Cuando mi hija tiene tres semanas he conseguido detectar un patrón. Llora con misteriosa puntualidad cada tres horas. Me doy cuenta de que yo contaba las horas del final de una toma al principio de la siguiente, mientras que ella, con su aversión a la idea de parar, las cuenta del principio al principio. Descubro que esto se cumple incluso cuando yo interrumpo la toma, y por algún tiempo las tomas se retrasan, como si las hubiera domesticado, como un animal peligroso y amordazo en un rincón de mi vida. El tiempo vuelve a fluir por el cauce seco de sus afluentes. Aunque sigo sin poderme creer que lo que sale de mis pechos sea legítimo en ningún sentido, que sirva para saciarla entre toma y toma, ni la ley ni los médicos vienen a casa a intervenir. A veces, cuando la niña lleva más de dos horas lejos de la fuente de mi cuerpo, se me desencadena una especie de ansiedad

elemental, como si la viera andar por una cuerda floja y se hubiera alejado demasiado, como si no pudiera existir tanto tiempo, expuesta a la gravedad, lejos de mí. Un día se pone a llorar una hora después de la última toma y esta prueba de su necesidad converge con mi incredulidad en su autosuficiencia. Le doy el pecho. A lo largo de los días siguientes llora más, y después más aún. Los llantos parecen escisiones de sí mismos, como grietas de una fisura central que se abren camino tortuosamente en el silencio hasta cubrir por completo la superficie de nuestra rutina. Yo vierto leche en estas fisuras como si quisiera rellenarlas. Una vez estoy casi dos horas dándole el pecho. Con eso bastará, pienso. A los cinco minutos vuelve a llorar y me quedo mirando la insaciable caverna roja de su boca.

Creo que tiene hambre, dicen los demás cuando la niña llora, y me la ponen en brazos. Me siento, triste como una vaca, en los rincones, en bancos de aparcamientos, en restaurantes o en el asiento trasero de un coche, con la camisa desabrochada. Al parecer, en ninguna parte estoy a salvo de la acusación del hambre. A veces la niña llora mientras está mamando, y siento la necesidad triunfal de convocar un simposio. ¡Vean!, le diría a todo el mundo. ¿Qué dicen a eso?

Un día viene a casa una mujer. Está realizando un estudio universitario sobre las experiencias de las madres primerizas y quiere hacerme unas preguntas. La niña llora y no le estoy dando el pecho porque tengo que ir a abrir la puerta. Ay, dice la mujer. Espero que me diga que la niña tiene hambre, pero no. Me pregunta si estoy agotada. Le digo que sí. Le cuento, con inseguridad, el sueño inconexo de tomas y llantos en el que se ha convertido mi vida. Me escucha con comprensión. Mire, dice entonces, señalando a la niña, de la que me he olvidado unos momentos a pesar de que la tengo en brazos; se ha quedado dormida. Contemplamos las dos a la niña dormida, hasta que me levanto y la dejo en la cuna, convencida de que ha ocurrido algo mágico, de que esta desconocida en la que apenas me he fijado, que se hace la permanente, tiene el pelo tirando a gris y unas facciones agradables aunque poco definidas, es en realidad un ser de otro mundo, una aparición que ha apartado sin

esfuerzo la piedra que impedía la entrada a mi vida. La niña se pasa tres horas durmiendo. La mujer y yo charlamos. Cuando se marcha me dice que cada vez que la niña llore intente hacer algo por mí antes de hacer nada por ella. Asiento, le doy las gracias y cierro la puerta.

Intento desenredar la maraña de llanto y tomas en la que nos hemos enredado mi hija y yo. Ahora cuando no está comiendo se pasa todo el tiempo llorando. Me resulta físicamente imposible darle el pecho más veces. Parece que estamos a punto de alcanzar un estado de masa crítica. La lactancia ha llegado a su límite razonable. El alimento, le digo a la niña en silencio, no es un sucedáneo de la vida. El alimento es un enchufe sobrecargado que se calienta y se vuelve peligroso si se aumenta a diario el voltaje que pasa por él.

A pesar de todo, la niña gana peso muy despacio. Lo cierto es que parece imposible sobrealimentar a un bebé que toma el pecho, y mira que lo he intentado. Procuro ver las cosas desde su perspectiva. Cada vez que llora mis pechos se convierten en carceleros que investigan un altercado, en dos secuaces mudos y con cara de luna que se inclinan sobre mi hija, la hacen callar y le administran opiáceos. A lo mejor llora porque está cansada o le duele algo; a lo mejor llora para expresarse; a lo mejor llora, quién sabe, de hartazgo, llora para recolocar el silencio de la satisfacción, del contento. Empiezo a sospechar que he presidido una especie de locura burocrática en la que la alimentación se ha convertido en el castigo del llanto y por eso produce *más* llanto. O es posible que el problema tenga una raíz más profunda, que se trate de una enfermedad silenciosa que invade el organismo de la unidad madrehija. ¿Está mi leche contaminada por su paso a través de mi sucia personalidad? ¿Transmitirá algún mensaje? ¿Transmite el llanto de mi hija el oscuro torbellino de mis sentimientos? Sospecho que hay alguna conexión entre mi sensación de insustancialidad, de no existir, y sus afirmaciones cada vez más iracundas y desesperadas. Sé que el objetivo de esta curiosa función es llevar al cuerpo y la mente a un estado de armonía único en la experiencia humana. Sé que la lactancia materna es para otras mujeres una fuente de plenitud y bienestar. ¿Por qué para mí no?

Se me llena la cabeza de ideas de biberones, impolutos, definitivos, cargados de calorías. Me imagino que con ellos puedo crear un señuelo, un tercer ser que rompa la intensidad madrehija. Me imagino saliendo a escondidas de detrás de su fachada de matrona. Me imagino a la niña y a mí aliándonos contra ella, contra esta vaca lechera, esta amamantadora, disfrutando juntas de nuestra rebelión con una emoción sin restricciones. Estos sentimientos no son aconsejables, pero al menos tienen cierta virtud explicativa. Expresan mi deseo de desprenderme de mi personaje maternal, de un personaje que no parece que pueda mantener sin dañar a lo que he llegado a reconocer como mi personalidad. Recuerdo haber leído un artículo en una revista sobre personas con dos o más personalidades; sobre cómo un buen día estas personalidades, con sus propios pensamientos, recuerdos e impulsos, llegaban y se instalaban en la mente de una persona. Podían producirse largas discusiones entre anfitrión y huésped; podían celebrar fiestas si allí dentro había suficiente gente. Esto es, supongo, lo que comúnmente se entiende por locura. Entonces, ¿me estoy volviendo loca? De ser así, es una locura que tiene su génesis en el embarazo; es el acto reproductivo en su conjunto, no solo su posdata en la lactancia, lo que ha resquebrajado mi cordura. Pero yo me había armado de valor para soportar su extrañeza como se soportaría el dolor, creyendo que cuando naciera mi hija todo eso acabaría. Como quien sueña con la conciencia de estar soñando y sabe así que no soñará eternamente, sigo convencida de que el mismo proceso físico que me ha alejado de mí me devolverá a mí misma. Cruzaré de nuevo la frontera, volveré al país de mi ser y sabré con certeza que he hecho ese viaje, como sabe quien sueña que lo han despertado. Lo que ahora ha empezado a alarmarme es que el sueño no termina nunca, que cada día cobra mayor apariencia de realidad.

Voy a escondidas a una tienda a comprar biberones, pastillas esterilizantes y varios botes de leche de fórmula. Una vez en casa los saco como quien se dispone a montar una bomba. La niña tiene tres meses: no tardará en dejar de llorar de golpe, como si alguien apagara un interruptor, pero eso no lo sé; nunca sabré si el hecho de que cruce esta línea es fruto de la

lenta y majestuosa labor de la naturaleza o la consecuencia violenta de mi propia intervención. Cuando cae la tarde preparo el biberón. Va a dárselo su padre, porque nos han recomendado que no sea la propia traidora quien cometa la fechoría, sino un asesino a sueldo. Observo cómo la incita a abrir los labios con la tetina de goma. La niña la muerde obedientemente y arruga la nariz. Por fin capta la persistencia de su padre. La cosa no es, como había pensado al principio, un juego nuevo. Se queda mirando el biberón y veo que se da cuenta. Vuelve bruscamente la cabeza y me mira a los ojos. Tiene una mirada dolida y de asombro. Ve que estoy oficiando el crimen. Se echa a llorar. Me muevo para retractarme, para tranquilizarla; mi mano va automáticamente a los botones de la camisa. Me dicen que me vaya arriba y me voy. Me siento en la cama, llorosa, con un dolor en la boca del estómago. Al cabo de unos minutos bajo sigilosamente y me asomo a mirar desde una esquina. Los veo sentados en un charco de luz. La habitación está en silencio y la temperatura es agradable. La niña se está tomando el biberón. Vuelvo a subir corriendo, como si hubiera presenciado una infidelidad.

Aquello fue, pienso más adelante, una especie de pacto con el diablo. Al dar por concluida la lactancia la sensación de normalidad volvió puntualmente, pero al principio, cada vez que cogía en brazos a mi hija o me la sentaba en el regazo, ella volvía la cabeza hacia el pecho vacío y yo sentía su pérdida como una puñalada. Tenía el pensamiento culpable de haberla bautizado antes de tiempo en la eterna doctrina del sufrimiento humano, de que las cosas son transitorias, de que lo que se amó se esfuma para no volver nunca. En cuanto a mí, al fantasma lactante y matronil, a la madre que tanto temía, se marchó, y en su lugar quedé únicamente yo. Yo no era tan amplia, tan dueña de la situación, tan necesaria como ella. Detrás de mis pechos se reveló una persona indecisa, desconfiada y poco de fiar. A medida que iban pasando las semanas vi que la niña se acercaba a su padre como una planta hacia una nueva fuente de luz. Yo había perdido una especie de autoridad, aunque quizá viniera otra a ocupar su lugar. Había desertado del trono de la maternidad, pero me gustaba pensar que con el tiempo sería

capaz de desarrollar mi propio estilo presidencial. A veces, por las tardes, me metía en la cama con mi hija a echar una siesta mientras ella se tomaba el biberón sin dejar de mirarme con gesto fascinado. La primera ola del sueño nos envolvía en su tibieza. Sentía cómo caíamos juntas entre las luminosas constelaciones de nuestros pensamientos. Incluso en el momento de cruzar la frontera del sueño, notaba que ella la cruzaba conmigo. La sentía quedarse dormida como de pequeña sentía caer los copos de nieve al otro lado de la ventana. Luego abría los ojos y la encontraba dormida, con la cabeza en mi estómago, acurrucada en mi costado como si quisiera volver a casa, y me quedaba muy quieta, sabiendo que si me movía se despertaría.

**Extra fénix**

Hay libros sobre la maternidad, como los hay sobre casi cualquier cosa. Para dar con ellos tienes que dejar atrás casi todo: el mundo civilizado de la ficción y la poesía, la periferia de los diccionarios y los libros de texto, los libros antiguos que te enseñan a reparar una moto, los que hablan del cuidado de las begonias y las guías para hacer la declaración de la renta. Los manuales de cuidados infantiles se encuentran al fondo de la experiencia humana registrada, justo después de los libros sobre nutrición y dietas y antes de los de astrología.

Yo diría que es posible especializarse en cualquier cosa y a partir de ahí desarmar la confianza natural de las personas a quienes te diriges. Cuanto más leo más se aleja mi hija de mí y se convierte en un objeto cuyo uso tengo que re-aprender, cuya conformidad con otros objetos como ella es una cuestión que despierta la ansiedad liminar. La mayoría de estos libros empiezan, como los de ciencia ficción, en una especie de escenario apocalíptico donde el mundo que conocemos ha desaparecido y tenemos que educarnos en los principios del que ha venido a sustituirlo. El mundo desaparecido es el de la madre. Es el mundo de su infancia, del que su propia madre es su último habitante vivo. En aquel mundo, nos cuentan, a las madres eran sus propias madres quienes les decían lo que tenían que hacer. El apocalipsis, de causas no especificadas aunque reconocido por todos como un hecho reciente, ha puesto fin a eso. Como la gran biblioteca de Alejandría, un mundo de conocimiento ha ardido, una cadena de mando se ha roto. Nunca sabremos qué les susurraban estas madres a sus hijas, qué secretos se transmitieron a lo largo de los años. Algo sobre dejar a los niños en una cuna al fondo del jardín, creemos. Pero lo importante es que es un mundo nuevo (y en muchos casos mejor). Tú eres la primera madre. Y este el primer libro.

Mi madre no me habló mucho de la maternidad. Decía que no se acordaba. Vosotros nunca llorabais, explicaba vagamente, y después añadía que a lo mejor se equivocaba. Al parecer ella también había oído hablar de este apocalipsis. Ahora lo hacéis todo de otra manera, señalaba. Me compró un libro de cuidados infantiles con una foto de un bebé feo en la cubierta, sacando la

lengua. Cada vez que miro esa foto me acuerdo de lo que pensaba de los niños antes de ser madre y lo que pensaban ellos de mí. El recuerdo es impactante, como una imagen inesperada en un espejo. El texto es mojigato y un poco intimidante. Está plagado de listas y viñetas, y también de signos de exclamación que al parecer denotan humor: los veo flotar en la página, como desesperados por llamar la atención, bochornosos como los chistes de los políticos. Su cordialidad no puede esconder la voracidad dictatorial de los científicos consagrados a la gestión de los bebés. Los autores prescriben un régimen de lactancia materna obligatorio, indiscriminado y quizás para toda la vida. Se incluyen fotos de mujeres desnudas dando el pecho, en la cama, en la bañera, en grupos y solas. Hay una foto de una mujer amamantando a una niña de seis años como mínimo. Todas van vestidas idénticas, son rubias y con el pelo largo y brillante. Los niños criados al pecho, asegura el libro, no solo son más sanos, más longevos y más resistentes a las enfermedades, *también pueden ser más inteligentes*. Leo varias veces esta última afirmación, incapaz de encontrarle sentido. Que yo sepa, a mí no me dieron el pecho, lo que podría explicar el problema. Parte del fuego bíblico se reserva para quienes caen en la tentación de pecar con el biberón. Hay listas mnemotécnicas, como los garabatos de una colegiala, con epígrafes del tipo «Beneficios de la lactancia materna» o «Problemas con la lactancia materna». Los problemas con la lactancia materna, descubro, son casi siempre culpa de la madre.

1. **El bebé llora después de comer.** Puede ser que la postura no sea la adecuada. Comprueba que lo tienes bien sujeto antes de empezar. Piensa en todo lo que hayas comido o bebido en las últimas veinticuatro horas y trata de averiguar la causa de su alteración.
2. **El bebé come con demasiada frecuencia.** A lo mejor le retiras el pecho demasiado pronto. Es él quien debería decidir cuándo ha terminado, no tú.
3. **Tarda demasiado en comer.** ¿Por qué le metes prisa? Quizá deberías consultar tu agenda y ver por qué quieres acelerar esta etapa tan importante de la vida de tu hijo.

Me siento odiada, castigada. Me repelen esas mujeres desnudas con los pechos como péndulos. El capítulo sobre el biberón tiene un tono sombrío, una atmósfera de reprimenda de directora de colegio. Este libro apoya a todas las madres, afirma con falsedad, no solo a las que dan el pecho a sus hijos. Si de verdad crees que tienes que optar por el biberón, asegúrate al menos de que el bebé no te echa *demasiado* de menos. Acércatelo bien cuando le des de comer, incluso puedes ponértelo en el pecho desnudo o utilizar un tubo. Se trata de un tubo fino que se pega al pecho con un esparadrapo para que el bebé succione. Es especialmente útil para las madres que han adoptado un bebé y lamentan haberse perdido la experiencia de dar el pecho. De pronto, y por raro que parezca, me veo contemplando la posibilidad de utilizar uno de estos tubos, pero cuando quiero darme cuenta ya hemos llegado a «Vuelta al trabajo». Todo el mundo, por lo visto, vuelve a la oficina menos yo. Es el momento de analizar con detalle el escollo de la lactancia materna. Lo que tienes que hacer es llevarte el sacaleches al trabajo y vaciarte los pechos a la hora en que el bebé haga normalmente su toma. Tengo la sensación de que este bombeo a las horas señaladas no se hace solo por los viejos tiempos. Al final del día te llevas la leche a casa y, o bien la congelas, o la guardas en la nevera. Así, al día siguiente alguien puede dársela al bebé mientras tú estás en el trabajo. A mí me parece de lo más latoso. Sigo en bata, tratando de asimilarlo, cuando vuelven a la carga en el último capítulo: «Tener otro hijo».

Una amiga me deja otro libro, un libro antiguo, de los tiempos anteriores al apocalipsis. Este libro no habla de la lactancia materna. En su lugar recomienda practicar con el equipo de esterilización antes del nacimiento y volverse a maquillar inmediatamente después. La autora recuerda un incidente tras el nacimiento de su primer hijo (ha tenido cuatro, todos chicos fuertes): su marido y ella ¡se pasaron cuarenta minutos en la cocina preparando a todo correr el primer biberón del niño hambriento! Aquí no hay fotos de mujeres desnudas. En su lugar hay fotos de bebés limpios como una patena y envueltos en toquillas blanquísimas, como si la cigüeña acabara

de traerlos. El libro se ocupa de la mecánica del baño, la esterilización y el cambio de pañales. Se nos ofrece un tour por la impoluta habitación del bebé. Se enumera e ilustra la canastilla completa. El bebé pasa un montón de tiempo en las blancas profundidades de su cuna, como en una especie de nube o de crisálida, mientras su madre, en otra habitación, dobla los pañales almidonados de distintas maneras. Estos bebés no lloran, o a lo mejor es que no se les oye en otras partes de la casa. Se cierra discretamente la puerta que da acceso a la pecaminosa cama de los adultos, caliente y revuelta, de su carne y sus secreciones. Se recomienda encarecidamente no llevar al bebé a nuestra cama, jamás, si queremos conservar nuestro matrimonio, y también porque ¡luego no habrá quien lo saque de allí! La toma de la noche se le da al bebé en su cuarto, a escondidas, como una infidelidad, mientras los maridos duermen como un tronco sin enterarse de nada, y se despacha enseguida. El libro tiene un final brusco, con una serie de momentos de máximo suspense y de preguntas sin respuesta: ¿Se saca al bebé alguna vez de la cuna o se queda allí calladito hasta que llega el día de levantarse e ir al colegio? ¿Se maquilla la madre antes de las tomas nocturnas? El marido, al que un día se vio vivo y preparando el biberón a todo correr, ¿está muerto o solo dormido?

Mi madre vuelve a intentarlo, esta vez con más éxito. Me regala el libro del doctor Spock: *Tu hijo*. El doctor Spock es fascinante en lo relacionado con los sarpullidos. En realidad es una fuente inagotable de información sobre casi todo: se ha autoerigido en una especie de misionero que ayuda a esos habitantes de las ciénagas, las minas y las plataformas petrolíferas misteriosamente alejados de los médicos. Su prosa está plagada de peligros y emergencias: «si no encuentras un médico», «si te ves en la necesidad de esterilizar», «si la leche se te agota muy deprisa y no tienes acceso a un médico, una enfermera u otro profesional de la salud». Spock es un defensor apasionado de los médicos, según él lo único que se interpone entre las familias y la fusión nuclear a gran escala. Los médicos de Spock solo quieren saber si la temperatura del niño se acerca al punto de fiebre, si el niño no quiere cenar, si le sale de

repente un sarpullido de manchas de unos tres centímetros de diámetro que se hinchan y al tercer día se cubren de una costra amarillenta. Juntos, confía el doctor Spock, los médicos y los padres dirán adiós al capitalismo, el consumismo y la catástrofe medioambiental, porque el cambio social únicamente puede empezar en casa, con padres que desafían los tradicionales roles de género y actúan como iguales en el ámbito doméstico, que no dejan jugar a sus hijos con juguetes bélicos ni les permiten ver películas violentas, que explican sus motivos y son ejemplo de bondad, y que además son capaces de identificar el impétigo, una enfermedad altamente contagiosa que se manifiesta con la aparición de una zona enrojecida en la que a los tres días salen ampollas y se forman costras amarillentas. Los bebés de Spock son espíritus alegres a pesar de la fiebre, la gastroenteritis constante y las erupciones cutáneas crónicas, a pesar de la amenaza de destrucción global que se cierne sobre ellos. Les gusta la leche y, llegado el momento, les gustan también los nabos. En general pasan menos tiempo al aire libre del que deberían. No les gusta recibir demasiadas regañinas de unos padres que se sienten culpables por trabajar; de unos padres llenos de rabia reprimida y unas madres cuyo anhelo es que empiecen a caminar antes que el niño de la casa de al lado. Estos seres de corazón anómico y tiránico quieren saber quién manda, porque la debilidad los empuja a esclavizar y a dominar, a dejar a sus padres en ridículo. Spock ha visto de todo: padres que persiguen a sus hijos por toda la casa con cuencos de comida rechazada, que llevan en brazos a todas partes a niños que ya no son bebés, que se pasan la noche levantándose de la cama, como muñecos de resorte, para dar biberones, acunar y tranquilizar. Es natural que un bebé tenga un carácter enérgico y rebelde: lo importante es esculpirlo hasta que cobre una forma decente y noble, algo civilizado.

Me imagino a Spock en su despacho, al final del día, sentado en una silla de cuero negro mientras el mundo se oscurece al otro lado de la ventana. Se parece un poco a Vulcano. Se quita las gafas y se frota los ojos. Con la cabeza llena de sus refranes, se pregunta por centésima o milésima vez cómo puede ser tan aceptado y tan incomprendido al mismo

tiempo, tan dominante y tan impotente. Ha sido justo, ha estudiado la cuestión desde todos los ángulos y, aun así, no consigue transmitir su mensaje de procreación y civilización. En su cabeza el mensaje es perfecto, coherente y completo, mientras que sobre el papel parece que se le interpreta como un hombre tan permisivo como opresivo, el que engendró a una generación de desertores y una especie de príncipe de las tinieblas pediátrico que preside el sufrimiento nocturno de los niños indefensos. ¿Por qué están todos enfadados con él cuando su única intención ha sido ayudar? El problema es que ya nadie respeta a los médicos, que todo se está yendo al garete: que hay más bombas y armas que nunca, y más coches tragando gasolina y más bebés mimados…

Voy a la librería y compro *Bebé y niño*, de Penelope Leach. Ahora no busco solo respuestas, sino un relato que describa el mundo de mi hija, que me la vuelva a explicar, porque parece que mi entrega la ha confundido un poco y, conforme ella se vuelve más complicada, menos coherente, busco como un amante desconcertado algo que nos reorganice y nos devuelva la pureza de los primeros días. La señora Leach parece ser justo lo que necesito. Escribe en un tono inteligente pero compasivo. Tiene los conocimientos básicos de una maestra de escuela sobre Freud y Winnicott, las teorías del apego y las tendencias en cuidados infantiles. Como Mary Poppins, como el personaje de un cuento de hadas, se pone de parte de los niños. *Este bebé es una persona*, afirma tajantemente, con la verdad por delante. ¿Qué dirías si los demás quisieran que te pasaras el día durmiendo y nunca hablasen contigo? ¿O si esperaran que te pasaras la noche sola en la oscuridad sin pegar ojo? ¿O si se enfadaran cuando lloras y nunca quisieran jugar y no pararan de protestar porque no tienen tiempo para ellos? ¡Pobres bebés! La receta de Penelope Leach contra el sufrimiento es divertirse: más diversión para el bebé, asegura, significa más diversión para ti. ¡Ten conversaciones! ¡Enséñale las flores, el sol, el cielo! ¡No lo dejes solo en el parque: métete con él! Habla de estudios sobre el tema del aburrimiento durante las noches en vela. Cuando el bebé de Alison se despierta a las dos de la madrugada, Alison suspira y esconde la cabeza debajo de la

almohada con desesperación. Alison, por lo visto, es el equivalente maternal de los hombres que en los *westerns* llevan sombreros negros, y recibe su merecido. El bebé llora cada vez más y, cuando Alison por fin se decide a salir de la cama y darle de comer, el pequeño se encuentra en tal estado que se atraganta con la leche y no quiere volver a dormirse. Beulah, en cambio, se levanta de un salto cuando oye la discreta llamada de su bebé a las dos de la madrugada. El bebé sonríe cuando lo coge de la cuna, como con agradecimiento, y vuelve a dormirse enseguida. ¿Tiempo de Alison? Una hora y media, y al principio ni siquiera quería levantarse. ¿Tiempo de Beulah? Veinte minutos. ¡Ja!

Intento hablarle a mi hija. Le canto canciones, epopeyas inconexas a las que pongo música y en las que ella es el personaje principal. Se retuerce de alegría y hace ruiditos. Un día se ríe: emite un sonido extraordinario que sale volando de su boca como una paloma de la chistera del mago. Nos esforzamos todos para que se repita la risa y cada vez se nos ocurre una fórmula distinta de incitarla. Pasamos a la niña del capazo a una sillita, y se queda allí reclinada sobre un montón de almohadones como una reina irascible mientras nosotros, sus cortesanos, nos desvivimos por entretenerla. Cada vez se despierta con mayor frecuencia por la noche. De día noto el peso de la ansiedad social en presencia de la niña, como si fuera su anfitriona. Esperamos sus reseñas del teatro en que se ha convertido el mundo para ella. Cuando se duerme, vuelvo a leer los libros de crianza hasta que algunos pasajes me los sé de carrerilla, y como mi hija cambia pero los libros no, sus enseñanzas nunca calan del todo, su relación con lo real nunca llega a establecerse. Como los deberes de un colegial, sus páginas se niegan a cobrar vida, y decido aprendérmelos de memoria, en busca de alguna evaluación que únicamente yo comprendo y temo.

Alguien le regala a mi hija un libro, una cosa de tela que es en parte un juguete, y se le iluminan los ojos al verlo. Le enseño los dibujos. Parece fascinada. Le compro más libros. Ya puede sentarse, y los amontono a su alrededor. Se entretiene con ellos sola, sin quejarse, literalmente horas seguidas, mientras yo leo

manuales de cuidado infantil a su lado, en una silla. De repente veo que algo no encaja. La siento en mis rodillas y miramos sus libros juntas; le enseño la oveja, el pato y la vaca. Me doy cuenta de que tengo la cabeza llena de mantras, de frases desquiciantes de Spock, de Leach y de otros por el estilo. Estoy obsesionada con sus tics; han invadido mi lenguaje. Ahora señalo y hago ruidos animales como una chiflada. Pronto empiezan a aparecer palabras en los libros de mi hija, y con ellas me ataca un virus verbal desconocido. Curiosamente, no me molesta tanto. Es inane, extraño, apesta a locura. *Elmer vuela al viento*. Tengo que controlarme para no soltar esta frase cuando no viene a cuento. ¿*Qué hay debajo de la mesa, Spot*? Le coge cariño a un libro demasiado antiguo para ella, del doctor Seuss. Es sobre el alfabeto.

La O es muy útil.

Se usa para decir:

El orondo oso de Óscar olisquea a la olorosa oca de oro.

Hay un dibujo de un oso enorme acercando el hocico a la cabeza de una oca dorada. Confundo mentalmente al doctor Spock con el doctor Seuss. Me imagino que el uno se ha convertido en el otro y estos ripios me parecen, vistos con simpatía, los enigmáticos delirios de una sensibilidad alterada, como postales desde el borde del precipicio.

La X es muy útil si te llamas Félix Flux.

También viene muy bien para decir xilofón y excelente fénix.

El excelente fénix lleva una elegante chaqueta amarilla. Me persigue en sueños y se me aparece en mis horas de vigilia.

Empiezo a revivir a toda velocidad mi propia evolución personal hacia el lenguaje, hacia los relatos. Leerle libros a mi hija estimula mi apetito de expresión. Como quien visita sus lugares favoritos al cabo de un tiempo de ausencia, leo libros que ya he leído, libros que me encantan, y los noto cambiados: tengo la sensación de que ya contenían lo que me fui a aprender lejos de aquí. Empiezo a encontrarlas por todas partes, en páginas que me parecían familiares: profecías de lo que se avecinaba, imágenes del sitio exacto en el que ahora me encuentro, y sin embargo no las reconozco para nada. Me

asombra cómo es posible haber leído tanto y aprendido tan poco. Me he quedado mirando estas palabras como si fueran ollas y sartenes, como tesoros de una civilización antigua encerrados en la vitrina de un museo. ¿Puede ser cierto que uno tiene que experimentar para comprender? Siempre he negado esta idea, pero en el caso de la maternidad, al menos para mí, parece que es cierto. Leo como si leyera cartas de los difuntos, cartas dirigidas a mí hace mucho tiempo y sin abrir todavía; como si al leer recuperase el pasado que ha dejado de existir y lo reviviera como me gustaría vivir de nuevo cada día de mi vida, con perfección y sin malentendidos.

En *El arco iris*, D. H. Lawrence dice:

> Desde el primer momento, la niña despertó en su joven padre una fuerte y profunda emoción que él apenas se atrevía a reconocer, de tan grande como era, surgida de sus propias tinieblas. Cuando la oía llorar, el pánico se apoderaba de él, consciente de cómo respondía el eco desde las profundidades insondables de su alma. ¿Debería conocer estos abismos suyos interiores, peligrosos y acechantes?
>
> Daba vueltas de un lado a otro con la niña en brazos, angustiado por el llanto de su misma carne y de su misma sangre. ¡Era el llanto de su misma carne y de su misma sangre! Will se enfrentaba a esta voz interior que estallaba sin previo aviso, desde sus abismos.
>
> A veces, de noche, la niña no dejaba de llorar, a esa hora en que la oscuridad era más densa y el sueño aplastaba a Will. Y, adormilado, tendía una mano con la intención de posarla en la cara de su hija para tranquilizarla. Pero algo detenía su mano: la cualidad inhumana de aquel llanto insoportable y continuo le hacía detenerse. Era un llanto impersonal, desprovisto de causa o de finalidad humana. Sin embargo, resonaba muy dentro de Will, despertaba en su alma la locura. Lo llenaba de terror, lo sacaba de quicio…
>
> Se acostumbró a la niña, aprendió a cogerla en brazos y acunarla. Tenía una cabecita preciosa y redondeada que emocionaba a Will en lo más hondo. Estaba dispuesto a pelear hasta la última gota de sangre por aquella cabeza

exquisita y de perfecta redondez.

Aprendió a conocer las manos y los pies diminutos, los extraños ojos dorados, que no veían, la boca que se abría únicamente para llorar, para mamar o para mostrar una extraña sonrisa desdentada. Casi llegó a entender la laxitud de las piernecitas, que al principio le inspiraban cierta aversión. Esas piernas tenían una curiosa manera de patalear, tenían su propia ternura.

Una tarde, de repente, vio a esta cosita diminuta y viva retozando desnuda en las rodillas de su madre, y se puso malo: le pareció completamente indefensa, desamparada y sola; en un mundo de superficies duras y altitudes diversas, estaría desvalida y desnuda en cualquier parte. De todos modos era una niña risueña. En su llanto ciego, aterrador, no se detectaba el terror ciego y lejano de su indefensa desnudez, el terror de estar completamente abandonada y desvalida en todas partes. Will no soportaba oír su llanto. Se le encogía el corazón y se ponía en guardia frente al universo entero…

Aunque tenía un ser diferente, era su hija. Esta idea hacía vibrar a Will en cuerpo y alma. Acercaba a la pequeña a su pecho con su risa estridente y apasionada. Y la niña lo conocía.

### La cocina del infierno

Un día encontré dos artículos en el periódico, los dos escritos por hombres. El autor del primero acababa de ser padre. El tono del texto era fúnebre, de despedida. Su tema era la muerte de la libertad y su asesinato prematuro a manos de la paternidad. Formalmente tenía un curioso estilo poético: al viraje del amor de este hombre por su hijo recién nacido —¡bebé de piel perlada, ojos resplandecientes como estrellas!, etc.— le sigue rápidamente —aunque demasiado tarde, demasiado tarde— la revelación de que el deber de custodiar esta joya pone en grave peligro sus posibilidades de ir el fin de semana a Nueva York, como siempre ha tenido por costumbre en esta época del año, para hacer las compras de Navidad. La nueva vida ha llegado como una carta-bomba, un simple envoltorio de la muerte del placer. En un pasaje imaginativo, intenta viajar mentalmente a Nueva York con su mujer y su hijo, y el viaje es desastroso. No pueden salir de noche, las tiendas y los museos se vuelven muy incómodos y las horas en el avión son un suplicio. Prefiero no ir, afirma con amargura. Comprende que le quedan dieciocho años de esto por delante. Nueva York es una explosión de luces navideñas. Las tiendas están llenas de tesoros relucientes y emanan una fragancia deliciosa: el olor de la felicidad pasada, irrecuperable y fugaz. La rabia, la incredulidad y la sensación de injusticia del autor son palpables. Es como si hubiera perdido un miembro o le hubieran condenado por un delito que no ha cometido. Me lo imagino en su casa, un ático elegante, con el bebé, como si este fuera una cadena con una bola atada al tobillo, rodeado de las cosas caras que ha comprado en el pasado, con una lagrimita de pesar en la mejilla. Da la clara impresión de que si pudiera devolvería al bebé inmediatamente. ¡Se acabó!, aúlla con desgarro en su verso final. ¿Adónde la juventud, el glamur, el amor? ¿Adónde Nueva York?

El autor del segundo artículo tiene tres hijos y por tanto es más serio y más equilibrado en sus planteamientos. Es ingenioso e irónico. Está curtido: su puñetazo llega más despacio, pero resulta más brutal. Habla de los fines de semana. Describe pormenorizadamente el remoloneo de un sábado por la mañana. Quedarse adormilado, hacer el amor, desayunar en la cama.

Levantarse, por fin, y tomar un café mientras hojea la prensa. Un baño largo. Después decisiones, decisiones: ¿ir de compras, una caminata, comer tarde? ¿Una peli de sobremesa, una galería de arte? ¿Dormir un poco más? Cortarse el pelo, ir un rato al gimnasio. Leer una novela. Cenar con amigos, la ópera, una fiesta. El domingo por la mañana, más de lo mismo. Le gustaría saber si la gente que no tiene hijos es consciente de cómo son los fines de semana para la gente que sí los tiene. Lo cierto es que no hay fines de semana.

Lo que el mundo exterior llama «fin de semana» es para los padres un viaje al noveno círculo del infierno. Los fines de semana los niños no van al colegio. Los fines de semana libran las cuidadoras y las niñeras. A las seis o las siete de la mañana alguien se mete en tu cama y te despierta. Alguien llora o te grita en la oreja. Te da patadas en el estómago y en la cara. De repente estás embadurnado de mierda —no hay otra palabra—, de mierda, pis, vómito y leche coagulada. Olvídate de hacerle carantoñas a tu mujer. Te levantas para ocuparte de la mierda. Abajo, en la cocina, hay una tormenta de cereales tirados por el suelo, lágrimas y televisión. Más gritos en el oído. Está lloviendo. Al cabo de un rato, tanto ellos como tú estáis hartos: ¿podría ser ya la hora de comer, de echar una siesta, de irse a la cama? Miras el reloj: las siete y cuarto. Como todo el mundo, te has pasado la semana trabajando. Como todo el mundo, tienes resaca: probablemente saliste la noche anterior para hacer el paripé de que eres normal. El mundo te obliga a esconder estos sábados por la mañana como un secreto inconfesable. A las ocho menos cuarto es evidente que hay que pasar a la acción. La cuestión es, ¿intentas afrontar la situación en casa, con la esperanza de que tus hijos de repente se vuelvan como esos niños llenos de imaginación de las novelas que se pasan horas jugando sin sus padres, o enseguida te das por vencido y subes al coche? Subes al coche. Todavía no hay nada abierto, así que pasas horas dando vueltas en círculo como un depredador en busca de su presa. Está lloviendo. Pones una cinta, una cinta alegre de música infantil y voces de animales. Estas cintas se han convertido para ti en la banda sonora del infierno. Los niños se pelean en el asiento de atrás. Cuando te quedas atrapado en

el atasco se ponen a llorar. Uno vomita. El otro se hace pis. Te ves en el retrovisor: no te has afeitado, no te has peinado. Apestas, estás sucio, eres un caos terminal, como una pila de ropa sin lavar. Tu mujer y tú sois como dos personas en mitad de una guerra, intentando pilotar un tanque en la batalla. Os dais órdenes cortantes mutuamente, sin miraros a la cara. De vez en cuando uno de los dos pierde el control y se lía a gritos, y cuando pasa esto el otro no reacciona. Ya lo ha visto otras veces. Ninguno de los dos ha dormido una noche del tirón desde hace cinco años. Tienes la vaga conciencia de que algún motivo habrá para que las cosas sean como son, de que otras personas dirán que es lo que habéis elegido, que nadie os ha obligado, aunque si fuera cierto no lo recuerdas. Eres como una persona encarcelada por error, como el personaje de una novela de Kafka que cumple su condena sin saber qué delito ha cometido.

Pienso en los días que la gente pasa con sus hijos —lejanos, críticos y después pasados— como los días de un desastre en la otra punta del planeta. Son días que no parecen atraer el reconocimiento o el interés internacional que sin duda merecen. Ni siquiera a los padres que hacen pública su situación resulta fácil aconsejarlos. Están abrumados y al mismo tiempo no suelen manifestar un deseo contrario; su actitud con respecto al esplendor de la vida libre de responsabilidades es, si acaso, ligeramente socarrona. Despotrican y, sin embargo, casi con toda certeza rechazarán el ofrecimiento de librarse para siempre del cuidado de sus hijos: airean su frustración al tiempo que su amor es un secreto muy bien guardado. Tales versiones de la vida familiar me resultan impenetrables. Me es imposible dar fe del infierno que describen, no porque no lo reconozca, sino porque la complejidad de la maternidad es tan absolutamente impactante que me invita a mirar más adentro, a buscar su sentido y su causa. En sus peores momentos, la maternidad se parece ciertamente al infierno, en el sentido de que sus tormentos son interminables, de que sus obligaciones guardan una correspondencia inversamente proporcional con los deseos del obligado, de que su drama se desarrolla teniendo a la vista el cielo de la libertad; un cielo que a menudo se desea de todo corazón, un cielo del que se ha expulsado a la madre y al padre,

normalmente por voluntad propia. La diferencia reside en la posibilidad de la virtud, y por este motivo entiendo mejor a quienes pretenden hacerte creer que sus hijos no lloran, que solo les dan alegrías, que se sientan en familia a leer novelas, debatir con serenidad sobre el medio ambiente o se entretienen con juegos didácticos: que, por orgullo, integridad o alguna oscura lealtad consigo mismos, al ver la situación que han elegido deciden sacarle el mayor provecho.

Lo que llama la atención, en todo caso, es que estas voces disidentes son masculinas. Su indignación es impertinente, es la protesta del novato o del recién llegado. Hay algo vergonzoso en sus objeciones, porque han llegado al mundo de los cuidados llenos de ardor revolucionario, de disgusto y desesperación por lo que ven, y en sus protestas, en sus exigencias de reforma, resuena la crítica implícita a quienes han vivido tanto tiempo bajo este régimen sin rechistar: las condenadas a cadena perpetua, las residentes habituales, las mujeres. Es cierto que no se oye con frecuencia a una mujer observar con incredulidad que su bebé siempre está allí, no se ausenta ni una sola noche, para que ella pueda dormir un poco, pero esto no significa que no lo piense, que no lo haya pensado siempre. Muchas veces pienso que la gente no tendría hijos si supiera lo que le espera, y me pregunto si, como especie, llevamos incorporado un mecanismo darwinista de bloqueo de nuestra capacidad de expresión, de nuestra facultad para exponer la verdad sobre esta cuestión. A la gente sin hijos no parece interesarle demasiado lo que la gente con hijos tenga que decir: se acercan a la maternidad y la paternidad a ciegas, como si fueran los primeros, con la inocencia de Adán y Eva antes de la caída. Los hombres, al parecer, están dejando al descubierto nuestro escondite con sus airadas protestas.

Suele decirse que las mujeres practican un *apartheid* de parturientas en su enfoque de la maternidad, que cultivan una suerte de *froideur* diplomática cuando hablan del tema con amigas que no han tenido hijos y sueltan luego sus confidencias *gore* cuando se ven a salvo en el ambiente de su aquelarre de madres. He observado en varias ocasiones una mezcla de sorpresa y horror contenido en las nuevas madres, como quien

abre un regalo de Navidad que no le gusta: es evidente que no estaban preparadas. El asuntillo de las tomas nocturnas se guarda bajo siete llaves. Cuando durante su primera noche en el mundo mi hija se despertó y lloró, me ofendí mucho y no tenía la más remota idea de qué hacer con ella. Darle el pecho se me ocurrió tarde, cuando me di cuenta de que si le metía algo en la boca a lo mejor conseguía que dejase de llorar. Creo que no me imaginaba que iba a pasarme el año siguiente haciendo esto cada tres horas, de día y de noche.

En realidad no hay forma de expresar la magnitud del cambio de una mujer o un hombre a madre o padre, y a falta de una formulación definitiva, el terreno está plagado de engaños y fantasmas, de recelos, exageraciones y subestimaciones, y se separa de la corriente principal de la conversación humana, de modo que la maternidad o la paternidad no es una transición sino una deserción, un acto político. Empezando por el objeto del bebé: como una bomba sin explotar en una película de Hitchcock, su mera presencia sin paliativos impulsa de inmediato la acción dramática y produce un brusco cambio de dirección en la vida de la gente que habita en ella. Es como un experimento social, algo que haría un científico: dejar a un bebé en una habitación con dos adultos, retirarse y ver qué pasa. El bebé llora. El llanto es fuerte y apremiante, como el ruido de una alarma de incendios. La mujer coge al bebé en brazos. El ruido cesa. Cuando intenta dejarlo, el bebé llora. Lo tiene en brazos mucho tiempo. El hombre se aburre y la mujer hace otro intento de dejar al bebé, pero vuelve a llorar. La mujer se cansa y le pasa el bebé al hombre. El bebé llora. El hombre da vueltas con el bebé en brazos y el bebé se calla. El hombre se cansa. El hombre y la mujer se sientan y miran al bebé con angustia. Están tan agotados que no pueden ni hablar, pero al menos han detenido el llanto. Tienen cierta sensación de éxito. El bebé empieza a llorar de nuevo. Llora tanto que lo odian. Cuando se calla, el alivio de la pareja es tan grande que lo adoran. La situación se repite continuamente, pero el experimento exige que cada vez resulte más difícil conseguir que el bebé deje de llorar. No tardan en necesitar todo su ingenio y toda su energía para discurrir algo. No se les permite descansar y no reciben

ayuda del mundo exterior. El experimento prosigue día y noche sin interrupción. La pareja tiene que decidir quién duerme y cuándo, y este es el principal motivo de discordia entre ellos. A los dos les parece injusto que el otro salga, y hasta ir a trabajar parece una actividad apetecible y fácil. El experimento puede ampliarse introduciendo más bebés y modificando las condiciones de laboratorio con el uso de todos o alguno de los siguientes factores: evolución del desarrollo del bebé, que pasa de llorar a tirar mesas, salir por la ventana gateando, ahogarse, caerse y exponerse a otras conductas peligrosas que exigen atención y requieren una vigilancia agotadora las veinticuatro horas del día; añádase en la sala: caca, desorden y un caos doméstico endémico que por más que uno se empeñe parece imposible erradicar; añádanse alusiones del miembro de la pareja que trabaja a personas atractivas y sin hijos del otro sexo; añádanse erráticas llamadas de teléfono del mundo exterior que acrecientan la ansiedad, de personas que hablan de su vida social, se ofrecen a pasar media hora antes de ir a la fiesta que, por lo visto, va a celebrarse cerca de tu casa y hacen comentarios que tú ya no entiendes como: «He estado tres días en la cama con un resfriado». Obviamente no dicen: «¿Por qué no me llevo al bebé para que descanséis un poco?».

Por más que intento conservar mi personalidad, mi forma, en los límites de esta prueba, es como resistirse al sueño que induce la anestesia en un paciente. Creo que la voluntad puede ayudarme a mantenerme a flote, salvarme de irme a pique, pero la propia conciencia está desplazada, debilitada por el proceso de reproducción. Al tener una hija he creado una conciencia rival, y es tal mi vínculo de responsabilidad hacia ella que se apodera fácilmente de mí y me exige un impuesto que me debilita. Mi hija enseguida pasa a sustituirme como principal objeto de mi atención. Me convierto en una tarea pendiente, una llamada de teléfono que no puedo hacer, una factura que no llego a pagar a tiempo. Mi vida cobra el aspecto salvaje de un jardín desatendido. Curiosamente, esta desatención me molesta más cuanto más superficial es: con el nacimiento de la niña toda una vida de vanidad se ha evaporado. Como las muestras de amor que se interrumpen de repente, empiezo a valorar la

costumbre de arreglarme cuando veo que desaparece: era una prueba de atención y cuidado, y sin ella siento una íntima y triste resignación, como si a mi vida le hubieran eliminado una pátina de optimismo. A veces vuelvo a este asunto de la atención personal —como niña presumida, como adolescente angustiada, como mujer que pretende estar a la moda— y me asombra que haya podido terminar tan de la noche a la mañana, porque a su manera era un modesto rasgo de civilización, una ciudad construida en los tiempos de mi vida. El último capítulo de esta historia —el embarazo— estuvo tan lleno de vitalidad como otro cualquiera: no hubo en él ningún indicio del final, ninguna pista de que todo estaba a punto de cambiar. Es como si una catástrofe me hubiera borrado del mapa: un terremoto o un meteorito. Cuando miro fotos antiguas mías me parece estar viendo las ruinas de Pompeya, pequeñas muertes congeladas en el tiempo. Deambulo por las ruinas de mi cuerpo destrozado como un alma en pena y sin descanso, y me siento expuesta al aire, a la intemperie, al escrutinio de los demás. Sé que tiene que haber algún futuro físico para mí, pero está sepultado en una ciénaga de mala planificación y burocracia atrasada. En todo caso, no albergo demasiadas esperanzas para él. El cuerpecito lleno de vida de mi hija consume todo mi tiempo. Es como una casa nueva, un proyecto nuevo. Con suerte, a lo mejor encuentro tiempo para hacer el largo viaje de vuelta a mí misma, a las ruinas, y puedo darle a todo una mano de pintura antes de que llegue el invierno de la mediana edad.

El ser de mi hija, puro como una perla, exige muchas atenciones. Al principio mi relación con él es la de un riñón. Proceso sus residuos. Cada tres horas vierto leche en su boca. La leche circula por una serie de conductos y vuelve a salir. Me deshago de ella. Cada veinticuatro horas sumerjo a mi hija en agua y la lavo. Le pongo ropa limpia. Cuando lleva un tiempo dentro de casa, la saco. Cuando lleva un tiempo fuera, la meto dentro. Cuando se queda dormida la acuesto. Cuando se despierta la cojo en brazos. Cuando llora paseo con ella hasta que se calla. Le pongo y le quito ropa. La colmo de amor y me preocupa darle de más o de menos. Cuidarla es como responsabilizarse del clima o del crecimiento de la hierba: mi

privilegiada relación con el tiempo ha cambiado y, aunque estas tareas no son arduas, ya imponen una especie de servidumbre, una esclavitud, en la medida en que no tengo libertad para marcharme. Es un cambio aleccionador. También representa el reconocimiento de mi libertad anterior, mi distancia con respecto a las obligaciones. El arnés de la maternidad me irrita la piel y, aun así, de vez en cuando, también me hace descubrir una integridad previsible, una libertad de otro tipo, alejada de la complejidad, de las decisiones y las resmas de tiempo espontáneo en las que antes escribía mis días, cargando con el peso de su autoría. No se me escapa que con este último sentimiento estoy pisoteando la tumba de mi sexo. El estado de la maternidad habla de mi temor innato al éxito. Es una degradación, un desplazamiento, una oportunidad para rendirse. Tengo la sensación de que la historia se divierte observando desde su butaca mi respuesta a esta degradación. ¿Me rendiré con elegancia, con agradecimiento, y devolveré mi vida como si me la hubieran prestado? ¿O plantaré batalla? Como quien vuelve a la ciudad o al pueblo en que nació y antes de que se queje del tedio le aconsejan que recuerde que allí viven otras personas, que siempre han vivido allí. Los hombres, cuando van de visita, no se ven obligados a estas consideraciones de tipo diplomático. Pero no es solo el tabú de la queja lo que vuelve inadmisible las dificultades de la maternidad: como todo amor, este lleva el conflicto en su núcleo, una semilla de tormento que erosiona la perla del placer; a diferencia de otros amores, este conflicto no tiene posibilidad de resolución.

La presencia física de la niña en mi vida no es diferente del viajero que carga con una mochila muy grande. En el metro, la gente protesta y suspira porque ocupamos el doble de sitio, somos un dolor de cabeza administrativo, y se aparta de nosotros en las estaciones mientras lidiamos con las correas y llenamos el andén de porquería. Tenemos que lanzarnos de cabeza para encontrar mesa en un restaurante, tiramos objetos frágiles de los estantes en las tiendas, somos desgarbadas y torpes a la vez que curiosamente invisibles. Como soy el hogar de la niña no puedo dejarla en ninguna parte, y no tardo en mirar a la gente que va por la vida ligera y libre de cargas como

si pertenecieran a otra especie. Cuando, muy rara vez, salgo sin ella, me siento expuesta, como algo que ha perdido su caparazón. La letanía de sus necesidades es ajena a la hora, la estación del año o el lugar, y como sus tendencias no son las del mundo adulto, cuando estamos fuera de casa la rutina tiene el olor característico de la anarquía. Grita sin control en lugares tranquilos, le entra hambre cuando me es imposible darle el pecho y excreta donde todo está impoluto: parece que también yo he vuelto a un estado vergonzoso y primitivo, porque me mareo en las tiendas caras y lloro en los autobuses, ante la frialdad y la falta de compasión de los demás. Mi hija irradia necesidad humana primaria en los lugares más civilizados del mundo, y aunque al principio yo estoy de parte de ese mundo que he abandonado hace muy poco y hago lo posible por ponerla a raya y reprimirla, pronto, como tantas madres, empiezo a detectar algo inhumano en la civilización, algo inútil y letal. No soporto sus preciadas y frágiles baratijas, su codicia y su falta de caridad. Me corroe la compasión, pero lo cierto es que no sabría decir si es puro sentimiento, un apéndice del amor que siento por mi hija o un cambio constitucional.

Me quedo confinada en una habitación y esta circunstancia representa rendición, una batalla perdida. A medida que mi hija se vuelve más peligrosa y más compleja, mi respeto por ella se incrementa en proporción al desprecio de otros. La perspectiva de protegerla del mundo adulto y viceversa se torna oscura y poco apetecible. Ya no puedo arriesgarme a llevarla conmigo a todas partes. Ahora gatea y hay cosas que le gustan y cosas que no. Ha dejado de ser una mochila para ser una fiera escapada del zoo. Estar en sitios abiertos me obliga a convertirme en su domadora. Cada vez paso más tiempo en casa con ella, y cuando escaleras, cajones, librerías y mesitas amenazan sucesivamente con ser posibles fuentes de peligro y accidentes, nos encerramos, acorralados en el único espacio seguro: la cocina. Mi hija la recorre en zigzag, enloquecida por el confinamiento. Es invierno y en el jardín hace demasiado frío y hay demasiada humedad para que pueda gatear. Da puñetazos en la puerta, desesperada por salir. El suelo está inundado de juguetes hasta los tobillos. Una sustancia imposible de identificar traza los caminos en

superficies y paredes como el rastro de un caracol. Todo se ha cubierto de una piel, una costra de leche seca, con comida rancia incrustada como una especie de eczema. La cocina está polinizada por todas las sustancias con las que mi hija entra en contacto: el desorden se propaga como una fuerza de la naturaleza, imparable. Tengo la ropa pringada; me encuentro pegotes en el pelo y en los zapatos. Por más que lavo, enjuago y froto, una poderosa corriente de entropía subterránea parece gobernar este espacio pequeño y bochornoso, y el caos es inminente, lo invade todo. Nos pesa el tiempo y descubro que estoy esperando, esperando que pasen estos días, intentando alcanzar el requisito esencial de la vida que es para ella el haber existido en el tiempo. Lo cierto es que en este lugar solitario no soy libre: la cocina es una celda, un espacio de no posibilidad. He renunciado a ser miembro del mundo en el que vivía. A veces leo o escucho música, y es como si entrara un rayo de luz del exterior, claro y doloroso, que me hace cerrar los ojos. Cuando salimos a dar un paseo y veo por la calle chicas jóvenes, guapas y sin preocupaciones, siento una puñalada de tristeza por un difuso ser perdido y se me encoge el corazón. Miro a mi hija, dormida en su silla de paseo: los flecos oscuros de las pestañas dibujan un arco sobre su piel pálida y me sacude una ráfaga de amor; paso un rato así, zarandeada, girando como la aguja de una brújula enloquecida y febril que busca el norte.

Es en esta fase, cuando mi entusiasmo por la tarea de la maternidad se asemeja al del oficinista medio, cuando el amor y la pena me arrastran en un tira y afloja y el mundo exterior se viste con el extraño brillo del pasado, de lo inalcanzable, cuando releo el poema de Coleridge, «Escarcha a medianoche»:

> La escarcha desempeña su actividad secreta,
> sin ayuda del viento. El grito del mochuelo
> llegó fuerte… Oídlo,
> ¡otra vez!, tan fuerte como antes.
> En mi casa de campo todos duermen.
> Me han dejado en esta soledad
> propicia para abstrusos pensamientos
> salvo porque a mi lado
> mi hijo duerme en su cuna, plácidamente.

¡Cuánta calma! Tanta que casi inquieta
y entorpece la meditación con su silencio
extraño y absoluto. Mar, monte y bosque:
¡Esta aldea populosa! Mar, y monte, y bosque
con todo el infinito trasiego de la vida,
¡inaudible como los sueños!

Este ha sido siempre uno de mis poemas favoritos, pero al releerlo caigo en la cuenta de que, como muchas personas sin hijos, nunca me había fijado en el bebé: aun así, su presencia me causa ahora resentimiento y también cierto asombro. Me despierta admiración y envidia que Coleridge fuese capaz de escribir un poema con un bebé en la habitación, y aún más que consiguiera plasmar tanta quietud. Empiezo a ver que mi agobio es consecuencia de un fallo grave de la sensibilidad, una bajeza espiritual. Recuerdo que una vez, cuando era estudiante, leí un anuncio en el periódico que ofrecía trabajo de verano en la piscifactoría de una remota banquisa de Groenlandia. Te llevaban en avión y te pasabas allí tres meses, haciendo turnos de dieciséis horas, yendo y viniendo en autobús de los barracones a la fábrica. Siempre era de día, no había nada que hacer aparte de trabajar en la fábrica y la comunicación con el exterior resultaba dificilísima. Concluidos los tres meses —aturdida, trastornada y apestando a pescado—, te dejaban tirada en la carretera con tu dinero y te permitían volver a casa y retomar tu vida. Mi experiencia de la maternidad empieza a guardar un alarmante parecido con este anuncio. Me doy cuenta de que espero volver, regresar al mundo del pensamiento, la belleza y el sentido, y cuando leo «Escarcha a media noche» siento cierto dolor, como cuando se restablece el flujo sanguíneo en una extremidad que se ha quedado dormida.

El poema habla de sentarse tranquilamente, de que los niños actúan como anclas del cuerpo y quizá del cerebro. El silencio, comparable a la quietud de una prisión, estremece al padre: tiene el oído atento al mundo, tanto que oye caer la escarcha alrededor de la casa. Empieza entonces a sondear las profundidades de su ser, a bucear en el momento que habita. Se acuerda de sí mismo cuando era niño y estaba interno en un colegio: su soledad y la dureza de los profesores, la esperanza

desgarradora de que la puerta de la clase pudiera abrirse en cualquier momento y entrase alguien, un ser querido. Estos recuerdos despiertan en el padre los más profundos sentimientos de amor por su hijo, como si cada separación que ha sufrido en la vida pudiera repararse con este momento de cercanía.

> Niño que duermes a mi lado en tu cuna
> y con tu suave aliento, en esta calma honda,
> vas llenando los huecos y las pausas
> transitorias de mi pensamiento.
> ¡Mi hijo precioso! Me llena el corazón
> de entusiasmo y una tierna alegría mirarte así y saber
> que aprenderás otras costumbres, lejos de aquí,
> que verás otras tierras remotas. Porque yo me crie
> en la gran ciudad, recluido entre sombríos claustros,
> y nada hermoso vi más que cielo y estrellas.

Este amor es una reparación; es como un lugar nuevo desde el que contemplar sin peligro el antiguo país y el infeliz pasado. Para un escritor, semejante amor puede representar la conquista de la autoridad narrativa sobre la vida misma. Se imagina a su hijo como adulto, recorriendo el mundo y contemplando maravillas. El confinamiento se transforma en libertad y la fealdad en belleza: la paternidad es redentora, transformadora y creadora. Es el medio que rompe los límites del ser, los abre y permite el acceso a un paisaje más amplio. Coleridge no habla de los pañales, el ruido y los restos de comida. No creo que esto sea únicamente porque la escena ocurre en el turno de noche. Su poema está escrito en presente: describe un momento, rodeado implícitamente de otros momentos de ruido y desorden. Puede que, ahora, únicamente haya momentos. Pero este es un momento al que Coleridge le presta su talento, que es el lenguaje, un momento en el que su amor encuentra una voz. En este momento el poeta abarca el mundo entero: el bien y el mal. En este momento experimenta una grandeza elemental.

> Por eso te serán dulces todas las estaciones,
> tanto cuando en verano se viste de verdor el ancho
> mundo
> o el petirrojo canta en la rama desnuda
> del musgoso manzano entre penachos de nieve,

y la techumbre de la noche humea
al derretirse el hielo con el sol; o si las hojas caen,
oídas solo en los trances del viento enfurecido;
o si la escarcha, con su oficio secreto,
las ensarta en carámbanos mudos,
que en calma brillan bajo la luna calma.

## Socorro

Cuando llegó el verano empecé a sentirme atrapada. Mi hija tenía cinco meses y estaba en todos los rincones de mi vida, a la vez dulce y pegajosa como la melaza o el pegamento. La culpa no era suya: estaba en su naturaleza —eso he leído en los libros — adherirse como si yo fuera una pared y ella la parra que crece y trepa. Yo quería enseñarle otra cosa, para que pudiera aguantar ratos mientras la dejaba sola un momento. En los cuentos que leía de pequeña los padres eran figuras remotas y románticas que normalmente estaban fuera o lejos, haciendo cosas misteriosas, o se quedaban hasta altas horas de la noche disfrutando de las fiestas elegantes que ofrecían, mientras los niños espiaban asomándose peligrosamente por la barandilla de la escalera. Estos padres a menudo estaban destinados a una muerte prematura y trágica: su velero se hundía o su automóvil se despeñaba y pieles y boquillas de tabaco salían volando por un acantilado de Saint-Tropez ante la aparente indiferencia de sus hijos, que eran libres de vivir aventuras maravillosas. Normalmente había una niñera como telón de fondo de la historia, una mujer acogedora y cariñosa que abarcaba hasta el último rincón de la casa, como una alfombra mullida que al hacerse vieja se enrollaba y se guardaba en un cuarto del desván: un paliativo de la soledad y el abandono, una solución mágica al problema de los padres ausentes.

Mis padres siempre nos cuidaron personalmente. Una vez se fueron de vacaciones y nos dejaron con una mujer que nos daba para desayunar lo que no hubiéramos querido cenar la noche anterior, pero por lo general mi familia funcionaba con un sistema de fondo común con otras familias. Nosotros íbamos a su casa o ellos venían a la nuestra. Sin embargo, mis amigos con hijos parecían sometidos al estrés de unos mínimos planes de contingencia que agravaban su esclavitud más que paliarla: salían de casa corriendo para dejar a los niños con una cuidadora y volvían del trabajo corriendo a recogerlos; regateaban minutos con niñeras y *au pairs*; negociaban en estado de pánico bajo la amenaza de algún vencimiento, como si a las seis de la tarde la niñera fuera a diluirse en una nube de humo o la cuidadora a dejar al niño en el jardín expuesto a la lluvia. No

había un momento de respiro, no había horas vacías que sirvieran como lubricante. Era precisamente el lujo de esas horas, esos huecos libres y despreocupados entre una actividad y otra, lo que yo en secreto quería recuperar, porque con el nacimiento de mi hija habían desaparecido y no tenía la esperanza de recuperarlos hasta pasados unos años. Meses después de su nacimiento seguía sintiendo incredulidad, una especie de agravio infligido por una justicia desconocida y despreciable, porque no podía dormir, ver una película, pasar una mañana de sábado leyendo, pasear sin restricciones en el suave atardecer del verano, ir a nadar o acercarme al pub a tomar algo. La pérdida de estas cosas parecía un precio desorbitado a cambio del privilegio de la maternidad; y a pesar de lo mucho que me daba mi hija, lo que se me devolvía no era un pago en especie y tampoco en otra moneda: en realidad no compensaba nada. No había correlación entre mi pérdida y mi ganancia, calculados sin el propósito de alcanzar un equilibrio final, definitivo.

La niñera-alfombra, la niñera que existe para amortiguar el impacto de la crianza, era, según descubrí, prerrogativa de los ricos. Todas las demás modalidades del cuidado infantil funcionaban, al parecer, según los principios de una cabina telefónica: introduciendo monedas en la ranura. Cuando se acaba el dinero, la comunicación se corta sin contemplaciones. Conocía a personas que empleaban este rudimentario facsímil de la libertad para cubrir exactamente las horas que los padres pasaban trabajando. Y luego una canguro venía a cubrir los inútiles intervalos horarios a última hora del día, cuando los niños ya se han acostado y los adultos se ven obligados a estar confinados en casa. Las horas intermedias por lo visto tenías que apañártelas como buenamente pudieras. Sabía solo de una pareja que contaba con ayuda los fines de semana: eran ricos y poco sentimentales.

Mis experiencias con canguros habían sido hasta la fecha cómicas y tristes. Cuando mi hija se quedaba dormida y no podía enterarse de que una impostora iba a ocupar mi lugar, llegaba la canguro para que pudiera escaparme un par de horas. Me sentaba con ella a hablar de mi hija y le explicaba qué hacer

si se despertaba, enumerando todos los detalles de sus cuidados. Estas precauciones, como las demostraciones de seguridad que se hacen rutinariamente en los aviones, eran en cierto modo inútiles: casi con certeza no se presentaría la ocasión de ponerlas en práctica; y si así fuera, la catástrofe probablemente escaparía a la capacidad de salvamento de cualquier canguro. A pesar de todo, disfrutaba con estas conversaciones. Mitigaban en parte la soledad, como si en la canguro encontrase a mi alma gemela, alguien que comprendía por unas horas cómo era mi vida. A veces daba la impresión de que disfrutaba tanto con la conversación que parecía que la intención final fuera esa y no salir. «A la niña no le pasará nada», repetía la canguro sin parar, hasta que la frase calaba en mi conciencia lo suficiente para informarme de que tenía que irme. Cuando ya estaba fuera, llamaba continuamente. «Está bien», me decía la canguro. Y le prometía que volvería a llamar en cuestión de media hora, que llegaría a casa pronto. Cuando regresaba y veía a mi hija dormida en la cuna, me parecía que su sueño era consciente, misteriosa y ligeramente dolido, impregnado de una experiencia en la que yo no había participado, como si la niña acabara de volver de la universidad o de dar la vuelta al mundo.

A veces, este encuentro con una canguro me recordaba la posibilidad de buscar a alguien que se ocupara de mi hija una parte del tiempo que pasaba despierta. Pensarlo me infundía una sensación de alivio y felicidad, y también una especie de escepticismo: primero por el hecho de que existiera esta posibilidad y segundo por no haber recurrido a ella, por no estar aprovechándola en ese preciso instante. Me acercaba al teléfono instintivamente, como si una persona amable esperase al otro lado de la línea para enviar a alguien inmediatamente, y me quedaba con el auricular en la mano, sin decir nada. ¿A quién podía llamar? ¿Por dónde empezar la búsqueda? A la persona que tenía en la cabeza no iba a encontrarla en las Páginas Amarillas, sino entre los coros de ángeles celestiales o entre las páginas de un cuento. Era una persona sabia, competente, amable y cariñosa. Era vocacional y pedía un precio módico: sus horas de trabajo eran horas de amor. No tenía una existencia terrenal, sino que se materializaría en mi puerta todas las

mañanas, me quitaría a la niña de los brazos con confianza, me secaría las lágrimas y me diría, por ejemplo: *Sal y diviértete, que nosotras lo pasaremos aquí de maravilla, ¿a que sí*? Era la proyección de mi ser en conflicto; resolvía el hecho de que yo nunca hubiera querido dejar a mi hija al confrontarme con la triste verdad de que, si no lo hacía, nunca sería capaz de volver a hacer nada. El único modo de que esta verdad resultara agradable consistía en disimular su esencia. Entregar a mi hija no sería un acto de abandono, sino una concesión benévola y lógica, una alegre rendición.

Una amiga conocía a una chica que se llamaba Rosa y a veces iba a limpiar su casa. Era española. Estaba ahorrando para emigrar a Estados Unidos y quería trabajar. Pregunté a mi amiga si podría confiar en Rosa para cuidar de mi hija. Mi amiga contestó discretamente que creía que no. Reconoció que había dejado a sus hijos con ella en un par de ocasiones y no le había convencido. Tuvo la delicadeza de no especificar las causas de su decepción: me quedé con una idea vaga e insustancial, una impresión que mi entusiasmo podía superar fácilmente. Rosa era bajita, pequeña y nerviosa como un pájaro. Se desplazaba por Londres en bicicleta, muy deprisa, me explicó, para atender los compromisos que se le acumulaban a diario como una torre inestable, porque acababa de perder todos sus ahorros, unas diez mil libras, por culpa de un tipejo que al parecer era una especie de estafador, un timador que le había ofrecido invertir su dinero, y ahora, para recuperarlo, tenía que aceptar más trabajo del que en realidad podía abarcar. Se había criado en una granja del norte de España, al aire libre, siempre jugando con sus hermanos y hermanas. Había sido feliz en esa época inocente: después, por lo visto, descubrió que el mundo era decepcionante. Había vivido unos años en Suiza, con un hombre. Ahora vivía con su hermana peluquera en una vivienda de protección oficial del sureste de Londres.

Me dio lástima Rosa, y también tuve la sensación de que mi necesidad se entrelazaba con la suya: su necesidad de dinero y mi necesidad de tiempo eran ilimitadas y al parecer casaban a la perfección. Llegué con ella a un acuerdo por horas. Quedamos un día oscuro y lluvioso. Mi hija y yo esperamos a Rosa,

nerviosas, como la gente en un aeropuerto. Al cabo de una hora sonó el teléfono. Era Rosa: llovía y había estado dando mil vueltas porque no conseguía encontrar la casa. Le expliqué cómo llegar. Por teléfono me pidió disculpas, pero cuando llegó estaba enfadada. Maldijo el clima de Inglaterra. Maldijo nuestra casa, que tanto le había costado encontrar. Ni siquiera se fijó en mi hija, que estaba en mis brazos con los ojos como platos, y sentí que la inquietud se instalaba en mi pecho como un nudo, con un profundo presentimiento de error y complicaciones. Le ofrecí a Rosa té y café y me llevé sus cosas empapadas, y pronto vi que en realidad estaba prisionera en mi casa, secuestrada por una desconocida, y que tendría que encontrar la manera de convencerla para que me soltase. Mi hija empezó a llorar. Me senté a darle el biberón. Rosa me preguntó si podía ver la casa y accedí con impotencia. Tardó mucho en volver. La oí pasear despacio por el piso de arriba. Me invadió una especie de terror que impulsó mis pensamientos muy lejos y me dejó la mente en blanco. El intervalo fue tan preocupante que cuando Rosa volvió a materializarse en la puerta me sobresalté al verla, como si me hubiera olvidado de que estaba en casa. Es bonita, dijo en voz baja. Empecé a hablar, a parlotear sin sentido y a hacerle preguntas. Me contó que sus hermanos y ella, de pequeños, se divertían aplastando con un cuchillo las abejas de una colmena que había en el huerto. Me habló de las personas para las que trabajaba, de sus casas sucias y sus costumbres repugnantes. Me preguntó si ganaba mucho dinero. Mi hija se había quedado profundamente dormida, como un tronco, y la dejé en la cuna. Rosa, le dije con voz chillona, me temo que hemos cambiado de planes. Le conté que nos mudábamos, que nos íbamos del país, que nos habían avisado de repente. Me ofrecí a pagarle el día completo. Me disculpé, varias veces. Para mi sorpresa, recibió la noticia sin protestar y se marchó.

Después de este fracaso en mi proyecto de escapada tardé en intentar otro. Entonces una amiga me recomendó a Celia, una brasileña que por las tardes estudiaba para sacarse el título de maestra y quería trabajar por las mañanas. Celia llegó precedida de elogios. Había cuidado de los hijos de mi amiga y lo había hecho estupendamente. Se le daban bien los bebés y

era cariñosa con los niños. Cuando los llevaba a dar un paseo, les metía en el bolsillo un papel con la dirección y el número de teléfono, por si se perdían. La precaución me pareció inquietante, pero decidí seguir el consejo de mi amiga. Celia era una mujer grande y amable, con el pelo largo y negro. Había llegado a Inglaterra diez años antes, para reunirse con su novio y, cuando la relación terminó, decidió quedarse. Aspiraba a mejorar sus circunstancias con todo su empeño; soñaba con ser maestra de primaria, un sueño que no estaba a su alcance por lo fuerte y marcado de su acento, imposible de borrar por muchos cursos que hiciera. Su conversación era un cúmulo de historias sobre su lucha por la existencia; era lo que la gente llama con crueldad una víctima, de sí misma y de otros. La mala suerte la perseguía; siempre encontraba piedras en el camino. Padecía de depresión y dolores de cabeza, y tenía reacciones extremas al mal tiempo y la oscuridad. El trabajo doméstico a tiempo parcial la machacaba. Se había hecho daño en la espalda, de tanto como le hacía aspirar las escaleras una de las señoras para las que trabajaba. Otro la tenía horas planchando su colección de camisas caras, y se quedaba parado delante de ella, viendo cómo planchaba los puños y los pliegues y ordenándole que los repasara. Había trabajado en una tienda, donde la acusaron de robar y la amenazaron con denunciarla a la policía. Cierta falta de confianza y una triste tendencia a la aceptación le impidieron convencer a los demás de su inocencia. Celia vino a mi casa con el acuerdo de que su contrato podía interrumpirse en cualquier momento, de confirmarse sus esperanzas: volver a Brasil, conseguir un puesto de trabajo como profesora o que su curso de informática diera algún fruto indeterminado. Entretanto, ponía a mi hija en una manta en el suelo de la cocina y le hablaba en un portugués suave, balanceando un juguete delante de los ojos de la niña como el colgante de un hipnotizador.

En el piso de arriba, mi tan ansiado reencuentro con la libertad resultó decepcionante y me dio pánico, no solo porque mi hija ejerciera un potente magnetismo sobre mí desde su manta en la cocina, lo que me obligaba a salir del estudio cada pocos minutos y sentarme en las escaleras para detectar señales de angustia. Había algo brutal en nuestra separación, un

ambiente que yo recordaba de épocas pasadas de oscura compulsión: el ambiente de los domingos por la noche, cuando volvía al internado, el de los exámenes y las inyecciones y la consulta del médico; un ambiente de rechazo, hostilidad y castigo; de dolor también —un recuerdo más reciente—, el dolor adulto de la infelicidad y de cosas que pasan y que una quisiera que no pasaran pero pasan de todos modos. Me sorprendía y me angustiaba que todo lo que en mi vida no incluyera a mi hija o estuviera directamente relacionado con ella tuviera que vivirse ahora en esta odiada y familiar oscuridad; que tuviera que aumentarse la suma, ampliarse el espacio como unas catacumbas excavadas en el subsuelo de mi felicidad, aun cuando hubiera hecho la promesa de cerrarle la puerta para siempre. Bajaba a la cocina con cualquier pretexto y mi hija a veces lloraba cuando me veía, con una mirada suplicante y de desconcierto; y me sentía asediada por mi capacidad de poner fin a nuestro sufrimiento mutuo. Me agobiaba no ser capaz de hacerlo, teniendo en cuenta que la mayor parte de mis caras horas de soledad las pasaba preocupada por lo que estuviera ocurriendo en el piso de abajo.

Celia suspendió el examen de inglés y entró en una fase de oscuridad. Empezó a llegar muy tarde o a no venir: llamaba por teléfono con el cuento de que le dolía la cabeza o de que había perdido el autobús. Yo había aceptado algún encargo de trabajo, y uno de los días que Celia llamó en el último momento para decir que no venía me vi desesperada, tecleando en el ordenador a tres cuartos de hora del plazo de entrega, mientras mi hija lloraba en el suelo del estudio. Cuando venía, Celia estaba apesadumbrada y taciturna, andaba como si cada paso le resultara doloroso y le brillaban los ojos de tristeza. Reconoció que el hombre con el que vivía la estaba tratando mal. Mi hija también se daba cuenta de la trampa. Veía en la cara triste de Celia la advertencia de su abandono inminente y hacía todo lo posible por evitarlo. Desde el piso de arriba yo oía la sirena de su llanto y de vez en cuando detectaba en las cancioncillas de Celia una nota forzada, de desesperación, y escuchaba el chirrido frenético de las bisagras de la cuna cuando acunaba con demasiada fuerza a mi hija para que se durmiera. Un día me

dijo que iba a empezar un curso nuevo y que solo podría venir dos horas a la semana. Coincidimos en que sería mejor que yo buscara a otra persona.

Una noche, zapeando con pereza delante del televisor, me enganché a un documental ya empezado sobre las penurias de las amas de casa ricas en Estados Unidos. Una mujer joven, con la cara bronceadísima y un corte de pelo que parecía muy caro, sentada en un sofá de cuero, hablaba de los defectos de la niñera de sus hijos. A la niñera se la veía al fondo, borrosa, con el pelo oscuro, la cabeza agachada, guardando juguetes en una caja. Era peruana, revelaron, y había dejado cuatro hijos en su país para ganar en Estados Unidos el dinero con el que mantenerlos. Los veía una o dos veces al año. El caso es que, decía la mujer, María es *maravillosa* con mis hijos, pero a veces tengo la sensación de que es como *demasiado* maravillosa, ¿sabes? Quiero decir que *sé* que seguro que echa de menos a sus hijos y *sé* que no puedo *prohibirle* que toque a los míos, pero en realidad no son suyos, ¿no? El otro, día, por ejemplo, yo estaba en la piscina y María estaba en el jacuzzi con mi hija, y tenía a mi hija en brazos, y me puse en plan, ¿sabes?: ¡Suéltala, que ya sabe sentarse sola en el jacuzzi! La mujer se apartó el pelo de la cara con fastidio.

Puse un anuncio en el periódico y me sorprendió que llamara un chico. Se llamaba Stefan y era esloveno. Tenía veinte años y había trabajado un año de *au pair* en Londres. Ahora estaba haciendo el doctorado y necesitaba un trabajo a tiempo parcial. Le invité a que viniera a casa para hablar con él. Era delgado, elegante, y por la forma de vestir tenía pinta de contable. Llevaba un maletín y hablaba un inglés aristocrático, con un fuerte acento de Europa del este. Le ofrecí una copa de vino y un cigarrillo. Aceptó las dos cosas y nos sentamos en el jardín. Le había gustado su experiencia como *au pair*. Le gustaba cocinar y ocuparse de la casa. Quería mucho a la familia para la que había trabajado: me contó que los niños eran adorables. Seguía viendo a los padres, de hecho, esa misma noche iban a cenar con él. Sacó una carta de recomendación suya: lo ponían por las nubes. Su hija pequeña tenía cuatro meses cuando Stefan se sumó a la familia. Era una niña muy especial, dijo Stefan,

muy inteligente. Movió la cabeza, sonriendo, como si fuera imposible describir el encanto de la niña. Le pregunté por su doctorado. Al parecer estaba estudiando las conexiones de transporte en los aeropuertos de Londres. Entretanto mi hija seguía sentada en mis rodillas. Stefan la trató con educación pero sin efusividad, como si fueran compañeros de trabajo. Ella tampoco daba ninguna muestra de emoción. Acordamos que empezaría la semana siguiente.

El teléfono no paró de sonar esos días, y cada vez que contestaba, oía voces de mujeres, jóvenes y viejas, voces que delataban dificultades, esperanza o desesperación, o una especie de confusión despreocupada, como si no supieran si llamaban por un anuncio que ofrecía un puesto de trabajo o una tabla de planchar de segunda mano, como si les diera lo mismo. Ya hemos encontrado a alguien, repetía yo: lo siento. Estas negociaciones eran mezquinas, directas, culpables, sin una pizca de amor o de interés. Tenían cierta aspereza, la aspereza del dinero y la supervivencia, que asomaban muy cerca de la superficie. Me parecía increíble estar negociando con la existencia de mi hija; que su llegada al mundo hubiera creado un problema que yo intentaba resolver tan aleatoriamente y con tan temerosa incompetencia. Stefan llegó puntual y se puso a planchar. Preguntó si podía hacer la compra más tarde y qué nos apetecía comer. ¿Nos gustaba la col? Traía un montón de recetas eslovenas en el bolsillo. Mientras estábamos hablando sonó el teléfono y le pasé a la niña. Puso cara de susto. La cogió como si fuera una bomba. Cuando solté el teléfono me la devolvió. Vi que había que intervenir sin falta. Me quedé un rato con ellos y luego dije que tenía que trabajar un poco. Dejé a la niña en el sofá, a medio metro de donde estaba Stefan, con la plancha en la mano, y me marché. A escondidas, desde las escaleras, conté los segundos de un largo silencio. Oí entonces una especie de cloqueo, como el que se hace para incitar a un caballo para que ande. Mi hija empezó a refunfuñar y el cloqueo cobró más fuerza. Las protestas no tardaron en convertirse en llanto. No llores, le oí decir a Stefan con voz alegre: No llores, bonita. Bajé. Mi hija estaba donde la había dejado, en el sofá, berreando, y Stefan delante de ella, intentando tranquilizarla

con una especie de baile, como si la niña irradiara un calor brutal que le impidiera acercarse demasiado. Tienes que cogerla en brazos, le expliqué. Sentí un profundo cansancio.

La eficiencia de Stefan se concentró rápidamente en diversas tareas domésticas: limpiaba el polvo, sacaba brillo a los muebles y llenaba la despensa. Parecía el mayordomo de una mansión, atento y discreto. En la cocina, olía a col hervida. De vez en cuando sacaba a pasear a la niña en el carrito y, siguiendo mis órdenes de que volviera si lloraba, volvía enseguida. Me la devolvía, intacta, como un paquete demasiado grande para poder enviarlo por correo, como una misión imposible. Tuve la clara impresión de que mi hija era inferior a la otra niña que Stefan había cuidado y a la que adoraba. Le dije que lo sentía mucho, pero que necesitábamos a una persona que pudiera atender a la niña. Aceptó el despido con cierta elegancia. Al día siguiente volvió y llamó al timbre. Sus compañeros de piso, me explicó, le habían convencido de que el despido era injusto y merecía una compensación. Le pregunté, secamente, qué cantidad había pensado. Me contestó que el salario de un mes era la norma. Le ofrecí el de una semana. Lo aceptó y se marchó, porque era evidente que la conversación le resultaba incómoda.

Desde hace semanas tengo grabada la imagen de los ojos de mi hija, oscuros y brillantes, en los míos, mientras la iba dejando en manos de sucesivos desconocidos, cada cual con su historia, su cuerpo y su respiración particulares, con su aura indefinible. Veía en sus ojos asombro, aceptación y cierta valentía cuando me miraba desde el otro lado del abismo de mi vida, el abismo que yo había abierto entre nosotras. A su modesta manera, había hecho lo posible por que el plan funcionara. Comprendí que habría aceptado cualquier cosa que le hubiera ofrecido, si la hubiera obligado, pero no le di el tiempo ni hice el sacrificio definitivo, el de mi sincera confianza en que aquello iba a funcionar. También había descubierto que las horas que compraba eran defectuosas y de segunda mano. Era un tiempo limitado y poco satisfactorio; horas que transcurrían con un desquiciante tictac. Vivir esas horas era como vivir dentro de un taxi. Aprovecharlas para trabajar me

resultaba muy difícil; pasarlo bien, o al menos descansar, impensable. No conseguía encajar mi mundo en el hueco que, al parecer, se me había asignado en la propia carne de mi hija. Además, le había transmitido claramente la idea de que abandonarla era irracional y sus protestas, justas: tuve la sensación de que no estaba preparada para permitir que mi hija quisiera a otra persona.

Una noche, tarde, sonó el teléfono. Era Rosa. Llamaba para decirnos lo mal que la habíamos tratado. La gente como tú, dijo, paga salarios de esclavitud. Eres rica y pagas salarios de esclavitud por un trabajo de esclavos. Eres asquerosa. Tu casa es asquerosa. Me exigía dinero en compensación. Había visto un cheque por una suma sustancial en mi escritorio cuando estuvo dando una vuelta por la casa. ¿Qué había hecho yo para merecer ese dinero? Era ella quien trabajaba como una esclava el día entero. Su diatriba se volvió histérica y obscena. Empezó a soltar palabrotas y a cuestionarlo todo. Me aparté el auricular del oído mientras contemplaba la ciudad y la noche al otro lado del cristal oscuro. Cuando volví a acercarme el teléfono, Rosa seguía despotricando. Eres una mujer horrible, dijo. Y colgó.

## No te olvides de gritar

Nos mudamos de Londres a una ciudad universitaria, un sitio al que la gente se iba a vivir para olvidarse de que existía el resto del mundo. Allí había poca delincuencia, caos, tráfico, ruido, suciedad o diferencia. Todas estas cosas quedaban muy lejos, como bloqueadas por un círculo mágico, por la carretera de circunvalación que separaba la ciudad de una estepa de desechos, gasolineras y rotondas, de fábricas, conurbaciones extraviadas, franjas de tierra roja y abierta como una cicatriz donde se construían nuevas viviendas. La carretera era, de día o de noche, un enjambre de coches y camiones que acechaban como depredadores los edificios antiguos y las calles empedradas. En cualquier parte se oía el rugido sordo del tráfico, como el del mar.

Nuestra casa estaba en una zona residencial que tenía el aire de la campiña o de un barrio de las afueras. Aquí las elegantes casas adosadas del centro empezaban a separarse, aunque fuese apenas unos metros, dando paso a estrechas viviendas independientes de un estilo caprichoso que recordaba a ranchos y castillos. Las aceras eran una frontera interminable de verjas y cancelas de jardines. Nuestra calle era una vía principal de acceso a los comercios y tenía un tráfico considerable, aunque lento. Mujeres fuertes de cincuenta y tantos con sandalias gruesas y vestidos de flores iban y venían en bicicleta. Hombres con barba y caderas femeninas, todos de beige, pasaban por delante de nuestra ventana con perritos de ladrido estridente. Mientras que los hombres eran callados, tristes y rehuían el contacto, las mujeres pasaban por la calle como una tormenta o un vendaval de protesta, y el viento de su censura se colaba silbando por las grietas de puertas y ventanas. Echaban un vistazo enérgico al césped de nuestro jardín, demasiado alto, y a las cajas de botellas de vino vacías amontonadas en la puerta. No tenían ningún miedo al ridículo o el reproche cuando pasaban pedaleando con sus vestidos veraniegos, sus cestos traqueteantes y los brazos gordos, blancos y cubiertos de pecas, llamando la atención al infrecuente motorista, el dueño de un perro o alguien que tiraba la basura al suelo. Eran ellas quienes gobernaban este peculiar enclave de

calles amplias y obedientes, y su espíritu presidía esa ardua etapa de la vida que supuestamente es la mediana edad.

Vi que todas las demás madres parecían mucho mayores que yo. En Londres rara vez veía gente con niños, pero aquí la calle principal era un hervidero infantil. Las sillas se saludaban, giraban y se apartaban, componiendo un minueto en las aceras. A veces me sorprendía mirando como una pazguata a una embarazada con canas, a las madres-abuelas con su prole de niños pequeños. A decir verdad, en la vida había visto tanta chiquillería; y al mismo tiempo, no había ni rastro de sexo en el ambiente, porque a los padres de estos niños rara vez se les veía el pelo. Los restaurantes y los cafés estaban llenos de mujeres; las tiendas y los parques estaban llenos de mujeres. Un domingo por la mañana, a primera hora, muy de vez en cuando, se veía a un hombre empujando un carrito de mala gana por las calles vacías, pero a la hora de comer todos habían vuelto a desaparecer. El clima de la ciudad era el de una guerra o el de un laboratorio experimental o el de otra época. Las mujeres en bicicleta que patrullaban las avenidas asexuadas tenían un aire infantil tan peculiar como inquietante, con sus vestidos de flores cortos y los brazos gordos y blancos: el aire infantil de las monjas, las vírgenes mayores y las hijas solteras. Sus madres espirituales eran mujeres fibrosas, nervudas, de pelo blanco, con mocasines, faldas plisadas de color azul marino y la cara afilada como un pájaro, que se congregaban a las puertas del banco o de la tienda de comestibles para ejecutar la inmisericorde tarea de la conversación.

Pensé que jamás habría vivido en un sitio como aquel cuando mi vida me pertenecía; y aunque la finalidad de estos lugares es la de garantizar que tu vida no te pertenezca, arrebatarte el control para impedir que se convierta en un peligro público, tuve que reconocer mi parte de responsabilidad en el asunto de renunciar a Londres y a la existencia que mi deseo libre de ataduras había modelado a lo largo de los años. No sabría decir hasta dónde llegaba mi parte de responsabilidad: nunca tuve ni tiempo ni ocasión de cuantificarla. Solo sé que a raíz del nacimiento de mi hija algo empezó a crecer dentro de mí: un segundo embarazo de

insatisfacción, a veces de verdadera angustia. Una sensación de privación y desarraigo se apoderó de mí, creció dentro de mí, imaginaria pero poderosa, y hasta que dejé de albergarla y le di vida propia no comprendí que solo era un fantasma, una construcción. Al parecer, había dado una forma concreta al dolor que me causaba el no poder seguir viviendo la vida que había vivido. Me había ido de Londres porque creía que ya no pintaba nada allí.

Fue irme y sentirme sorprendentemente recuperada. Todo lo que la maternidad parecía haber puesto a una distancia inalcanzable ahora solo lo impedía la geografía. La soledad de tantas horas con un bebé en casa se fundía con la de mudarse a una ciudad nueva, poco acogedora y en la que no tenía amigos. Cuanto había de aplazamiento, rutina, restricción y privación en la maternidad encontraba su encarnación en nuestro entorno. Mi vida se deshizo de su carga, se la cedió a otro. Y un buen día me vi diciéndole a mi pareja que cuidar a los hijos sería mucho más fácil si uno no estuviera atrapado en semejante agujero de aburrimiento, con los amigos cerca, sitios a los que ir de noche y cosas que hacer los fines de semana. O sea, en Londres, me contestó.

El caso es que nuestra vida en provincias no tardó en parecerse a una condena de duración indeterminada, por la dificultad para reconocer ante nosotros mismos o ante los demás que nos habíamos equivocado. Sospechaba que había un protocolo para este tipo de errores: que requerían su tiempo, aunque teníamos un amigo que se había mudado y había vuelto a Londres en cuestión de días. Jugaba a dobles al tenis los sábados, y consiguió llevarse a su familia al norte de Inglaterra, darse cuenta del error y volver con todos sin perderse un solo partido. El caso es que al principio nuestra nueva vida nos pareció si no exactamente buena sí algo más llevadera que un error. Estábamos a finales del verano y llegó una lánguida ola de calor. Todos los días íbamos a bañarnos a un río que había cerca: una cinta de agua ancha y tranquila que cruzaba una amplia pradera donde pacían vacas y caballos salvajes. El río era navegable: parejas mayores en lanchas a motor, bulliciosos grupos en los barcos turísticos y gente en veleros pasaban por

este bucólico y pintoresco canal como si fuese el mar. Había hombres con atuendo marinero —gorras alegres y pañuelos al cuello— que hubieran encajado mejor en una discoteca de San Francisco. Había parejas a las que se veía detrás de las peceras de las cabinas de sus embarcaciones, cerradas herméticamente: él al timón con aire adusto, ella con un plumero o preparando una taza de té sin haber hecho nada para ganársela. En otro tramo del río la gente remaba en sus aguas verdes y densas; generalmente eran turistas y estudiantes, y tanto sus risas como sus silencios resultaban forzados, porque la idílica escena era una manida representación del privilegio sacada de las páginas de *Retorno a Brideshead*. Una vez vi a un grupo de estudiantes, ellos con canotier y pantalón blanco de franela, y ellas con vestidos vaporosos y sombreros de paja. Alguien llevaba hasta un osito de peluche. A bordo había un cesto de picnic y un gramófono antiguo del que salían fragmentos de Edith Piaf. Tenían copas de champán en la mano. Un chico saludaba con la botella a otras barcas que pasaban. Eran un grupo extraño que no encajaba con sus aspiraciones de hedonismo: los chicos tenían granos y la nariz ganchuda; las chicas eran regordetas y con gafas. Su jolgorio resultaba ridículo y rayaba en lo grosero. Me dieron vergüenza ajena, y la mancha de su pretenciosa excursión se me quedó en la cabeza muchos meses, como una advertencia, imposible de eliminar.

El año transcurría despacio: el verano dio paso al otoño. Mi hija aprendió a gatear y luego a levantarse cuando ya menguaban los días y empezaba a llover. Su evolución, a diferencia de lo que me esperaba, no fue una alegría, una efervescente liberación de la parálisis de los primeros meses. Al contrario, esta etapa me resultó lenta y frustrante. Verla era como ver una película hacia atrás. Una fuerza invisible la atormentaba, la obligaba a levantarse y a caer continuamente, forcejeando y estirándose como alguien a punto de ahogarse para alcanzar la pata de una silla o la superficie de una mesa. Era como si luchara por salir de un pozo de arenas movedizas. Me dolía la cabeza de la tensión de ver su esfuerzo. Se volvió peligroso dejarla un momento sola, porque su impulso físico era como el fluir de un insondable reloj de arena, como el tiempo:

manaba de ella en un flujo continuo que intentábamos canalizar y contener, y se derramaba peligrosamente cuando el teléfono o el timbre de la puerta ocasionaban un momento de descuido. Recordaba comentarios que había oído a otros padres sin prestar atención, frases que en realidad no llegaba a entender, como *no para* o *no se está quieta ni un segundo*. Un instante de distracción y mi hija ya estaba a un centímetro del borde de las escaleras, agarrando los cables del hervidor o la plancha y a punto de tirárselos encima, o hurgando en la basura. Sacaba los discos de las fundas y rompía los sobres con las cartas dentro a la velocidad con que maneja la hoz un segador. Iba derecha a una botella de lejía o una taza de té caliente y cruzaba las habitaciones como un misil lento pero letal, cambiando de trayectoria únicamente si alguien se interponía entre ella y su objetivo. Nuestra vida se convirtió de pronto en una película en la que había que desactivar una bomba a contrarreloj. A la vez que éramos esclavos del tiempo, encerrábamos a nuestra hija en la cocina para contener el tictac, para contener su poder de destrucción. Solo cuando se rendía, neutralizada por el sueño, se interrumpía el temporizador; los intervalos eran tan rápidos y silenciosos como una riada que arrastraba a su paso el placer de los libros o la conversación, sin darnos casi tiempo a echarles mano.

Cuidar de una niña tiene una esencia de ingobernabilidad, es como vivir en continuo estado de crisis, y mi versión de la maternidad no contaba, ahora lo veo, con la infraestructura militar necesaria para hacer frente a esa esencia. No empleo a la ligera la palabra «militar»: el reclutamiento para el mundo de la crianza ortodoxa exige, como el término implica, abnegación, acatamiento y gusto por lo institucional. La gente de la ciudad donde entonces vivíamos entendía este principio. Sus rincones residenciales estaban dirigidos a la buena madre. Por eso, según llegué a comprender, había allí tantas madres. Allí podían liberarse de los tormentos y las tentaciones de la vida social, de los bares, los cines y las zapaterías que venden calzado incómodo. Allí en los restaurantes había tronas y cambiadores, y los autobuses tenían las puertas anchas y espacio interior para los carritos. La gloriosa influencia de la universidad, su silencio,

sus privilegiados claustros patriarcales, sobrevivían, imperturbables. Allí imperaba una jerarquía que abarcaba del primero al último.

Una auxiliar sanitaria vino a vernos en el campo de batalla de la cocina. Sacó folletos y los dejó cariñosamente encima de la mesa para que yo los estudiara mientras la niña le saqueaba el bolso sin que se diera cuenta. ¿La ha llevado al grupo de juego?, me preguntó. No. Como me pasaba con las vacunas y las clínicas para madres y bebés, la idea me inspiraba un profundo terror administrativo. Llevaba a la niña a tiendas donde me probaba ropa, a cafés del centro abarrotados de estudiantes y envueltos en una nube de humo de tabaco. La llevaba a pasear por campos llenos de baches en los que el carrito se quedaba atascado en el barro. La llevaba a Londres, donde lloraba en atascos y restaurantes ruidosos. La auxiliar sanitaria sacó una lista mecanografiada de los grupos de mi zona. Ayuda conocer a otras madres, señaló. Puedes charlar, incluso tomar un café si te apetece. Sentí como si tuviera que manifestar un profundo agradecimiento por tan precario recurso. El caso es que bebía café solo sin parar y salía a fumar en el jardín cuando mi hija dormía. Ya veré, dije. Supongo que le vendrá bien conocer a otros niños. Lo cierto era que mi hija creía ser la única de su especie. Me preocupaba que descubrir la verdad pudiera conmocionarla.

El suelo de la cocina era duro, de baldosas. A pesar de que habíamos puesto alfombras, la cabeza de mi hija acababa entrando en contacto con el suelo varias veces al día. Se ponía de pie y se quedaba quieta, a veces hasta diez o quince minutos seguidos, antes de caerse hacia atrás a cámara lenta, tiesa como el tronco de un árbol talado. En los largos segundos de la caída, quien estuviera con ella se abalanzaba corriendo, a veces resbalando como un jugador de béisbol que intenta alcanzar la base, o incluso colocando un cojín en el punto en el que iba a aterrizar la cabeza; y en el momento del impacto nos quedábamos congelados, paralizados en una postura de protesta y horror por el ruido del cráneo al chocar contra las baldosas. La narración de sus aventuras era el ruido de fondo de nuestra vida, como una radio puesta. Unas veces les hacíamos caso y

otras no, pero siempre había en marcha alguna expedición en miniatura: escaleras que escalar, armarios en los que hurgar, objetos que analizar científicamente para conocer sus propiedades. El dolor le imprimía cierta dureza, la fanfarronería de quien se niega a reconocer el fracaso o la angustia. De vez en cuando miraba, alertada por el silencio, y la veía peligrosamente colgada de la puerta de un armario o de los travesaños de una silla en la que se le habían enganchado los pies. El mundo de los objetos era un adversario implacable, su selva, y mi hija desafiaba los peligros de su inestabilidad e impredecibilidad. Un día se levantó apoyándose en los travesaños de la trona de madera, que pesaba bastante, y se la tiró encima. Desde la puerta, demasiado lejos para intervenir, la vi caerse al suelo, aplastada por la trona como una torre. Oí el chasquido de la cabeza al chocar contra las baldosas. En cuestión de segundos, la bandeja de la trona se estrelló en la frente de la niña con la fuerza de un mazo. La cogí en brazos y salí a la calle corriendo. No sabía qué hacer. Fue como si quisiera rendirme, entregarla al mundo exterior o hacer un llamamiento por su seguridad. Tenía un chichón en el centro de la frente que se le puso amarillo. Cada vez que la miraba me llenaba de vergüenza.

Una mañana encontré la lista de la auxiliar sanitaria debajo de la mesa de la cocina. Vi que uno de los grupos infantiles se reunía quince minutos después en el hall de una iglesia, a pocas calles de mi casa. Nos pusimos los abrigos y echamos a andar por la calle azotada por el viento, bajo el cielo gris, apretando el paso para cruzar por la mañana y en día laborable el anodino centro de un barrio residencial, el territorio plano de lo no importante, lo desocupado, y lo hicimos como si fuéramos a perder el tren o llegáramos tarde a una reunión o una cita emocionante. El hall estaba en un edificio moderno, de una planta, pegado al costado de una iglesia gótica. Habían formado un pulcro círculo de sillas vacías alrededor de un bonito paisaje en miniatura construido con juguetes. Éramos las primeras. Una mujer atareada y nerviosa, que llevaba un pequeño crucifijo de plata colgado de una cadena al cuello, nos pidió que escribiéramos nuestros nombres en una pegatina y nos la pusiéramos en la ropa. Nos quedamos de pie, tímidas y

angustiadas como los invitados de una fiesta. La mujer me preguntó si era la primera vez que iba al grupo y contesté que sí. Mi hija se fue muy decidida hacia los juguetes, empujando una de las sillas. Cogió un casco de bombero de plástico y se lo puso en la cabeza. No sé si vendrán todas, me confió la mujer con preocupación. Yo diría que sí. Es que han empezado las vacaciones, ¿sabe? Pregunté qué vacaciones eran. Nombró uno de los caros colegios privados cuyos campos deportivos de césped impoluto bordeaban nuestro jardín. No entendí qué tenían que ver conmigo esas vacaciones y vi que la respuesta no me aclaraba nada. Así que a lo mejor esta semana no va tan bien, añadió. Ah, dije. Y entonces me preguntó si llevaba mucho tiempo viviendo en la ciudad. Solo unas semanas, contesté. ¿Y su marido trabaja en la universidad?, se interesó.

Empezaban a llegar más mujeres. Las vi por la ventana, acercándose por la calle con las sillas de paseo. Hooola, canturreó la organizadora, con una sonrisa radiante, hooola. Iba corriendo de un lado a otro, repartiendo pegatinas. El casco de bombero dejaba en sombra la cara de mi hija, que tenía un aire de importancia. Cogía los juguetes con autoridad. Al verme sola me trajo una tortuga de plástico con ruedas y unos ojos que daban vueltas frenéticamente. Me la puso en las rodillas para reconfortarme. Una vez liberados de los carritos, los demás niños se distribuían entre los juguetes como quien llega al trabajo y ocupa su puesto. Un niño se acercó a mi hija y se quedó callado delante de ella hasta que le dio el osito azul que tenía en la mano. Me pareció que ella entendía perfectamente lo que pasaba, cosa que no podía decirse de mí. Hacía semanas que no hablaba con nadie aparte de mi familia, y de repente fue como si padeciera una modalidad del síndrome de Tourette. Una madre me preguntó si me gustaba el barrio donde vivíamos, y comprobé con preocupación que me embarcaba en una larga denuncia que me era imposible interrumpir. Veía, como desde una enorme distancia, su gesto de inquietud y su mirada de desconcierto. ¿Tú qué haces?, le pregunté a bocajarro. Y tuve la sensación de que la pregunta solo servía para empeorar las cosas. Julia hace unas galletas *maravillosas*, me informó la que estaba a su lado, después de un silencio. ¿En serio?, dije con un

entusiasmo exagerado. Siempre he pensado que me encantaría ser repostera. ¿Ganas dinero con ellas? Se miraron horrorizadas, como colegialas. ¿A qué se dedica tu marido?, me preguntó alguien. Cuando volví a mirar a mi hija, una niña bizca y con el pelo suelto la tenía agarrada de los rizos pelirrojos y le estaba golpeando la cabeza contra el suelo. ¡Cordelia!, canturreó la madre de la niña con aire distraído. ¡Cordelia! La organizadora venía con tazas y platitos que entrechocaban en sus manos temblorosas. Un chorro de vapor salía de un hervidor. La mujer recorría la sala, acercándose con discreción a los grupos de madres. Café, les iba diciendo con un susurro teatral, como si interrumpiera una reunión importante. Cerca de allí, la madre de Cordelia hablaba de los hábitos de Cordelia. Cuando ve a una persona negra ¡se echa a llorar! La verdad es que paso mucha vergüenza, añadió, entre las carcajadas de sus compañeras. Está claro que le da un poco de miedo. Las demás asintieron, con simpatía, y se taparon la boca sin dejar de sonreír. ¿Café?, me susurró al oído la organizadora.

Junto a la mesa de la cafetera, una mujer grande, pechugona y con un casco brutal de pelo gris me preguntó cuántos hijos tenía. Una, dije. Pareció decepcionada por mi exigua respuesta. Bueno, asintió, seguro que habrá más. La reconocí al instante como miembro de una de las especies locales que había visto y oído cientos de veces a lo largo de las últimas semanas en la consulta del médico y en las tiendas. Antes de mudarnos a esta ciudad, cuando estábamos buscando casa, conocimos a una mujer como esta, con una autoridad demoledora. Cuando llamamos al timbre salió a abrir atropelladamente, vestida como una monja seglar y mirando a todas partes como loca. ¿Dónde están?, preguntó a gritos. ¿Quiénes?, dijimos, atónitos. ¡Los niños!, exclamó. *¿Dónde están los niños*? Yo tengo cinco, afirmó como si nada la mujer que estaba al lado de la cafetera. Ya verás que luego es más fácil. Me contó que su hija de ocho años estaba a punto de irse a Francia en un programa de intercambio. ¡Ah!, es muy pequeña para irse sola, señalé. ¿Cuánto tiempo va a estar? Un año, fue su indiferente respuesta. Así que una menos por la que preocuparse. Me miró con desasosiego. A eso me refiero cuando

digo que *se vuelve más fácil*. Vi que mi hija estaba sola en el centro de la sala. Parecía desorientada. La organizadora se puso a dar golpecitos con la cucharilla contra la taza de café. ¡Señoras!, llamó. ¡Señoras!, creo que es un buen momento para cantar un poco, ¿sí? Por primera vez me fijé en que había un hombre en el grupo. Llevaba gafas gruesas y el pelo de punta, como si se hubiera electrocutado. Estaba sentado, solo. Una niña regordeta se aferraba a sus rodillas en silencio.

Nos sentamos en las sillas, con los niños encima. La organizadora se colocó en el centro. Tenía en brazos un osito de peluche; no, según pensé al principio, como sucedáneo de un niño, sino como símbolo de liderazgo de las chicas exploradoras. Cantar me parecía una actividad demasiado íntima para compartir con personas a las que apenas conocía, pero al menos era preferible a la conversación. Empezamos con *Las ruedas del bus*, un himno al transporte público; todo el mundo menos yo se sabía tanto la letra como los movimientos de las manos con que se acompañaba. Después vino *Estrellita, dónde estás*. Esta la canté con alegría, y descubrí un sentido muy profundo y reconfortante en la candidez de la letra mientras estrujaba el cuerpecito cálido de mi hija. A veces, en momentos así, el mundo y ella se olvidaban de su pelea y se aliaban para darme la seguridad de que podía protegerla, abrazarla y cuidarla. Empezó a forcejear en mis brazos y la dejé en el suelo. Con determinación, fue derecha a quitarle el osito de la mano a la organizadora. Busqué con la mirada al hombre y vi que se había ido. ¿*Rema, rema*?, propuso la organizadora. El coro dio su aprobación. De esta me sabía la música, pero enseguida vi que la letra había cambiado.

Rema, rema, rema,
rema sin parar.
Si ves un cocodrilo
¡no te olvides de gritar!

La última línea terminaba con un grito colectivo, aunque no demasiado amenazante, para que los niños no se asustaran. Poco después nos marchamos de esa ciudad. El recuerdo de los meses que pasamos allí se borró muy deprisa, dejando el extraño sabor de un sueño. A pesar de que nunca llegó a aprenderse la canción de *Rema, rema*, a mi hija le encantaba el

grito final. Y aunque con su vocecilla de flauta le daba una alegría incongruente, me admiró su capacidad para captar la moraleja, el meollo de la cuestión. Cada vez que se la cantaba, ponía cara de felicidad, se acordaba y gritaba.

## Despedida al sueño

El día del cumpleaños de mi hija coincide con otro aniversario: hace un año que no duermo una noche sin interrupciones. Reflexiono sobre esta circunstancia como quien ha pasado un tiempo en el exilio por las maquinaciones de una burocracia impenetrable, con la continua promesa de que al día siguiente o a la semana siguiente recibiría el pasaporte, los billetes, los papeles que le permitirán volver a su país; porque desde hace un año todas las noches he creído sinceramente que recuperaría el sueño. Mis esperanzas se marchitan y se deshilachan. De noche tengo sed de intimidad y soledad, del oxígeno del pulmón del día. Y en vez de eso resulta que las horas de oscuridad son la desoladora consecuencia de las de luz, un solitario *continuum* en el que sigo de guardia, como el vigilante de un edificio cuando todo el mundo se ha marchado ya a casa.

Esto, estoy segura, no puede ser normal. Sospecho que algo me falla: la fuerza, la identidad, la intención. Recuerdo haber oído hablar, antes de ser madre, del fenómeno de las noches sin dormir, y recuerdo también haber sentido cómo se tensaban la juventud y la fuerza de voluntad ante este y otros ejemplos de tiranía infantil. Si alguna vez tengo un hijo, pensaba —espero no haberlo dicho—, no consentiré que me pase eso. Me asaltaba el extraño deseo de aniquilar los privilegios, de negar las exigencias de los niños, cuando oía hablar de cómo dominaban a sus padres; y ahora veo de vez en cuando la misma reacción en otras personas cuando cuento cómo son mis noches: veo en ellos el deseo primitivo de que me muestre implacable, de que rompa la creencia y por tanto las esperanzas, el optimismo, la estridente inocencia infantil. A lo mejor los niños esperan cosas que nosotros ya no nos atrevemos a esperar; o a lo mejor, en un plano muy profundo e indemostrable, tenemos la convicción de que nuestras largas y solitarias noches de infancia nunca fueron objeto de una atención tan cariñosa; de que, según recomendaba la literatura de la época, a nosotros nos dejaron llorar.

Recuerdo la noche en que el sueño me abandonó. Ocurrió en el hospital. No sospechaba nada. Horas antes había tenido una hija; recibí visitas y me trajeron flores. Oscureció. Eran alrededor de las diez y media, hora de dormir. Envolví a la niña

en mantas, como una nueva adquisición, como un regalo que abriría para mirarlo de nuevo por la mañana. Me dormí. Cuando me desperté, al cabo de un rato, caí en la cuenta con sincera sorpresa de que el persistente gemido que estaba molestando a toda la planta era «yo», como dice ahora la gente cuando suena su teléfono móvil. Mi nueva adquisición se había disparado a media noche como una alarma y no sabía cómo desconectarla. Los cuerpos en penumbra de las demás madres empezaron a moverse en sus camas como barcos amarrados en un puerto apacible despertados por el ruido de las olas. Entonces alguien protestó. En la misma planta, la noche anterior y en circunstancias similares, también yo había protestado. Ahora no protestaba. Por primera vez tomé conciencia del incómodo foco de la responsabilidad, su ofensivo resplandor en la oscuridad, y desde entonces no he vuelto a cerrar los ojos sin la sospecha de que al volver a abrirlos vería la misma luz, que no es la ansiada luz del día, sino más bien una aparición, un espectro, un llamamiento al mundo secreto y sin ley de la noche. El sueño, como un oso enorme, un cálido, suave y celoso guardián del inconsciente, se había dado media vuelta con un bostezo y se había ido a otra parte, sin intención aparente de regresar nunca. He puesto osos en la cuna de mi hija, entre otras cosas, como para insinuar que sé algo que ella no sabe sobre la comodidad, la seguridad y el sueño, pero sus ojos vidriosos e indiferentes son ciegos a nuestros dramas nocturnos. Sin la consagración del sueño, la oscuridad se rearma con todo su terror mítico. No puedo fingir que no lo siento también yo, que ahora me asombraría que mi hija se durmiera entre estos siniestros abismos que separan los días, porque el miedo que le inspiran ha reavivado el mío. El descanso se ha ido de nuestra casa, y no sé cómo ni de dónde traerlo.

En los primeros meses de vida de mi hija acusé el cansancio como un golpe físico. La actividad, sin la oportunidad de interrumpirse de noche, parecía un arnés que me oprimía el pecho cada vez más, que desviaba mis tensiones naturales y las acorralaba en un único, inmenso y explosivo punto de fatiga. Por la mañana me sentaba en la cama, con el dormitorio escorado a mi alrededor, como borracho, y me llevaba una

mano a la cara, buscando algún indicio de desfiguración: una ceja, quizá, caída en la mejilla; una oreja trastornada y alojada en la frente; o una sutura abierta como una boca en la base del cráneo. A veces el día era como un lodazal que debía atravesar arduamente y el aire, un pegamento irrespirable; otras, como una nube que suelta amarras y surca el cielo a una velocidad vertiginosa, sin ofrecerme nunca un punto de apoyo. Una o dos veces la niña durmió cinco o seis horas seguidas, y me levanté como si me hubieran dado un puñetazo. Empecé a hablar con un curioso tartamudeo y en varias ocasiones a lo largo del día me llevé una mano a la boca para asegurarme de que no tenía la lengua colgando.

La diferencia entre el día y la noche se diluyó progresivamente hasta desaparecer por completo y fui presa de fantasías y alucinaciones; recordaba conversaciones que no habían ocurrido, veía criaturas extrañas por la ventana y en los rincones, y tenía en la cabeza un zumbido de actividad constante, infernal y remoto, como si alguien se hubiera dejado la televisión encendida en la habitación de al lado. De noche empecé a recibir una visita particularmente siniestra: un segundo bebé vino a poblar mis sueños, y era tan exigente en sus cuidados que no me dejaba tiempo para mi hija. Este segundo bebé lloraba y yo le daba comer, y cuando mi hija se ponía a llorar yo comunicaba al mundo con voz ronca, en la oscuridad, que no podía darle de comer porque estaba ocupada con el otro bebé. Entonces me despertaba, convencida de que lo había aplastado y asfixiado, o lo buscaba desesperadamente con la mano por el suelo, alrededor de la cama, segura de que se había caído, mientras la niña de carne y hueso dormía en su cuna.

Con el tiempo este complicado fantasma se esfumó y las turbias noches cobraron poco a poco una claridad insomne. Notaba como arena en las entrañas y los nervios de punta. La niña seguía despertándose tres o cuatro veces todas las noches, y yo siempre estaba ahí para atenderla, preparada y alerta como un soldado. Al parecer ya no dormía en esos intervalos: simplemente descansaba en silencio como un personaje legendario, itinerante e intrépido, que está lejos de casa. Las

reservas de sueño acumuladas a lo largo de mi vida se agotaron. Vivía de aire y de adrenalina. Por mis venas corría mercurio. No sabía si este fantasma terco y marchito, aislado de su pasado humano desde hacía tanto tiempo, era en realidad el enigmático desconocido que recorre el mundo de la infancia envuelto en el misterio: una madre o un padre.

La lección del sueño es una lección de soledad. En *Jane Eyre*, la novela de Charlotte Brontë, la tía Reed, una mujer cruel, encierra a Jane en la Habitación Roja una noche cuando es pequeña con una única lección en mente: el afán de enseñarle que es huérfana y de recordarle que no debe pensar que alguien la quiere. Encerrada con una vela en aquella cámara fantasmagórica, Jane aprende enseguida la lección, pero su terror no tarda en superar a este triste descubrimiento. Sola, en la oscuridad, empieza a pensar en la muerte. Sospecha que su tío Reed murió en esa misma habitación. Desesperada de terror, tiene un encuentro, alucinatorio o real, con un fantasma. Grita, llora y aporrea la puerta para que la dejen salir, hasta que por fin vienen los criados.

> —Ha gritado a propósito —aseguró la señorita Abbot con cierto malestar—. ¡Y qué gritos! Si le doliera algo se lo habríamos disculpado, pero solo quería obligarnos a todos a venir. Ya me conozco sus trucos de niña malcriada.

La tía Reed exige que lleven a Jane otra vez a la habitación y la encierren con llave. Y señala:

> —Aborrezco el engaño, sobre todo en los niños. Tengo la obligación de enseñarte que con trucos no se consigue nada. Ahora te quedarás aquí una hora más, y solo si prometes obediencia y silencio total te dejaré salir.

Jane se desmaya de miedo. Cuando por fin vuelve en sí está delirando y muy enferma.

Mucho después, cuando regresa para cuidar de la tía Reed en su lecho de muerte, esta experiencia sigue viva en su memoria. En los años transcurridos desde entonces ha aprendido que la noche es el lugar en el que se revela la verdad; lo contrario del día, el disimulador. Es de noche cuando las niñas mueren de hambre y abandono en un internado; cuando las esposas secretas y locas merodean por los pasillos; cuando

las personas sin familia y sin hogar suplican en vano la piedad humana. Jane ha lidiado con la noche, y en el combate se ha vuelto formidable.

«Tomé la determinación de someterme a ella —dice de su tía agonizante una noche que pasa sentada al lado de su cama —, de ser su criada, a pesar de su carácter y su mala fe.» La tía Reed empieza a desvariar. Pregunta qué ha sido de Jane Eyre.

—¿Qué hicieron con ella en Lowood? Allí estalló la fiebre y muchas alumnas murieron. Jane no murió, pero yo dije que sí… ¡Ojalá hubiera muerto!

—¡Qué deseo tan extraño, señora Reed! ¿Por qué la odia tanto?

La tía Reed responde que tenía celos. Su difunto marido quería mucho a Jane, la huerfanita, a pesar de que «se pasaba la noche llorando en la cuna… No berreando a grito pelado, como otros niños, sino lloriqueando y gimoteando». Le prometió a su marido, cuando este murió, que cuidaría de la niña, y rompió su promesa. Jane tiene la grandeza de perdonar a su tía, pero la mujer la odia tanto que no acepta el perdón. Muere esa misma noche. A la mañana siguiente, Jane y Eliza, la hija de Reed, van a presentar sus respetos al cadáver. «Ninguna de las dos —señala Jane cuando se retiran— había vertido una sola lágrima.» No sé si estaré construyendo una fortaleza contra los conceptos del abandono y la indefensión. Son conceptos que únicamente yo recreo y refuto. De noche me obsesiona la separación física de mi hija, y tan pronto me veo tentada de ocultarlo como de pregonarlo. La incertidumbre que me causa nuestra respectiva individualidad se gesta en esta división entre el día y la noche. Me pregunto si mi hija se ha percatado de que en una mitad de su vida se la alimenta, admira, sirve y adora, se juega con ella y se la colma de atenciones, mientras que en la otra se la deja sola en la oscuridad. De día se responde a su llanto con enérgica diligencia, incluso con prisa. De noche, aun cuando consiga que el ruido que hace suene exactamente como si hubiera metido la cabeza entre los barrotes de la cuna y se estuviera estrangulando poco a poco, cada vez le hacen menos caso.

La vida secreta de sus padres, como la de los amantes, es nocturna y efervescente; está llena de promesas y extraños

pactos, de peleas y reconciliaciones, tanto violentas como nimias. La búsqueda de los límites del amor, enseguida queda claro, es indiferenciable de la búsqueda de los límites de nuestro aislamiento. En este sentido, la noche se extiende ante el hecho de verse a solas como un campo verde ante la mirada del promotor inmobiliario: su prístino vacío es una invitación a construir y expoliar. La niña aprende muy pronto a cuestionar la ortodoxia de la oscuridad, a manifestar que le ofende la idea de que la emoción debe ceñirse a las horas del día. Intento recordar cuándo y cómo he aceptado yo esta convención, y tengo la sospecha de que ha sido muy recientemente, puede que cuando se me ocurrió transmitírsela a mi hija, como tantas otras representaciones del mundo ligeramente falsas. Las noches sin dormir se alargan en mi recuerdo como una aterradora avenida en la que me encuentro completamente sola: noches en las que tenía miedo, pero no me atrevía a molestar a mis padres, y más adelante, noches en las que no era feliz y no me atrevía a molestar al causante de mi infelicidad; o me atrevía y descubría entonces que el final del amor es negarse a dejar que el ser amado duerma. Es un método que se emplea también en los campos de tortura, según se empeñarán en explicar a los novatos otros padres veteranos; un relato apócrifo que normalmente se narra como un SOS, una llamada de socorro urgente desde el campo de tortura doméstico, a cuya realidad el mundo libre muestra una absoluta indiferencia. Quiero que mi hija aprenda que la gente se enfría y se aleja si no la dejas en paz, que la confianza se destruye cuando se busca con mayor desesperación; y al mismo tiempo, quiero remodelar para ella esta horrible verdad, volverla falsa. A veces, mi capacidad de amarla se parece al poder de transformar el mal en bien, de transformar la noche en día.

Conozco a una mujer y me cuenta que sus hijos, que ya son mayores y se han ido de casa, nunca dormían de noche. Su marido y ella se turnaban para levantarse, noche tras noche, y ponerse a jugar hasta que se cansaran y tuvieran ganas de volver a la cama. La verdad es que siguen sin dormir mucho, añade. Su hijo se queda hasta muy tarde escuchando música, como único inquilino de estas horas solitarias. Entiendo de

pronto que el sueño es algo que se aprende, como los buenos modales en la mesa. Afortunadamente, hay libros sobre el tema. Muchos son obra de médicos y terapeutas, y están llenos de casos clínicos que disfruto con el placer de un *voyeur*: una mujer que se pasaba horas sentada junto a la cuna de su hijo tocando un tambor; una niña de más de un año que se tomaba un biberón de leche entero cada dos horas y cuyos padres dejaban una fila de biberones preparados en la repisa de la ventana cada noche para dárselos automáticamente en los intervalos correspondientes; un niño que solamente podía acostarse si sus padres estaban sentados en el sofá, viendo la tele, y los obligaba a salir de la cama y encender el televisor cada vez que se despertaba a lo largo de la noche. En *Cómo evitar el insomnio infantil*, el doctor Richard Ferber cuenta el caso de Betsy, una niña de diez meses:

> Por la noche, el padre o la madre tenían que acunar a Betsy y acariciarle la espalda hasta que se quedara dormida, en lo que normalmente tardaba veinte minutos. Decían que era como si Betsy intentara seguir despierta en vez de permitirse dormir. Empezaba a adormilarse y de repente abría los ojos y lo miraba todo antes de dar otra cabezadita. Los padres no podían dejarla en la cuna hasta que llevara quince minutos profundamente dormida, porque se despertaba y se ponía a llorar. Era difícil saber cuándo estaba bien dormida para dejarla en la cuna sin peligro. Si su padre o su madre se levantaban de la mecedora demasiado pronto, Betsy podía despertarse, y otra vez tenían que empezar desde cero… Entre las doce de la noche y las cuatro de la madrugada la niña se despertaba varias veces. Siempre lloraba con ganas y no se tranquilizaba sola. Aparentemente no le dolía nada, y cuando su madre o su padre iban a por ella, la cogían en brazos y empezaban a acunarla, se tranquilizaba y se dormía enseguida… Una vez, por sugerencia del médico, decidieron dejarla llorar hasta que se quedara dormida ella sola. Al cabo de hora y media, viendo que cada vez lloraba más, los padres llegaron a la conclusión de que eso era una crueldad.
>
> Siento cierta simpatía por los padres de Betsy, no por ella.

Su historia me confirma que, en alguna parte, entre las clamorosas filas de quienes aseguran que o bien nunca han dejado llorar a sus hijos o que lo han permitido siempre, existe una confederación, a la que pertenezco, de idiotas con dudas. Cae la noche como una tempestad sobre un mar desolado por el que navegamos en un barco sin patrón, desplegando sucesivamente medidas drásticas y sentimentales. Somos heroicos y crueles, autoritarios y serviles; nos aferramos a intuiciones, inspiraciones y rituales extraños en ausencia de una comprensión exacta de lo que hacemos o de cómo tendríamos que hacerlo. Una amiga se queda a dormir en casa y por la mañana, despacio y con incredulidad, asoma la cabeza por la puerta de nuestro dormitorio. Desde que la vimos, la noche anterior, hemos corrido varios maratones, negociado el Tratado de Maastricht y extinguido incendios forestales. Nuestra hija está ahora sentada en nuestra cama, entre nuestros cuerpos molidos, como un triunfante Napoleón en miniatura, blandiendo su sonajero en señal de victoria. Mi amiga ha oído alguna de nuestras aventuras nocturnas y se va con la impresión, casi cierta, de que nadie ha pegado ojo. Tenéis que hacer algo, dice. Os estáis buscando la ruina. Me asaltan las ganas de llorar y confesar; necesito un abrazo imparcial y terapéutico. De pronto tengo la sensación de que estoy traumatizada. Desde hace un año me he ido a la cama todas las noches como quien lo hace sabiendo que la puerta principal está abierta de par en par, que hay algo en el horno, que el despertador está programado para sonar cada hora hasta el amanecer y cada vez que suene hay que idear un nuevo método para silenciarlo. Me he ido a la cama como otros se levantan para ir a trabajar, alerta, en tensión y pertrechados para la batalla.

Consulto con el doctor Ferber y me asegura que en todos sus años de práctica jamás ha conocido a un niño que no pudiera convertirse en un campeón del sueño, salvo aquellos con problemas graves. Hago un alto en la lectura y pienso en estos niños y sus padres. El doctor Ferber ha tenido la inteligencia de nombrarlos con desenfado. Sigo leyendo y comprendo que mi experiencia no es un trauma, sino una simple incomodidad. No administre sedantes a su hijo, añade el doctor

Ferber; a la larga los fármacos solo empeoran el problema. Lo cierto es que no he considerado esta posibilidad. Ahora la considero. Está claro que el doctor Ferber cree que los problemas de sueño de los niños son culpa de sus padres. Les dejan llorar, dice, *pero no les dejan dormirse*. Me aplasto mentalmente a mí misma como se aplasta a una mosca impertinente que no te deja dormir. Reconozco que la batalla del sueño, efectivamente, se libra en la frontera más lejana de lo que un padre o una madre son capaces de tolerar. Los autores de *Mi hijo no quiere dormir* coinciden en esta teoría: la decisión de los padres de resolver el problema, afirman, normalmente basta para resolver el problema. Empiezo a imaginarme a mi hija como un curioso íncubo, una reproducción en carne y hueso y a pequeña escala de mis propias pesadillas. Veo que tengo que expulsarla de mis sueños, pero ¿cómo?

El doctor Ferber no cree estrictamente en la conveniencia de dejar llorar a los niños. Dejarlos llorar, dice, solo sirve para que lloren más. Empieza a intrigarme la complejidad del doctor Ferber. Un poco de llanto es inevitable, añade. Al principio las expectativas del bebé se van a ver frustradas, y eso le hará llorar más, pero no tardará en darse cuenta de que la cosa va en serio. Lo que sugiere es que la niña verá que hemos tomado una decisión y la aceptará, en lugar de denunciarnos a las autoridades. Ahora bien, ¿qué decisión vamos a tomar? Se me invita a pasar a la página setenta y cuatro para revisar el horario del doctor Ferber. Se compone de columnas numéricas en las que se especifican rigurosamente los intervalos en los que está permitido acercarse un momento a ver al bebé mientras llora. Se me va la vista a la otra página, donde se ofrece otro horario con columnas numéricas titulado: «Cómo ayudar al bebé a quedarse en la cama: cuántos minutos se puede dejar la puerta cerrada si el bebé no quiere quedarse en la cama». Vuelvo, nerviosa, al primer horario. Nuestro objetivo, se me indica en una nota al pie, es dejar al bebé en la cuna toda la noche sin mimos, es decir, sin acunarlo, acariciarlo o darle el biberón; y también sin violentos arrebatos de ira por mi parte, sin darle a entender que hemos salido o que nos hemos ido de vacaciones. Cuando pase un momento a verlo mientras llora, propone

Ferber, anímelo a no perder la esperanza y a tomar una decisión: la decisión de que es preferible dormirse a que alguien entre en tu habitación cada siete minutos, te mire con cara de tragedia muda y se vaya. *Mi hijo no quiere dormir* recomienda un procedimiento similar al que dan el nombre de «supervisión». La supervisión está más orientada a los padres que «las visitas al cuarto del bebé», y su objetivo es comprobar que el origen del llanto no es un malestar físico o que no hay un vecino desesperado trepando para entrar por la ventana con la intención de asesinar al bebé. Pero la ciencia superior de la «supervisión» reside en que los intervalos de visita se alarguen progresivamente cuanto más llore el bebé. De este modo es imposible que se salga con la suya. El doctor Ferber nos facilita una tabla para rellenarla con la pauta de sueño que sigue el bebé, para entretenerte mientras esperas.

Solo es media tarde, pero relleno inmediatamente la tabla en un arranque de autocompasión. Tengo que sombrear las casillas correspondientes a las horas que la niña pasa durmiento y dejar en blanco las horas que está despierta o llorando. Al final, la tabla se parece al teclado de un piano o a un cementerio. A continuación, Ferber analiza detalladamente el caso de una mujer que, por insistencia de su marido, se levantaba a dar el pecho al bebé varias veces a lo largo de la noche, porque no había otra forma de que volviera a dormirse. La mujer no tardó en desvincularse afectivamente tanto del marido como del bebé, aunque tuvo la sensatez de consultar con el doctor Ferber antes de irse con sus pechos a otra parte. Me doy cuenta de que soy demasiado orgullosa para seguir los consejos del doctor Ferber al pie de la letra, pero una noche pruebo una aproximación. Mi hija me engaña y devora con desprecio, de un bocado, los primeros intervalos entre visitas. ¿Ocho minutos? ¿Trece? ¿Es que te has creído que soy un pollo?, vocifera. Pasan treinta y cinco minutos. Estamos en la cama, a oscuras, con los brazos cruzados sobre el pecho, como cortesanos en un sepulcro. En la habitación de al lado, nuestra hija berrea, se desgañita y se ahoga: parece que pasa varios minutos seguidos sin respirar. Pienso que podría estar enferma. Estoy segura de detectar una nota de sufrimiento en su llanto,

un sonido lastimero entre los fuertes acordes de indignación. Creo que le pasa algo, digo, y me levanto de un salto. Un momento después la niña está en nuestra cama, chupeteando una cucharada de medicamento y riéndose. La noche siguiente volvemos a intentarlo. Se me ha endurecido el corazón. Hago una visita somera, fría, y salgo de la habitación de mi hija empujada por intensas ráfagas de furia infantil. A las dos de la madrugada se ha salido de las tablas del doctor Ferber y ha tenido un episodio de llanto de tres cuartos de hora sin interrupción; mucho más del máximo que concibe el plan de Ferber. Nos asalta la certeza de que estamos solos y en territorio sin cartografiar; un territorio por el que el buen doctor no se aventura; un territorio habitado por las quimeras de la crueldad, el maltrato infantil, incluso los daños cerebrales relacionados con el llanto. Misteriosamente, el llanto se interrumpe. Aguzo el oído y distingo entonces el ruido más suave y paroxístico de los sollozos. Una sensación de culpa y un presentimiento aterrador me hacen salir disparada a la habitación de mi hija, y me la encuentro de pie, aunque aparentemente dormida, con el cuerpo apretado contra la cuna, los puños agarrados a los barrotes y la carita encajada en un hueco. Se le escapan un sollozo y un suspiro convulsivos. Libero el cuerpo con cuidado, lo acuesto y lo envuelvo en las mantas con la misma angustia que si lo estuviera enterrando.

Vuelvo a la cama. La casa oscura rezuma silencio. Es un silencio que tengo la sensación de haber comprado brutalmente, de forma ilegal, como una muerte por encargo. Recuerdo haber leído en alguna parte que en las sociedades primitivas duermen todos juntos, amontonados con los bebés; puede que alrededor del fuego encendido para ahuyentar a los animales. No se sientan a la puerta de los dormitorios de sus hijos a las tres de la mañana con un cronómetro y un manual de cuidado infantil. Sé que, a pesar de sus antiguas asociaciones con la pobreza y el incesto, el colecho, que así se llama, es una religión que se profesa con fervor fanático en ciertos círculos sociales y en camas enormes. En esta remota región de la noche reflexiono con culpabilidad sobre la filosofía del colecho. Revivo la llantina de mi hija y detecto ahora en ella cierta justicia, como si

hubiera subido al patíbulo proclamando su inocencia. ¡Se supone que no tenemos que dormir solos, en habitaciones separadas!, proclama. *¡En las sociedades primitivas duermen todos juntos alrededor de un agradable fuego, con los animales!* Poner en duda la proposición básica de que el sueño se produce en camas separadas y habitaciones separadas equivale a poner en duda la honradez de la policía o si los médicos saben lo que hacen. El color del mundo cambia. Se nos revela una abrumadora y desconocida esfera de esfuerzo, discernimiento y decisión.

A pesar de todo, no paro de dar vueltas en la cama, cada vez más segura de que he hecho algo horrible. Sopeso despertar a mi hija para ofrecerle alguna reparación. Pasan una o dos horas. Oigo un ruido en la habitación de la niña, al principio esporádico y luego persistente, que se abre camino hasta mis desgarradoras cavilaciones. Un rumor, un crujido y un trompazo. Una risa de alegría, como de alguien en una fiesta. Me levanto sigilosamente y entro. En la oscuridad distingo una forma curiosa en la cuna de la niña, una especie de pirámide de mantas. Se inclina muy despacio hacia un lado, con un silbido, y cae en el colchón con un trompazo. Más risa solitaria. Por debajo de las mantas, la niña vuelve a levantar el trasero en el aire, apoyándose en las manos y los pies para formar un triángulo humano. Otro trompazo. Vuelvo a mi dormitorio, desconcertada y algo temerosa. Hasta ahora he sorteado un año de noches únicamente con ayuda de dos mecanismos emocionales: el miedo y el remordimiento. Esta situación es nueva, no encaja en ninguna de las dos categorías. La niña no llora, no está triste, no me está pidiendo nada de nada; pero a pesar de su autosuficiencia, lo extraño de su comportamiento consigue provocarme y preocuparme, a la vez que, de acuerdo con las reglas de nuestra guerra del sueño, me priva del derecho a intervenir. Parece que hubiera alcanzado una comprensión precoz de la naturaleza de la adolescencia.

«Cuando un hombre está dormido —escribe Proust en *Por el camino de Swann*—, lleva enrollada alrededor la cadena de las horas, la secuencia de los años, el orden de los cuerpos celestiales.» ¿Es posible violar la geografía del propio ser de tal forma que deje de ser posible localizarse a uno mismo en el

mapa del tiempo? No dormir es no dar descanso a tu creación, vivir atrapado en una eterna esfera de actividad. De todos modos, ¿qué es el sueño que recuerdo, el sueño del pasado, sino un idilio anticuado como un pueblecito alpino? Puede que nunca haya existido, aun cuando me obsesione la idea de recuperarlo, el recuerdo cierto del sabor de sus horas vacías. Sin él, la noche a la intemperie es larga y desolada, inclemente como una montaña; o ajetreada y frenética como un letrero de neón que produce dolor de cabeza, como una estación de servicio en la autopista, abierta a cualquier hora. Antes soñaba con que el sueño me acogiera; ahora sueño con que acoja a mi hija. Es como si hubiera perdido la esperanza de dormir o temiera llevarme una decepción, y en todo caso parece haberse convertido para mí en un lugar maldito. Me despiertan los fantasmas del llanto de mi hija, que aún conservan su antiguo horario. A veces, cuando no consigo dormir, ella también se despierta y llora, como si le hubiera dado yo la idea. Normalmente sospecho que es así. Pero la mayor parte de las noches me sigo levantando para verla una vez como mínimo; mientras que en esas otras vigilias silenciosas me siento retenida, como un criado viejo y fiel que no tiene adónde ir y a quien se le permite conservar sus costumbres donde antes trabajaba. Me gustaría que mi hija durmiera. Yo me conformo con esperar a que amanezca. «Encendería una cerilla para mirar el reloj», añade Proust:

> Cerca de medianoche. La hora a la que un inválido que se ha visto obligado a emprender un viaje y dormir en un hotel extraño, despertado por un espasmo repentino, ve con alegría y consuelo un rayo de luz del día que asoma por debajo de la puerta. «¡Gracias a Dios, ha amanecido!» Los criados llegarán de un momento a otro: puede llamar y alguien vendrá a atenderlo. La idea de estar a salvo le da fuerzas para soportar el dolor. Está seguro de haber oído pasos: se acercan y se pierden a continuación. El rayo de luz que entra por debajo de la puerta se ha apagado. Es medianoche. Sencillamente, alguien ha apagado la luz. El último criado se ha ido a la cama y el inválido pasará la noche sufriendo sin remedio.

## Respira

Mi amiga Miranda me contó que se pasa la noche despierta, oyendo respirar a su hijo. Alexander, el hijo de Miranda, es tres semanas mayor que mi hija. Tiene la cabeza grande y blanca, y la cara pequeña, con los rasgos bien definidos. La frente es enorme, como un mar en un globo terráqueo que aleja sus orillas del detalle de las cejas para encontrar el Polo Norte de su gorro de pelo fino. Es un niño voluble, que gesticula mucho con los brazos, como si conversara entusiasmado en un idioma que no entiendo. Cuando nos quedamos embarazadas pensé que Miranda y yo estábamos juntas en el embarazo, que en cierto modo lo estábamos haciendo juntas, pero luego resultó que no. Cuando hablé con ella después de que naciera Alexander supe inmediatamente que las cosas no serían así. Terminada la conspiración del embarazo, la llegada del bebé casi equivale a una traición. Su marido la llamó y Miranda tardó tanto en volver que me quedó muy claro que se había ido muy lejos, sola, y había vuelto cambiada. No sabía qué pensar, pero se me ocurrió que a lo mejor era eso lo que había pasado. Me habló del parto con pelos y señales, y del niño, y tuve la sensación de que me lo contaba igual que a todo el mundo. Y tú ¿cómo estás?, preguntó al final. Lo dijo en un tono que me hizo sentir incómoda, como quien siente lástima de alguien que está solo en una fiesta. Parecía como si la hubieran seleccionado para algo importante, como si la hubieran escogido a ella en vez de a mí. De todos modos, sigo llamándola por teléfono casi todas las semanas, tanto si pienso que quiere hablar conmigo como si no. Me basta con la fuerza del vínculo de la difícil situación que compartimos. Como inmigrantes que vienen de la misma isla remota y diminuta, tengo la sensación de que estamos atadas la una a la otra.

Cuando me lo contó casi estuve a punto de preguntarle por qué hacía eso, tan extraña me resultó al principio la idea de que se quedara escuchando la respiración de Alexander. De noche, a veces me tapo la cabeza con la almohada para no oír el ruido que hace mi hija, el tortuoso relato de su respiración, los desconcertantes gritos y gemidos que pueblan su existencia nocturna, las pausas. Si no hago eso no puedo dormir. Por algún

motivo me imagino que la respiración de Alexander es más regular, que tiene el enérgico soplido de un fuelle: adentro y afuera, adentro y afuera, y a Miranda a su lado, en la oscuridad, alerta como el monitor de un hospital y dispuesta a saltar como una alarma si la respiración se detiene. No era mi intención ridiculizar el temor de Miranda, solo que el mío era tan nuevo, burdo y crudo que lo abarcaba todo. La forma y el olor de Alexander, su ser, no despertaban mi amor. Únicamente podía entender la vigilancia de Miranda si la traducía a la lengua de mi propia maternidad.

Me dijo que se pasaba las horas despierta, registrando las respiraciones, acumulándolas, y que solo cuando el niño empezaba a despertarse, a balbucear, incitado por el hambre, también ella, por fin, habiéndolo guiado en su trayectoria inerte, podía entregarse al sueño. El momento no era el más oportuno, porque justo entonces tenía que levantarse a darle el pecho. La visión de la vida de Miranda que esto me sugirió fue la de un mar inmenso e imposible de atravesar. Me había imaginado que nadie podía estar tan cansada como yo, tan herida por la violencia infligida a sus noches. Pero ¿cuándo duermes?, le pregunté. *Dormir*, repitió, con una voz rara. El sueño se ha acabado. El sueño está tan pasado de moda como las hombreras. Como estábamos hablando por teléfono no le veía la cara. Me habría gustado ver qué cara ponía y si lo que decía era verdad. Ver si había desatendido su belleza, que tanto se esmeraba en cuidar. A mí me decían que tenía buen aspecto, pero yo me sentía interrumpida, infectada como un microchip por el ataque de un virus.

¿Qué crees que puede pasar?, le pregunté. ¿Crees que puede dejar de respirar? Había oído hablar de gente que se pasaba el día y la noche corriendo a la cuna de sus hijos para comprobar que estaban vivos, pero yo nunca había tenido este impulso. Aceptaba el sueño de mi hija a la fuerza, como un regalo deseado, aunque quien me lo hacía estuviera cometiendo cohecho. Sé que es absurdo, dijo Miranda. Y me imaginé a esa otra gente diciendo exactamente lo mismo, pero aun así acrecentó en mí la sensación de que me faltaba algo: algo esencial, cierta capacidad de deducción. No se me había

ocurrido investigar la burocracia de la respiración. Lo di por hecho y confié en que mi hija hiciera lo mismo. Bueno, le dije a Miranda, seguro que es capaz de respirar. Tiene que ser capaz de respirar sin ayuda. Lo dije de una manera que me recordó a una persona conservadora y destructiva, una persona que no me gustaba. Ya lo sé, contestó Miranda. Entonces reconoció que había leído un libro sobre bebés que habían muerto mientras dormían, que se habían parado de repente, como un reloj sin cuerda, y nadie sabía explicar por qué, y ahora ya no podía pensar en otra cosa.

Que reconociera esto no me sorprendió. Simplemente dio sustancia a la sensación que me había causado Miranda las últimas semanas: la de que era como el personaje de un libro, de un libro de texto, de un manual; un libro como los que yo había empezado a leer desde que tener a mi hija me proporcionó, por primera vez, una experiencia aparentemente normal y al mismo tiempo ininteligible por completo. Lo cierto es que a Miranda parecía ocurrirle todo lo que se decía en estos libros. Su vida estaba en sintonía con ellos, mientras que la mía no. Las cosas que decía Miranda se mezclaban cada vez más en mi cabeza con los supuestos comentarios de las madres que tanto abundan en estos libros. *Creía que necesitaría anestesia en el parto, pero cuando llegó el momento los ejercicios de respiración que me habían enseñado en las clases de preparación al parto fueron suficientes*. O: *Los primeros días era difícil darle el pecho, pero ¡luego nos encantaba a los dos*! O: *Hacer el amor al principio nos costaba, pero una vez que le cogimos el tranquillo se volvió incluso mejor que antes*. Había algo, incluso en la vulnerabilidad de Miranda, en su miedo, que me parecía oficial, impuesto, mientras que mis angustias huían de la luz y temían su revelación. Aun así, había leído lo suficiente para poder seguir esta conversación y otras por el estilo.

A Alexander no le va a pasar eso, dije. Ya lo sé, asintió Miranda. Es muy muy raro, añadí. *Ya lo sé*, gimoteó Miranda. ¡Es que no puedo quietarme la imagen de la cabeza! Resultó que el libro en cuestión lo había escrito una mujer que, una mañana, se encontró a su hijo de cuatro meses muerto en la cuna. La «imagen» en realidad eran muchas imágenes: la de la belleza de

la mañana de verano en que encontró al niño muerto, la del cuerpecito rígido levantándose completamente del colchón cuando la madre le tiró del brazo, la del biberón de leche cortada en el calienta biberones horas después, cuando la muerte del pequeño ya era un hecho y su vida, un recuerdo. Claro que, explicó Miranda, a ese niño lo dejaron en una habitación solo, durmiendo boca abajo, una noche de mucho calor. Y le daban biberón, añadió. ¿Eso qué tiene que ver?, pregunté. Bueno, ahora creen que dar el pecho puede proteger contra la muerte súbita. Señalé que mi hija dormía boca abajo, con las piernas encogidas debajo del cuerpo y la barbilla en contacto con la rotación de la tierra: en la postura elemental y pegajosa de lo que está creciendo. ¿Duerme así?, preguntó Miranda con asombrada cortesía.

Poco después de esa conversación Miranda vino a verme con Alexander. O a lo mejor no venía a verme a mí: a lo mejor vino porque se sintió obligada, porque yo había hecho el viaje hasta su casa varias veces con mi hija y ella no había venido ni una sola vez, porque a pesar de su silencio yo seguía llamándola por teléfono, invitándola a venir. Y así, un día por fin se decidió a venir, y cuando llegó a mi casa, orgullosa y con la tranquilidad de haber subido a un autobús y haber cruzado la ciudad sin incidentes, sin que Alexander hubiera llorado, se hubiera ensuciado el pañal o hubiera explotado como una bomba en un espacio público, como ella al parecer esperaba, comprendí que no era que despreciara mi compañía, sino que tenía miedo: de la ciudad, del ruido y del aire contaminado; de sus peligros, de verse envuelta en su impredecibilidad; y de Alexander, de lo que pudiera hacer si lo sacaba de los límites de su casa, de su control, del mundo familiar de los cuidados. Vi que tenía un dominio del bebé rudimentario y superficial. Como si fuera una máquina complicada que nadie le había enseñado a manejar, al ver que el niño reaccionaba a ciertas cosas que ella hacía sin saber en realidad por qué, Miranda se ceñía a estas cosas y no se atrevía a probar nada más. Lo cierto es que yo sentía el mismo temor por mi hija, pero en mí provocaba cierta violencia, me llevaba a embarcarme con ella en largos viajes en metro o en tren, llevarla a fiestas o de acampada. Siempre me

sentía fatal en esas ocasiones, agarrotada por la responsabilidad y la preocupación, aprensiva hasta el punto de que se me olvidaba respirar. Empezaba a dolerme la cabeza, me entraba un dolor en el pecho, y entonces me acordaba de respirar y tomaba bocanadas de aire que me quemaban la garganta y me escaldaban los pulmones secos al abrirse las compuertas. En esos momentos era como si hubiera dejado de vivir por estar tan absorta cuidando de otra persona.

Alexander se pasó toda la tarde protestando y gimoteando. Miranda dijo que era por la dentición, porque necesitaba su siesta, porque estaba en un ambiente extraño. A mí no me molestaba. Ella no paraba de enchufarlo al pecho y desenchufarlo bruscamente, le dejaba las piernas colgando y le descolocaba la ropa alrededor del cuerpo regordete. En la pelea, a Alexander se le salía la leche de la boca y manchaba a su madre, que se frotaba con su gorrito de punto. No te seques con eso, le dije. Te traigo un trapo. Me ofrecí a coger al niño en brazos, para que Miranda se relajara, y me lo dio como si no tuviera más remedio, por cortesía. Me resultó raro: pesaba mucho más que mi hija y tenía un olor distinto. Noté una tensión enorme en su cuerpo descoordinado y fuerte. Forcejear con él era como tratar de rescatar a alguien que se está ahogando. Estaba tan acostumbrada a tener a mi hija en brazos que casi me pareció estar cometiendo una infidelidad. Mientras, Miranda y yo hablábamos. Ella estaba de acuerdo con todo lo que yo decía, y eso me incitaba a seguir hablando. Señalé que todo era muy difícil, me lamenté de la anarquía de las noches y de la niebla de los días, de la falta de amigos, del exilio del pasado y de la exclusión, de la tiranía muda de los bebés y de la extraña y obsesiva tarea de pasarse el día a solas con ellos, de mi sensación de claustrofobia, mi sensación de estar encerrada en una caja, de que no podía respirar. Es verdad, es verdad, murmuraba Miranda, y asentía vagamente con la cabeza. Llegó un momento en que me dio la impresión de que no me escuchaba, y justo entonces observó: Pero también es estupendo. No te olvides de todas las cosas buenas. Aunque lo dijo con mucha firmeza, al principio yo no entendí a qué se refería. Una vez más fue como si estuviera leyendo uno de esos

manuales. Estuve a punto de decir: no hay nada bueno. Miranda tenía en brazos a Alexander, que estaba muy tranquilo porque su madre le estaba dando el pecho otra vez. No supe si lo decía porque pensaba que era lo que había que decir. Me quedé con las ganas de preguntarle cuáles eran las cosas buenas. Se marchó diciendo que lo había pasado muy bien, que había sido todo un logro salir de casa, y la creí.

Un día, en la librería, encontré el libro del que me había hablado Miranda. Mi hija se había quedado dormida en el carrito, así que lo aparqué al lado de la estantería y me puse a leer unas páginas. Leí deprisa, saltándome capítulos, zambulléndome cuando tenía la sensación de que iba a pasar algo importante. Me detuve a observar las fotos. El bebé parecía mayor de lo que me esperaba, más fuerte. No me podía creer que hubiera muerto. Tampoco podía creerme que Miranda hubiera comprado un libro tan macabro y sentimental. Cuando llegué a la mañana en que la madre encuentra a su hijo muerto, se me llenaron brutal y dolorosamente los ojos de lágrimas. Me quité las gafas para secármelas. La autora describía el momento en que cogió el cuerpecito rígido y con los brazos en cruz, y me entraron ganas de sacar del carrito a mi hija dormida para cogerla también. Entonces me di cuenta de que podría tenerla para siempre, podría cuidarla, y esta idea me envolvió en un sentimiento incontrolable, en el fermento del amor. Al final del libro, la autora cuenta que se va con su familia de vacaciones —más adelante, cuando ya ha pasado todo— a un sitio donde estuvo por última vez cuando el bebé aún vivía. Una mañana se levanta y se pone un vestido de verano, un vestido que no ha vuelto a ponerse desde esa última vez. En el bolsillo encuentra un calcetín diminuto de su hijo; lo huele, y huele al niño, y llora a mares.

**Ardor de estómago**

Mi hija se cayó y se hizo una brecha en la cabeza con una piedra afilada, y cuando fui a consolarla intentó zafarse de mis brazos, con la cara de pánico llena de mocos y lágrimas. Quería a su padre; estaba desesperada y loca por alejarse de mí. Incluso en el calor del momento, aunque era ella la que se había hecho daño, sentí más mi dolor. Me sigue sorprendiendo lo cerca que está de la realidad la mitología de la maternidad. Necesitaba ser su madre más de lo que ella necesitaba que lo fuese. La perfecta consideración con que quería blindar a mi hija sigue ligada a mí y no puedo cortar el cordón. Veo que el deseo de que sea autónoma es en realidad mío, mi deseo de autonomía con respecto a otro, y que sigue siendo un deseo frustrado. ¡Has salido de mi cuerpo!, me entraron ganas de decir. Le estaba ofreciendo lo que tanto he deseado en la vida: un cuerpo que me absorbiera, me envolviera, me encerrara, un elemento en el que reincorporarme, y ella lo rechazaba. En ese instante se encendió una imagen del futuro; fue una visión fugaz, como la que ilumina un relámpago. En la visión sentía exactamente lo mismo diez, veinte, treinta años después, sin la anestesia del tiempo o la costumbre.

Ya echo de menos la infancia de mi hija. A medida que va creciendo he visto el presente convertirse en pasado; he visto por mí misma cómo la vida adquiere el sabor del anhelo. La tormenta de emociones, la novedad de su llegada al mundo ha terminado. Creo que vivo consciente de lo que tengo y eso me permite ver la felicidad antes de que pase. He tardado un año en lograr esta hazaña, en desarrollar esta habilidad que me había sido esquiva toda la vida. Comprendo que significa que sigo en pie. A veces me imagino la maternidad como una especie de carrera de relevos, un viaje que tiene el objetivo de pasar el testigo de la vida, que en un momento es todo trabajo, fuego y prisa y al siguiente es mera expectación jadeante; una tarea de equipo en la que el estrellato se redistribuye y se transfiere interminablemente. Veo que mi hija se aleja de mí muy deprisa, que va lanzada hacia su futuro, y en esa imagen reconozco mi final, mi frontera, el límite de mi vida.

Las madres son los países de los que todos venimos: a veces,

cuando tengo a mi hija en brazos, intento preservar esta identidad para ella, sentirme sólida y estable, capturar mi olor, mi forma y mi ambiente. Intento encarnar su paisaje natal. Intento imaginar cómo sería tenerme a mí de madre, y me parece increíble que esa operación, misteriosa y trascendental, se haya realizado aquí, en mi casa. La operación a la que me refiero no es la que ha generado la existencia de mi hija: es el proceso que ha hecho de mí una madre, y aunque sé que ser madre es el trabajo más difícil que he desempeñado nunca, me preocupa que mi ejecución sea defectuosa y falsa, una ofrenda chamuscada o un lienzo chapucero. Puede que sean únicamente los hijos quienes confieran a sus padres este significado que siento que a mí me falta. Yo no lo creo. Creo, más bien, que hay un conservadurismo inherente a la familia, que son los padres y las madres quienes inculcan en los hijos la opresiva cultura del liderazgo, para que, como los políticos, lo acaten cuando ellos mismos lleguen al poder, perpetuando el miedo infantil a la autoridad al vestirse su túnica severa y deprimente. Olvidando sus propósitos, se convierten en aquello contra lo que de jóvenes protestaban y se manifestaban. Descubren el respeto por aquellos a quienes odiaban. Experimentan en secreto una maravillosa sensación de paz cuando salen de su boca esas palabras que antes les producían tanta indignación. Oigo decir a la gente con mucha frecuencia que ahora entienden a sus padres de verdad, ahora que ellos son padres, y este sentimiento me llena de inquietud y de aprensión, me hace pensar que algo malo se transmite de generación en generación como una enfermedad. Me hace querer tolerar a mi hija hasta el punto de negarme, para que no haya años perdidos en malentendidos. Prometo conservar mi sensación de torpeza y falsedad. Prometo poner fin a esta sucesión, a esta historia de gobernantes y gobernados, aquí, conmigo.

Empiezan a surgir breves pausas en la partitura de la maternidad, silencios como los de los surcos de un disco entre una canción y otra, rodeados de sonido, pero silencios de todos modos. En ellos me veo a mí misma fugazmente, como a alguien que pasara por delante de mi ventana. La imagen me asusta como la aparición de una persona a la que se creía muerta. A

medida que mi hija se separa de mí los silencios se prolongan y las imágenes fugaces duran más. Tomo conciencia de que he aceptado cada etapa de su dependencia como una realidad nueva y permanente, como si viviera en una casa en la que estuvieran pintando las habitaciones y me olvidara de haber tenido alguna vez el lujo de ocuparlas. Se me devuelven las habitaciones, una a una. Las escaleras otra vez son simples escaleras. Las noches de nuevo son más vagas y tranquilas. El tiempo deja de estar en estado de alarma o tragedia inminente: las cosas pueden esperar, pueden explicarse y posponerse. Mi cuerpo ha perdido la memoria del parto y a veces siento oleadas infantiles, de juventud y ligereza.

Mi hija se ha dado cuenta de que soy diferente de ella. Me ofrece su comida y me hace cosquillas en los pies. Me hace reír. Me encuentro cosas en los bolsillos, en los zapatos, hojas y caracolas, galletas mordisqueadas, el bolsito de plástico diminuto de una muñeca, cosas que ella deja como pequeñas ofrendas a una diosa sin importancia. Cuando vuelvo a casa después de una salida, viene corriendo por el pasillo y se lanza a mis brazos. La cojo y la abrazo como si creyera haberla perdido. Un día que estoy de mal humor y quiero quedarme en casa cuando todos se van a dar un paseo, la veo parada en la puerta con su abrigo rojo y una cara de profunda preocupación. Me trae las botas. Otro adulto viene a buscarla y se la lleva sin fijarse en lo que ha hecho la niña, y cuando oigo cerrarse la puerta me quedo con las botas, el símbolo de su amor, pulcramente alineadas en el suelo de la cocina.

La maternidad llega a parecerme no tanto una condición como una tarea, el trabajo de ciertas etapas que empiezan y terminan, y fuera de las cuales soy libre. Mi hija es cada vez más parte de esta libertad; algo nuevo que se añade, a diario, gota a gota, a la suma de lo que soy. Somos una mezcla, un experimento. Sigo sin saber qué efecto tendrá su presencia en mi vida, pero sus exigencias son más profundas y más desconcertantes que la simple tarea de cuidarla. A lo largo de su primer año de vida trabajo y amor estaban unidos ferozmente, dolorosamente. Ahora es como si una relación se hubiera desatado y anduviera suelta por nuestra casa. Alrededor de mi

hija se desata una violenta tormenta de asociación, y al principio el cambio me resulta un alivio, como si hubiera estado hablando todo el tiempo una lengua extranjera y por fin pudiera recuperar mi lengua materna. Pero en realidad ella no ha esperado todo este tiempo para hablar únicamente conmigo: su capacidad de relacionarse con otras personas ha crecido, como unos tentáculos, del cuerpo en lo que mi hija ya se ha convertido. Cuando por fin podemos tener una conversación descubro que es decidida, que está plenamente formada y fuera del alcance de mi persuasión. Mi relación con ella es como mi relación con cualquiera: cobra la forma de una búsqueda de la unidad, una unidad perdida que nos obsesiona con la expectativa de su recuperación. Me resulta increíble —porque recuerdo esa unidad, la imagen de su cuerpo de cinco centímetros en la pantalla de la ecografía dentro de mi oscuridad como si fuera ayer, como si todavía estuviéramos ahí — que nuestra unidad sea para ella un estado tan lejano. Estoy sentada con mi hija en el sofá, viendo los dibujos animados, y cuando intento pasarle el brazo por encima me aparta con fastidio. Al cabo de un rato me consuela, poniéndome la manita regordeta en la rodilla. Ninguna de las dos dice nada. Somos como una pareja de enamorados torpes, como dos adultos cualesquiera que comparten con incomodidad la copa habitual de la emoción humana. En momentos así tengo la sensación de haber sobrevivido a lo que las pólizas de seguro llaman actos de Dios: un huracán o una inundación. La rugiente amenaza de devastación me ha rozado y ha pasado de largo, dejando atrás silencio y un mundo sembrado de destrozos, un mundo que reparo con paciencia, sin saber qué puedo salvar, si no sería mejor empezar otra vez desde cero.

Voy a Londres, sola, a pasar el fin de semana, y me veo dando vueltas como una boba por Oxford Street bajo el resplandor del verano en la ciudad. Todo me resulta extraño, futurista, como si una máquina del tiempo me hubiera depositado allí. Quiero comprar ropa, compensar los dos años que he pasado tan lejos de la moda como el antropólogo en un largo viaje de campo; pero lo que veo en las perchas me parece incomprensible y ajeno como el vestuario de una obra de teatro

en la que ya no interpreto ningún papel. Me falta el deseo de mí misma que me enseñaría qué elegir. Me falta la sensación del estrellato en mi propia vida que me urgiría a adornarme. Estoy entre bastidores, de ayudante. Tengo la curiosa sensación de que ya no existo en sincronía con el tiempo, sino con cierto retardo, como la voz que llega del otro lado de la línea en una llamada transatlántica. Esto, pienso, es ser madre. Una sensación brutal de angustia y estrés me asalta en la tienda. Me entra pánico y se me dispara el corazón. Echo de menos a mi hija; la echo de menos como si fuera una especie de doble, la diminuta lancha piloto que cruza el canal a toda velocidad por delante de mí, joven y segura, guiando al buque mercante ciego y torpe que soy yo. Voy a la sección infantil de unos grandes almacenes y me quedo allí entre las cunas y la ropa de bebé, los zapatitos y los osos de peluche, y me siento aliviada, rescatada, enchufada a una fuente de vida.

Llevo todo el día oyendo llantos de bebés, como tenues jirones de angustia que el aire trae de alguna parte, y cada vez que los oigo siento el leve temblor de una respuesta, inmediata, afilada como una cuchilla, y necesito armarme de valor para no ponerme a mirar hacia todas partes. Un bebé empieza a llorar en la sección infantil, a menos de dos metros de mí. Es el llanto diminuto y tierno de un ser que apenas tiene unos días de vida. Miro y veo el carrito, a la madre que lo acuna frenéticamente con una mano mientras busca entre las perchas de ropa infantil con la otra, apretando la cara como un puño de concentración. Discute algo, en tono apremiante, con la mujer mayor —su madre— que la acompaña. El llanto del bebé es rápido, sin apenas un compás de silencio. Sé que esto significa que la mujer tiene menos de un minuto para elegir y comprar un conjunto, pero su madre no está de acuerdo con lo que ha elegido y discute con ella. Veo en su manera de moverse que aún tiene el cuerpo entumecido por el parto. Vete a casa, pienso. Vete a casa. Envuelve al niño con un trapo de cocina y no tengas en cuenta lo que diga tu madre. Renuncia y vete a casa. Pero no renuncia. Tiene una imagen de esta excursión de compras y se aferra a ella con uñas y dientes. No soporta dejarlo pendiente, a medias, porque teme que nada vuelva a resolverse nunca.

Intenta seguir el ritmo, no quedarse atrás, pero está nadando contra una corriente poderosa. La veo lanzar miradas furtivas a su madre, llena de esperanza, confusión y dolor. Al cabo de tantos años, ha descubierto el secreto de su madre y es un poco decepcionante, un chasco, porque en estos primeros días tras el parto ella es tanto madre como hija, y la intensa emoción que le despierta su propia vulnerabilidad no encuentra un reflejo en el reproche de su madre, en su cruel necesidad de discutir. Muchos años de política humana han recubierto el corazón de la madre: cuelgan de él como estalactitas, como el musgo. El corazón de la hija, sin embargo, es nuevo, tierno y late desquiciadamente. ¿También el tiempo lo volverá insensible?

El bebé no para de llorar, y me cuesta mucho no sacarlo del carrito, acercar a mi pecho su cuerpo diminuto y asustado y abrazarlo hasta que deje de llorar, tan segura estoy de que así sería, de que se daría cuenta de que yo lo entiendo y se consolaría.

«Sabemos mucho más acerca del aire que respiramos o de los mares que atravesamos que acerca de la naturaleza y del significado de la maternidad.»

ADRIENNE RICH

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Un trabajo para toda la vida.*

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

❊

«Una clase magistral de disección de los sentimientos (…) Nos hace abrir los ojos con su capacidad de observación.»

**Julie Burchill (The Guardian)**

«Un afilado, parco pero desgarrador ensayo que sirvecomo revulsivo contra “el corsé del matrimonio” (…)

La autora aplica su mirada analítica sobre la institución para destrozarla con una precisión casi clínica: arrasa con los cimientos y expone los interrogantes de lasruinas, a sus rastrojos propios, sus despojos, sinperder ni un ápice de elegancia.»

**Noelia Ramírez (S Moda - El País)**

## Nota biográfica

Rachel Cusk es la autora de la trilogía de novelas *A contraluz* (*A contraluz, Tránsito y Prestigio*), de los libros de memorias *Un trabajo para toda la vida* y *Despojos*, y de varias obras de ficción y no ficción, entre las que destaca la novela *Segunda casa*. Ha recibido una beca Guggenheim. Vive en París.

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Un trabajo para toda la vida* , le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Despojos, Rachel Cusk

Segunda casa, Rachel Cusk

A contraluz, Rachel Cusk

* Juego de palabras entre llanto y crisis. (*N. de la T.)*